

Lugares legendarios

VOLUMEN I

DEBATE
ediciones delPrado

ATLAS DE LO EXTRAORDINARIO

LUGARES LEGENDARIOS

Volumen I



Dirección editorial de la serie:
Juan María Martínez
Ángel Lucía

Coordinación editorial de la serie:
Juan Ramón Azaola
Carlos Ponce

Dirección técnica de la serie:
Eduardo Peñalba

Coordinación técnica de la serie: Rolando Dias
Edición: Luis G. Martín, Íñigo Castro, Lourdes Lucía
James Bremner y Anne Kilborn
Fotografía y documentación gráfica: José María Sáenz
Almeida, Marta Carranza, Juan García Costoso, Nano
Cañas, Richard Philpott y Jazz Wilson
Directora de edición: Ruth Binney
Director de arte: David Goodman
Producción: Barry Baker y Janice Storr
Suscripciones: Francisco Perales
Texto: James Harpur y Jennifer Westwood
Versión castellana: María José García Ripoll

Título original: *The Atlas of Legendary Places*

ISBN: 84-7444-498-5 Volumen I
Depósito legal: B-1.241-1993
Impreso en noviembre de 1993

Impreso y encuadernado en Printer,
Cuatro Caminos, Sant Vicenç dels Horts (Barcelona)

Foto de cubierta: Las ruinas del templo de ‖elfos.
Fotografía de Zefa Picture Library.

Sumario

Volumen I



INTRODUCCIÓN

«Somos los Peregrinos, Maestro; iremos
Siempre más allá; pudiera ser
Más allá de los últimos montes azules coronados de nieve,
A través de ese océano encrespado o trémulo.

Blanco en su trono o encerrado en su cueva
Vive un profeta que sabe
Por qué nacieron los hombres: somos ciertamente valerosos
Los que hacemos el dorado viaje a Samarkanda.»

James Elroy Flecker (1884-1915)

A través del mundo existen ciertos lugares, creados por la naturaleza y por el hombre, en los que la belleza y la mística se combinan para producir una atmósfera mágica. Muchos de esos lugares están directamente ligados a mitos y leyendas; otros se han vuelto legendarios a través de ciertas circunstancias históricas que han exaltado la imaginación. Algunos están dotados de una grandeza natural, y como imanes han atraído una rica tradición de relatos y de folklore. Otros se han convertido en lugares sacros a través de los siglos gracias a la repetida atención de peregrinos y poetas.

Un acontecimiento dramático o un insigne personaje pueden haber sembrado la simiente de la leyenda en otros lugares más. Asís, por ejemplo, ha quedado consagrada como la ciudad de san Francisco, cuya bondad y comunión mística con la naturaleza se ha vuelto legendaria. De hecho, «leyenda» proviene de la palabra medieval inglesa *legende,* que significaba la historia de la vida de un santo.

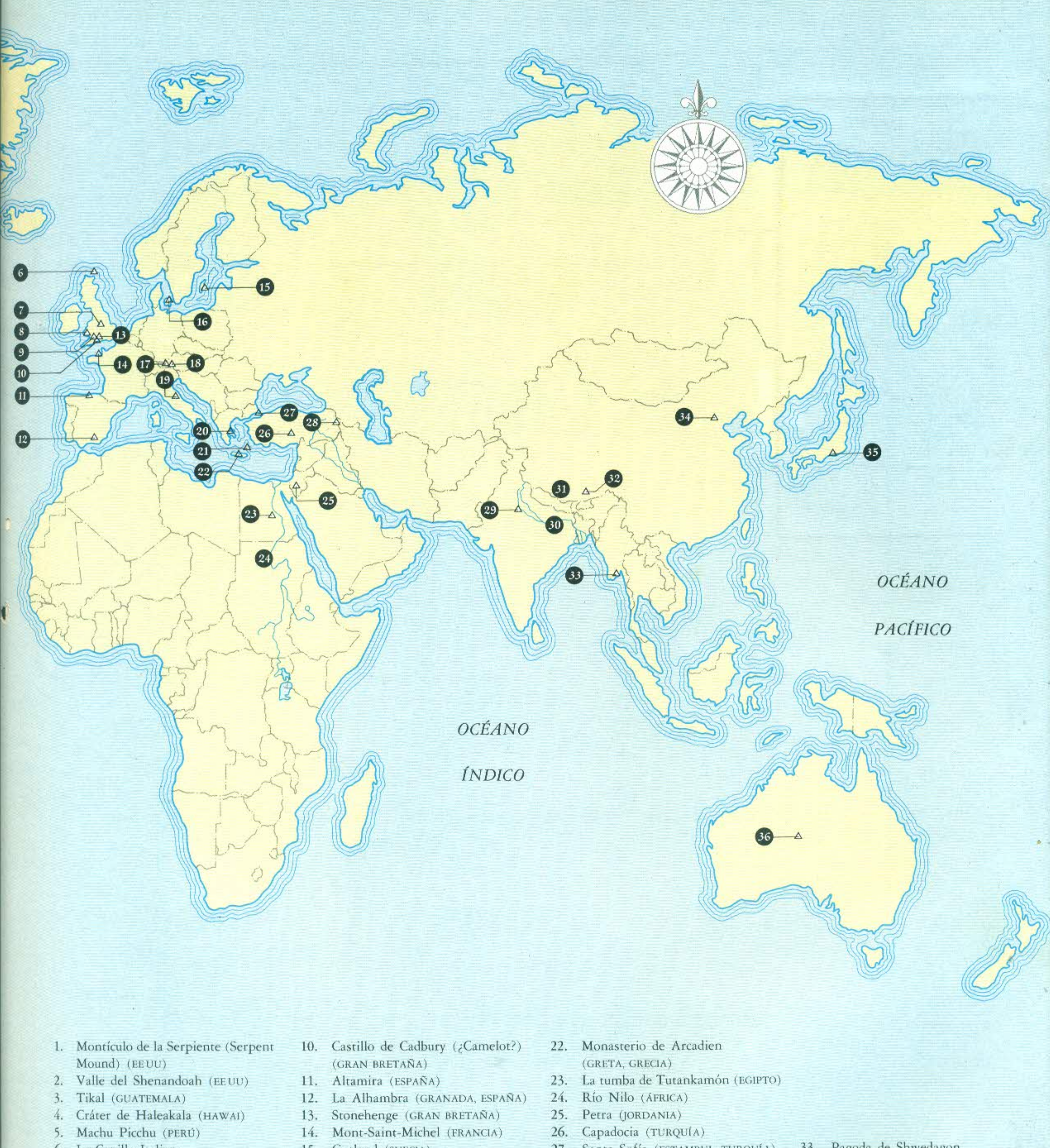
Este libro es una selección personal de lugares del mundo entero que se han convertido en materia de leyenda. Hay reinos eternos, cuya fabulosa existencia ha inspirado a poetas, pintores y eruditos; paisajes impregnados de un hálito divino o numen; ruinas sacras ennoblecidas por su marco natural; monumentos del hombre, fruto de su imaginación creativa, y santuarios que atestiguan el indómito espíritu humano.

En nuestro denodado mundo de hoy, en el que dominan las más de las veces los rápidos cambios, es refrescante contemplar lugares que se han mantenido sacros durante siglos, lugares cuya resonancia sigue atrayendo tanto a peregrinos como a soñadores.

OCÉANO ATLÁNTICO

1 2 3 4 5

El mapa muestra la localización de los lugares descritos en este libro. Los lugares están señalados con números que corresponden a la lista siguiente:



1. Montículo de la Serpiente (Serpent Mound) (EE UU)
2. Valle del Shenandoah (EE UU)
3. Tikal (GUATEMALA)
4. Cráter de Haleakala (HAWAI)
5. Machu Picchu (PERÚ)
6. La Capilla Italiana (ISLAS ORCADAS, GRAN BRETAÑA)
7. La catedral de Coventry (GRAN BRETAÑA)
8. Abadía de Tintern (GRAN BRETAÑA)
9. Glastonbury (¿Avalón?) (GRAN BRETAÑA)
10. Castillo de Cadbury (¿Camelot?) (GRAN BRETAÑA)
11. Altamira (ESPAÑA)
12. La Alhambra (GRANADA, ESPAÑA)
13. Stonehenge (GRAN BRETAÑA)
14. Mont-Saint-Michel (FRANCIA)
15. Gotland (SUECIA)
16. Elsinor (HELSINGØR, DINAMARCA)
17. Neuschwanstein (ALEMANIA)
18. Oberammergau (ALEMANIA)
19. Asís (ITALIA)
20. Delfos (GRECIA)
21. Téra (¿Atlántida?) (GRECIA)
22. Monasterio de Arcadien (GRETA, GRECIA)
23. La tumba de Tutankamón (EGIPTO)
24. Río Nilo (ÁFRICA)
25. Petra (JORDANIA)
26. Capadocia (TURQUÍA)
27. Santa Sofía (ESTAMBUL, TURQUÍA)
28. Monte Ararat (TURQUÍA)
29. El Taj Mahal (AGRA, INDIA)
30. Río Ganges (INDIA)
31. El Himalaya (INDIA)
32. El Potala (LHASA, TÍBET)
33. Pagoda de Shwedagon (YANGON, MYANMAR)
34. La Ciudad Prohibida (PEKÍN, CHINA)
35. Fuji Yama (JAPÓN)
36. Ayers Rock (Uluru) (AUSTRALIA)

Reinos Eternos

«Alma mía, existe un país
Mucho más allá de las estrellas...»
Henry Vaughan (1622-1695)

«Llevamos dentro de nosotros todas las maravillas que buscamos fuera de nosotros.»
Sir Thomas Browne (1605-1682)

Según el Génesis, Dios creó el Jardín del Edén, un frondoso e idílico lugar, profuso en plantas y árboles frutales, donde el primer hombre y la primera mujer vivían en armonía con los animales y las aves. Dicha visión del paraíso terrenal, ámbito de maravillas y delicias, también se encuentra en los mitos de otras culturas. El filósofo griego Platón fue el primero en describir la isla de la Atlántida, cuyos habitantes gozaban de una Edad de Oro, llevando una existencia de lujo y abundancia. Parte de la misma tradición es Avalón, una isla de mitos y de magia, donde las hadas curaban las heridas de quienes acudían a ellas.

Las leyendas son vagas en cuanto a la ubicación exacta de esos reinos —la Atlántida está en algún lugar más allá de las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar), y Avalón, «cruzando las aguas hacia occidente»—; pero los exploradores y los estudiosos han tratado repetidas veces de localizarlos. Camelot, la capital del rey Arturo, ha sido identificada con un castillo fortificado sobre una colina en el sur de Inglaterra. Sin embargo, al igual que la Atlántida y Avalón, Camelot es tanto una *idea* como un sitio real, en este caso un lugar que simbolizó el orden y la armonía. Trascendiendo el tiempo y el espacio, los reinos eternos han inspirado a escritores, poetas y artistas con su visión de un mundo más perfecto que el suyo propio.

EL JARDÍN DEL EDÉN

«Luego plantó Yahveh Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado.»

Génesis, 2:8.

En el segundo capítulo del Génesis, el primer libro de la Biblia, Dios crea el jardín que se ha convertido en el más famoso del mundo: un lugar idílico, bien irrigado, abundante en alimentos y cuidado por el primer hombre, Adán. Según el Génesis, a través del jardín fluye un río, que al alejarse de éste se divide en cuatro corrientes: el Pisón, el Guijón, el Tigris y el Éufrates. En honor a Adán, Dios crea «todos los animales del campo y todas las aves del cielo», y luego a una mujer, llamada Eva, para que sea su compañera.

Pero la existencia apacible de los padres de la humanidad se interrumpe bruscamente cuando Eva, tentada por la serpiente, desobedece las órdenes de Dios y come del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Convence también a Adán para que coma del fruto. Por su desobediencia, y también para evitar que sigan comiendo del árbol de la vida, Dios expulsa a Adán y a Eva del jardín. En su exilio, ya no pueden pasear bajo la sombra de los árboles, recoger frutos y contemplar el río que destella entre sus orillas. Ahora deben arrancarle su alimento a una tierra cubierta de espinos y cardos.

El paraíso perdido

El jardín que Adán y Eva fueron obligados a abandonar ha fascinado a judíos y cristianos, teólogos, escritores y artistas a través de los tiempos. Sin embargo, el Génesis ofrece pocos detalles respecto a su verdadero aspecto. Su forma, su tamaño y su ubicación exacta quedan abiertos a la interpretación. El único tipo de árbol que puede inferirse de la narración del Génesis es la higuera, aun cuando una tradición posterior identificó el árbol de la vida con la palmera, y el árbol de la ciencia del bien y del mal con el bananero.

El jardín se describe frecuentemente como un jardín cerrado, tal vez porque el griego *paradeisos,* utilizado para traducir «Jardín del Edén», deriva de una palabra persa que describe «un trozo de terreno cercado». También la imagen de un jardín cerrado aparece en el Cantar de los Cantares (4: 12), de Salomón, aplicada a la amada a quien va dirigido el cántico: «Huerto eres cerrado,/ hermana mía, novia,/ huerto cerrado,/ fuente sellada.»

Pero a pesar de la falta de detalles en las descripciones bíblicas, los estudiosos, comentaristas, poetas y pintores de todos los tiempos han interpretado y ampliado el relato sobre el jardín del Génesis, a menudo inspirándose en otras tradiciones de paraísos terrenales. Una de las más antiguas relaciones sobre uno de esos lugares es la de Di[illegible]un, el paraíso de los sumerios



*El Jardín del Edén ha inspirado a lo largo de los siglos a escritores y artistas, que han ampliado la descripción que de él hace la Biblia. Aunque son pocos los detalles en el Génesis respecto a cómo era el jardín, tradicionalmente se lo describe como un lugar idílico, abundantemente irrigado, donde Adán y Eva vivían en armonía con los animales, tal como lo representa esta pintura (*El jardín de las delicias, *Museo del Prado, Madrid) del artista holandés Hieronymus Bosch (1450?-1516).*

El episodio de la desobediencia de Adán y Eva y de su expulsión del paraíso está representado aquí (derecha) *en un manuscrito francés del siglo XV. Eva come el fruto prohibido del árbol de la sabiduría, del bien y del mal, y luego convence a Adán para que haga lo mismo. Dios los reprende, y son expulsados del jardín. El muro que rodea el jardín es un elemento tradicional que no se encuentra en el Génesis.*







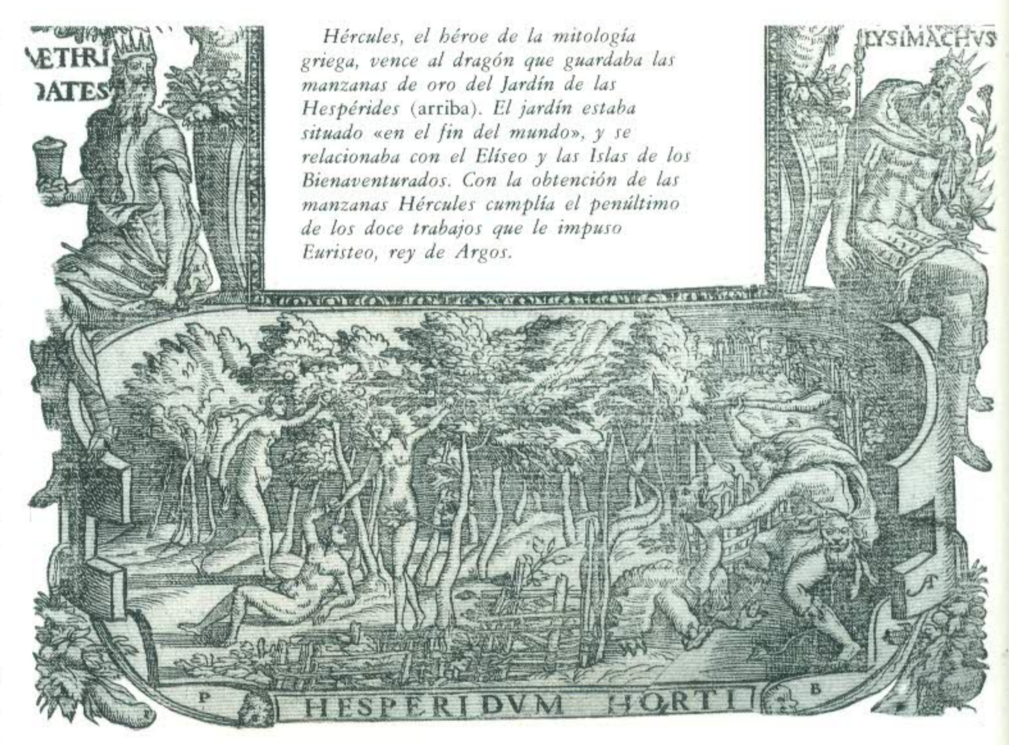
Una abundancia de flores y de árboles frutales caracteriza esta ilustración del Jardín del Edén en Paradisi in sole, *de John Parkinson, publicada en 1629. Entre los árboles puede reconocerse una palmera, tradicionalmente identificada con el árbol de la vida.*

De gran interés es la representación de la oveja escita (en segundo plano, al centro), *que decíase vivía en algún lugar de Asia. Era una criatura híbrida, compuesta de un delgado tronco semejante a un árbol en cuyo extremo estaba el cuerpo de una oveja. Sobrevivía comiendo la hierba que crecía alrededor de su tallo.*

La creencia en la existencia de esa oveja nació de la necesidad de establecer un vínculo entre la vida vegetal y animal, ya que en aquel tiempo aún prevalecía la antigua idea griega de una gran cadena de la vida, en la que todas las formas de vida estaban interrelacionadas en orden ascendente, desde las rocas hasta los ángeles, pasando por las plantas, los animales y el hombre.

de Mesopotamia, cuya cultura floreció durante el tercer milenio a.C. Situado donde nace el sol, Dilmun era la morada de los dioses, «donde no se oía el croar de los cuervos», y donde no existían la enfermedad, la aflicción ni la vejez.

Existe también una referencia más específica a un jardín mágico en el *Poema de Gilgamesh* de los sumerios. En esta leyenda, el héroe Gilgamesh viaja hasta un «jardín de los dioses» en la cima de una montaña, un lugar en el que los arbustos relucen con gemas, con frutos de cornalina y hojas de lapislázuli. Aunque ese jardín, con sus refulgentes joyas en su marco montañoso, difiere del Jardín del Edén del Génesis, es una reminiscencia del «jardín de Dios» del libro de Ezequiel. Al igual que el jardín sumerio, el de Ezequeil resplandece de gemas: diamantes, zafiros y esmeraldas.



Hércules, el héroe de la mitología griega, vence al dragón que guardaba las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides (arriba). *El jardín estaba situado «en el fin del mundo», y se relacionaba con el Elíseo y las Islas de los Bienaventurados. Con la obtención de las manzanas Hércules cumplía el penúltimo de los doce trabajos que le impuso Euristeo, rey de Argos.*

El lugar del «fin del mundo»

De todas las fuentes no bíblicas que han influido en las descripciones del paraíso terrenal de los ulteriores estudiosos y escritores cristianos, la más importante es la de los poetas clásicos. El gran poeta épico griego Homero (siglo VIII a.C.) describió un lugar llamado el Elíseo (o los Campos Elíseos) del que se decía que se hallaba en el «fin del mundo», donde no nieva ni soplan recios vientos, sólo una «suave y refrescante brisa del océano».

Hesíodo, probablemente contemporáneo de Homero, introdujo en su poema *Los trabajos y los días* la noción de la Edad de Oro: un tiempo del remoto pasado en el que los hombres vivían felices y en paz, sin jamás envejecer, y libres de toda pena, ya que, al igual que Adán y Eva, podían vivir de los frutos de la tierra. En el mismo poema, Hesíodo menciona las Islas de los Bienaventurados, morada de los héroes que gozan de una existencia libre de toda preocupación, con sus necesidades satisfechas por la tierra fértil. Dichas islas, al igual que el Elíseo de Homero, estaban situadas en el «fin del mundo»; por ello se identificaron ambos lugares en las obras de otros poetas posteriores.

Homero y Hesíodo, y otros escritores clásicos ulteriores, tales como los poetas romanos Virgilio y Ovidio, influyeron en la concepción cristiana del Jardín del Edén desde los primeros siglos después de Cristo hasta el Renacimiento. Esto es particularmente patente en el gran poeta del siglo XVII John Milton (1608-1674), cuyo poema épico *El paraíso perdido* describe el Jardín del Edén con vívidos detalles.

La visión del paraíso de Milton radica en una meseta rodeada de un muro sobre una escarpada y frondosa montaña. Su jardín posee arroyos con cascadas, un empinado sendero que conduce a él, y una puerta custodiada. Trinan los pájaros en el aire impregnado de perfume de rosas y arrayanes, de mirra y bálsamo, de jazmines, violetas y jacintos. Palmeras, cedros y pinos le dan sombra. Elementos tradicionales, tanto de fuentes bíblicas como no bíblicas, inspiran la variedad de detalles que utiliza Milton para evocar el jardín. Las dulces fragancias, las fuentes, la eterna primavera y la tierra fértil, por ejemplo, sugieren el Elíseo clásico.



La tentación de Eva por la serpiente, representada en un grabado en madera por el artista alemán Alberto Durero (1471-1528), muestra al parecer motivos similares a los que aparecen en el mito de Hércules. Pero los dos relatos difieren en sus conclusiones: para Hércules, los frutos representan la meta alcanzada de una búsqueda; para Adán y Eva, comer el fruto causa su expulsión de un estado de abundancia y bienestar.

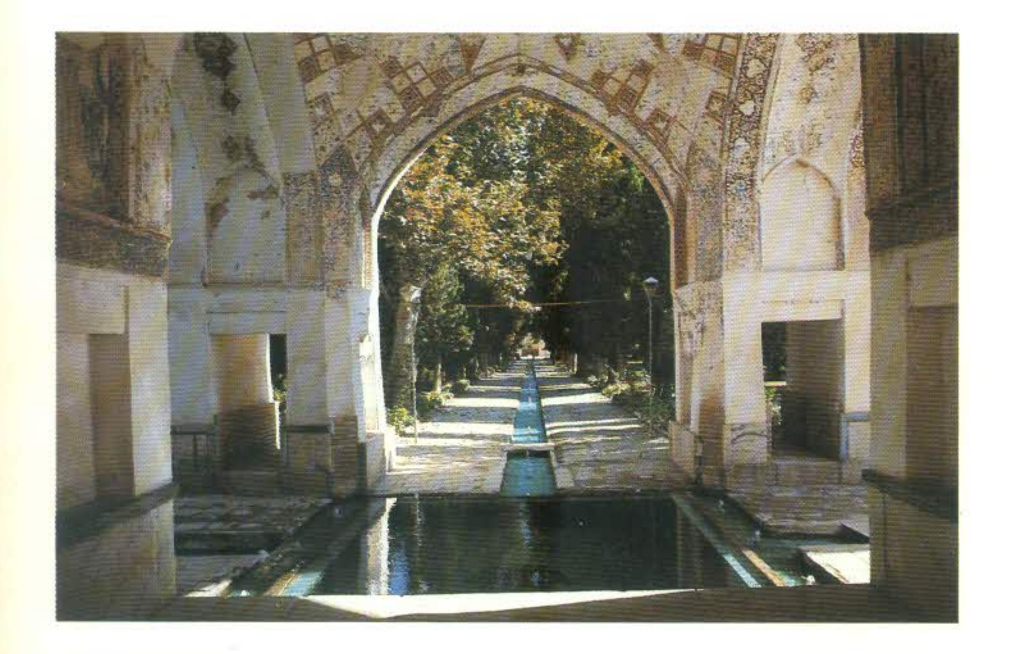
El encanto sensual del jardín de Milton también se encuentra en el paraíso del islam, que difiere del Jardín del Edén en [illegible] se trata de un

Según la tradición islámica, el paraíso celestial se consideraba dividido en cuatro partes, tal como lo muestra este plano del paraíso según un manuscrito indio del siglo XVIII (página siguiente).

La división en cuatro partes era una característica de los jardines islámicos reales, tales como el Jardín de Fin (arriba) *en Irán, y también de los jardines botánicos occidentales, tales como el de Oxford* (abajo).

paraíso celeste. Según el Corán, los musulmanes temerosos de Dios y constantes serán recompensados en la otra vida por jardines de borboteantes fuentes y caudalosos torrentes, árboles de sombra (incluidos la palmera y el granado) y mullidos divanes para reclinarse. Luciendo hermosas túnicas de seda verde, los bienaventurados tendrán servidos sus alimentos en bandejas de plata y serán atendidos por vírgenes «tan tersas como los rubíes y los corales».

Los jardines islámicos reales, con sus límpidos estanques teñidos por el azul del cielo, sus fuentes centelleantes, sus flores perfumadas y sus árboles de sombra son el reflejo del paraíso del Corán. El jardín típico, ya se hallara en Irán, en India, en la España árabe o en otros lugares, era un jardín cerrado, rectangular, y dividido en cuatro partes mediante canales de agua que convergían en el centro, simbolizando los cuatro ríos de la vida.





En busca del Edén

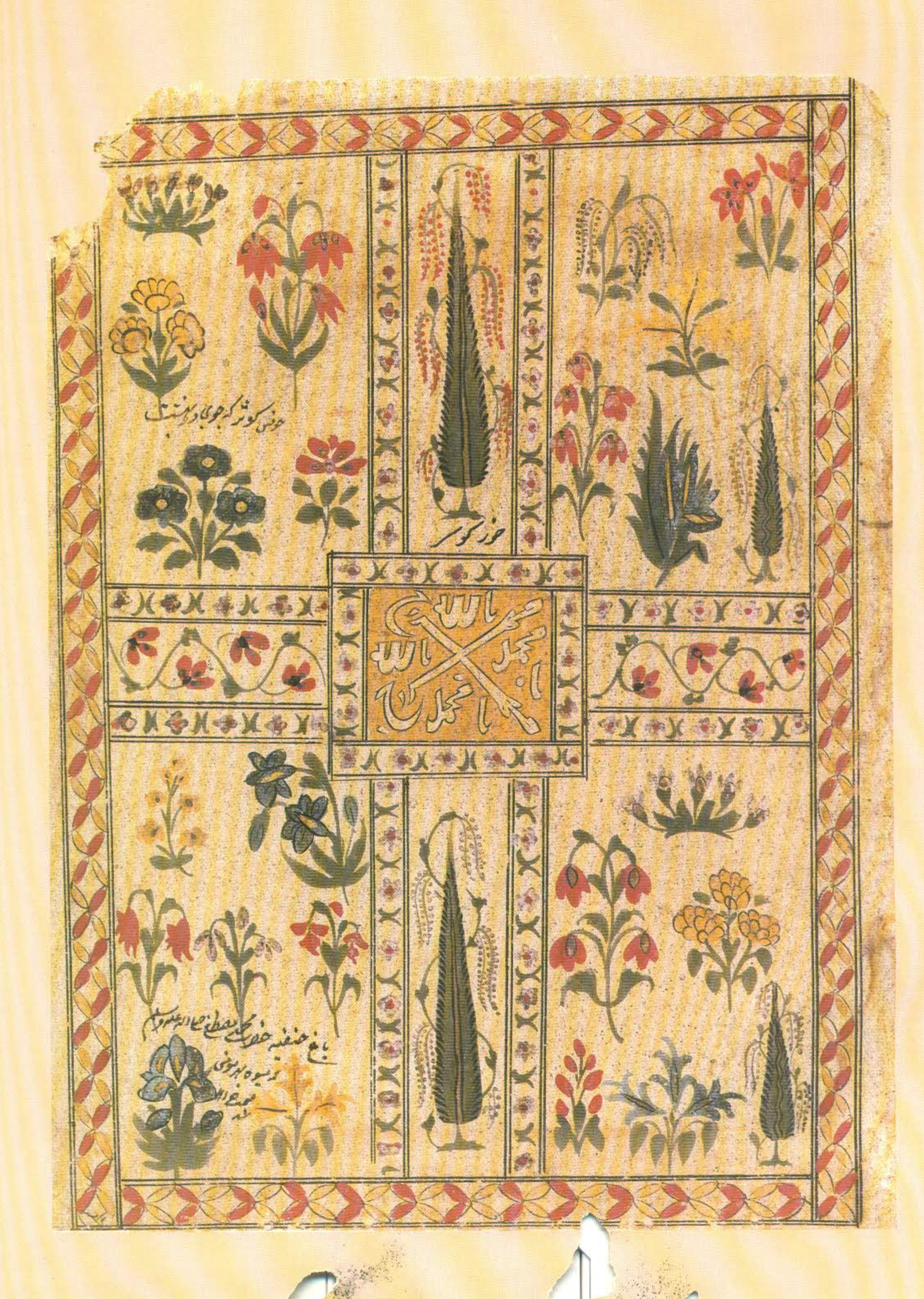
Mientras los musulmanes construían jardines en la tierra para recrear el paraíso celeste, los cristianos, hasta el siglo XVI, se preocuparon más por la existencia del paraíso terrenal del Edén. Partiendo de interpretaciones literales del Génesis, los eclesiásticos debatieron, desde los primeros siglos de nuestra era hasta la Edad Media, si el jardín podía aún ser encontrado, y en ese caso, dónde.

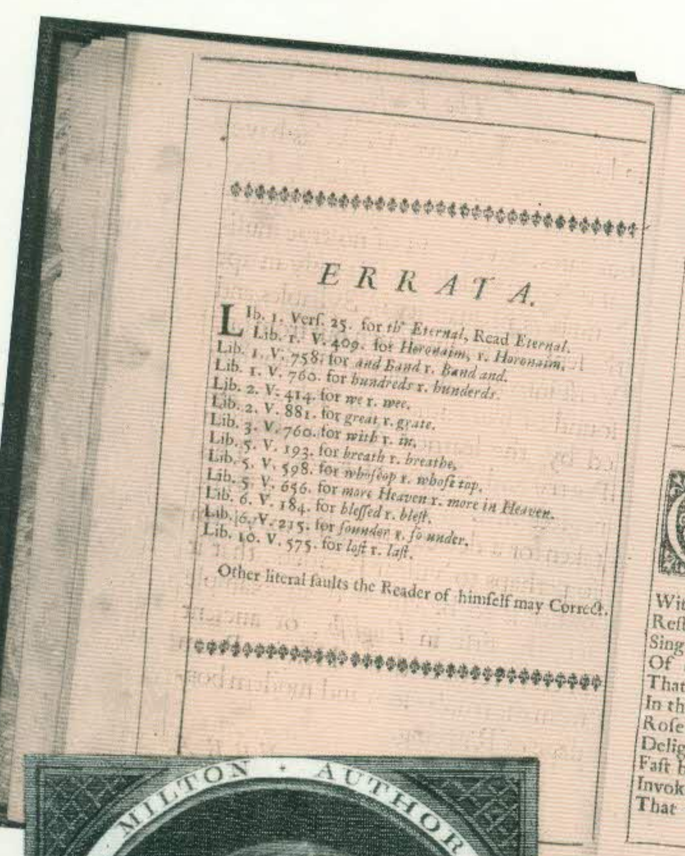
Algunos creían que el jardín de Adán y Eva debió ser destruido por el gran diluvio al que sobrevivió Noé. Otros pensaban que había escapado a la destrucción por estar situado en la cumbre de una montaña. También se sugería que el jardín se hallaba en algún lugar de Oriente, más allá del reino del legendario rey cristiano Preste Juan (cuya ubicación era también desconocida), o bien en una isla, siendo una de las favoritas Sri Lanka.

Durante el gran período de los descubrimientos, en los siglos XV y XVI, los exploradores tenían esperanzas de encontrar el Jardín del Edén cruzando los mares hacia el este, o hacia el oeste y el Nuevo Mundo. De hecho, Cristóbal Colón (1451-1506), tras su tercer viaje, llegó a concebir el mundo en forma de pera redondeada, o de una esfera con un saliente en forma de pezón. Sugería que en la cima del tallo de la pera o del pezón de la esfera se encontraba el Jardín del Edén, «en el que nadie puede penetrar sino con el consentimiento de Dios».

Aun cuando se iban explorando cada vez más partes del mundo, no se encontró ninguna prueba concluyente de la subsistencia de un paraíso terrenal ni de la ubicación de un desaparecido Jardín del Edén. Ya que las únicas referencias específicas en cuanto a la ubicación del jardín estaban en el Génesis, estudiosos y escritores debían conformarse con estudiar sus biblias para encontrar pistas de su paradero. El único lugar evidente de donde partir era Mesopotamia, ya que el Génesis menciona explícitamente los ríos Tigris y Éufrates. Empero, Mesopotamia era una vasta zona, y los estudiosos fueron incapaces de identificar los dos otros ríos bíblicos.

Otros comentaristas pensaban que «en el Edén, hacia Oriente» designaba algún lugar al


حوض کوثر



ERRATA.

Lib. 1. Verſ. 25. for th' *Eternal*, Read *Eternal*.
Lib. 1. V. 409. for *Heronaim*, r. *Horonaim*.
Lib. 1. V. 758. for *and Band* r. *Band and*.
Lib. 1. V. 760. for *hundreds* r. *hunderds*.
Lib. 2. V. 414. for *we* r. *wee*.
Lib. 2. V. 881. for *great* r. *grate*.
Lib. 3. V. 760. for *with* r. *in*.
Lib. 5. V. 193. for *breath* r. *breathe*.
Lib. 5. V. 598. for *whoſtop* r. *whoſe top*.
Lib. 5. V. 656. for *more Heaven* r. *more in Heaven*.
Lib. 6. V. 184. for *bleſſed* r. *bleſt*.
Lib. 6. V. 215. for *founder* r. *ſo under*.
Lib. 10. V. 575. for *loſt* r. *laſt*.

Other literal faults the Reader of himſelf may Correct.



PARADISE
LOST.

BOOK I.

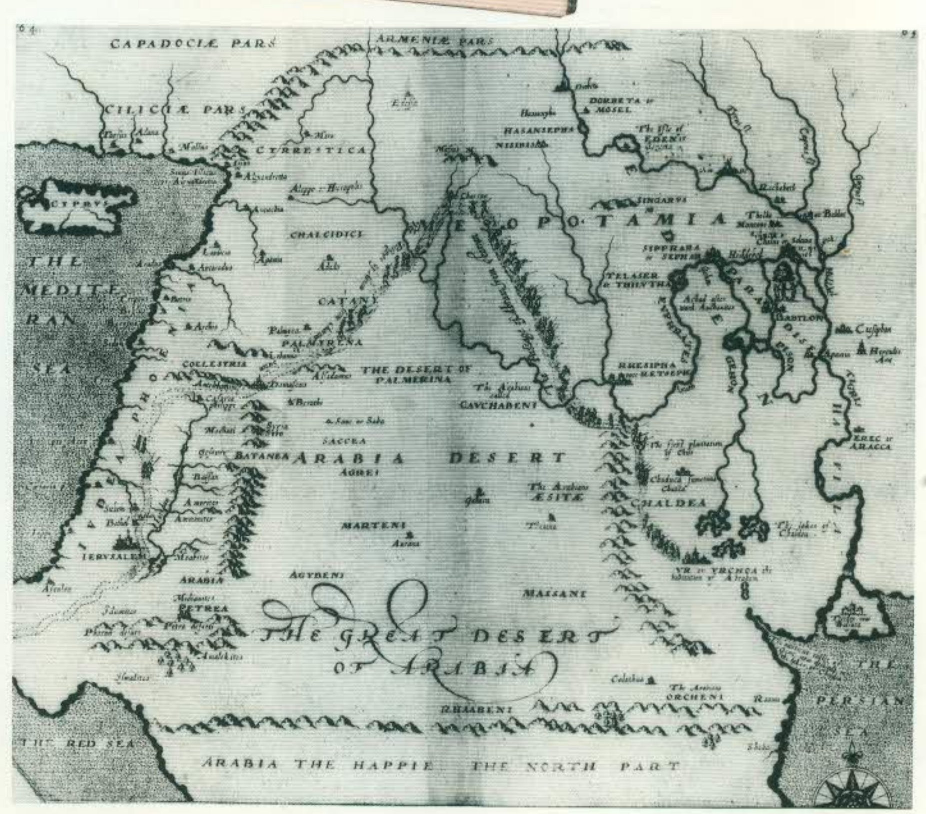


OF Mans Firſt Diſobedience, and the Fruit
Of that Forbidden Tree, whoſe mortal taſt
Brought Death into the World, and all our woe,
With loſs of *Eden*, till one greater Man
Reſtore us, and regain the bliſsful Seat,
Sing Heav'nly Muſe, that on the ſecret top
Of *Oreb*, or of *Sinai*, didſt inſpire
That Shepherd, who firſt taught the choſen Seed,
In the Beginning how the Heav'ns and Earth
Roſe out of *Chaos*: Or if *Sion* Hill
Delight thee more, and *Siloa's* Brook that flow'd
Faſt by the Oracle of God; I thence
Invoke thy aid to my adventrous Song,
That with no middle flight intends to ſoar

A   Above

En su gran poema épico El paraíso perdido, *John Milton, poeta del siglo* XVII (abajo, izquierda), *sitúa el Jardín del Edén en la cima de una montaña. Arroyos en cascada, palmeras y cedros, y el perfume de las rosas y el jazmín hacen de este jardín un verdadero paraíso sensual.*





El lugar donde preferentemente se ha ubicado el Jardín del Edén es Mesopotamia, mostrada aquí en un mapa (abajo) *de la* Historia del Mundo *de sir Walter Raleigh (1552?-1618). El paraíso está señalado entre los cuatro ríos mencionados en el Génesis.*

este de Judea, es decir Siria. La propia Jerusalén y el Gólgota, donde Jesucristo fue crucificado, también fueron identificados con el jardín. Como a menudo Jesús fue tipificado como el segundo Adán, parecía lógico vincular la muerte de Jesús con el lugar del destierro de Adán.

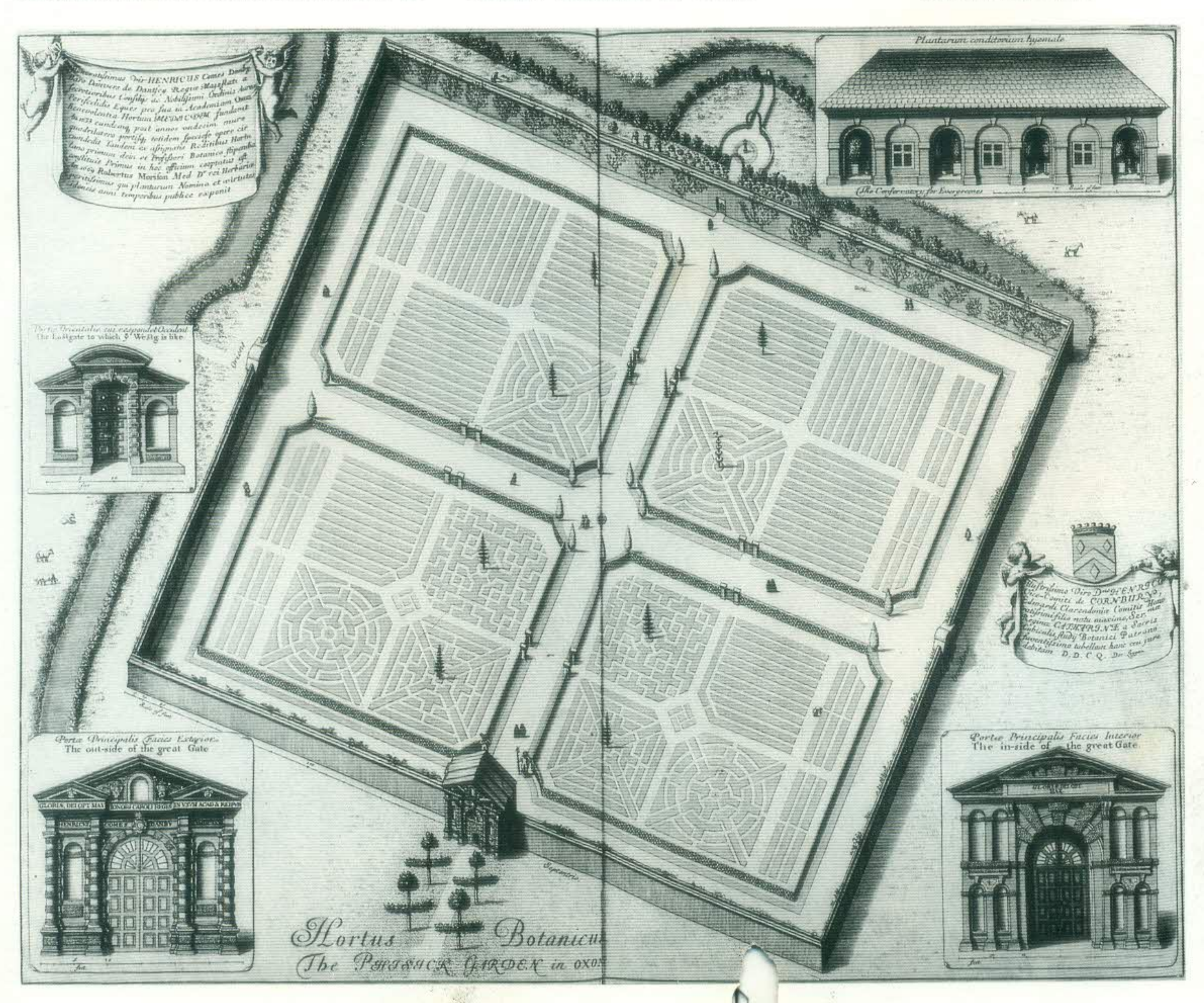
Recreando el Edén

El Jardín del Edén nunca ha sido descubierto en esta tierra; pero la imagen arquetípica de Adán y Eva viviendo una Edad de Oro ha sugerido innumerables escritos e inspirado a los primeros exploradores.

Tal vez, como lo apunta el historiador John Prest, fue la propia incapacidad de encontrar el paraíso terrenal la que marcó en Occidente los inicios de los jardines botánicos. Durante los siglos XVI y XVII, tanto en Padua como en París, como en Oxford y otros sitios, dichos jardines fueron diseñados como una recreación del Edén. Según la tradición del jardín cerrado del Cantar de los Cantares, dichos jardines estaban rodeados por un muro y solían ser de forma cuadrada. Plantas, flores y árboles se disponían según diseños simétricos, muchas veces formando intrincados dibujos y creando una armonía visual natural.

El jardín botánico solía estar dividido en cuatro partes iguales que convergían en el centro, simbolizando los cuatro puntos cardinales, y ya en ese momento los cuatro continentes: Europa, Asia, África y la recientemente descubierta América. Se lo consideraba un lugar donde las esparcidas semillas de la creación divina podían reunirse como en una enciclopedia viviente. Si el hombre no podía encontrar el jardín que había creado Dios, crearía su propio jardín a imagen y semejanza del divino.

El plano del jardín botánico de Oxford, que fue fundado en 1621, muestra la concepción cuatripartita que simboliza los cuatro ríos de la vida y los cuatro continentes: Europa, África, Asia y América. Los jardines botánicos eran intentos deliberados de recrear el Jardín del Edén, reuniendo en un lugar flores, arbustos y plantas de todas partes del mundo.



LA ATLÁNTIDA

«Más grande que Libia y Asia juntas... la isla de la Atlántida... fue tragada por el mar y desapareció...»

Platón (*c.* 428-347 a.C.)

Una idílica Edad de Oro, un vasto continente perdido bajo las profundidades, un grande y poderoso imperio barrido en una noche por un cataclismo... el relato sobre la grandeza y decadencia de la Atlántida del griego Platón ha fascinado a la imaginación occidental durante más de dos milenios. En sus diálogos *Timeo* y *Critias,* Platón ofrece el primer comentario escrito sobre la civilización de esa isla legendaria. Describe la Atlántida como una gran nación marítima, fabulosamente rica, situada más allá de las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar), dominando el Mediterráneo entre Egipto y Toscana.

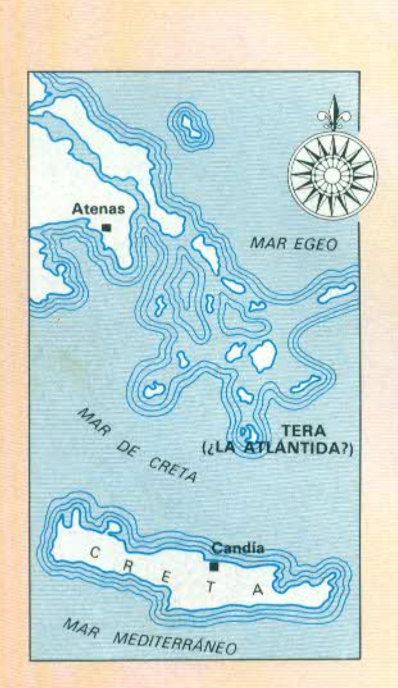
Era un lugar rico en recursos naturales: maderas, metales y piedras preciosas abundaban tanto como árboles frutales y hortalizas. Majestuosas montañas lo protegían de los vientos del norte, y animales salvajes y domésticos, incluyendo elefantes, vagaban por praderas, arroyos y lagos. Diez reyes, todos descendientes de Posidón, reinaban sobre las diez regiones de esa isla paradisíaca, coexistiendo en perfecta armonía.

La Atlántida, según relata Platón, le fue entregada a Posidón, dios del mar y de las tempestades, en el reparto de la tierra. Allí el dios encontró a una mortal llamada Clito, que vivía en una colina. Se casó con ella y fortificó su morada mediante anillos concéntricos, dos de tierra y tres de agua. Sus descendientes, los atlantes, incorporaron esos anillos a la ciudad que fundaron sobre la colina de Clito.

Sobre la colina edificaron el palacio real, y en medio de éste, el templo de Posidón. Rodeado de un muro de oro, el templo tenía una fachada de plata y estaba adornado con chapiteles de oro. En su interior se erigía una estatua del dios, también de oro, en un carro arrastrado por seis caballos alados. Junto al templo, un arroyo caliente y otro frío abastecían depósitos y baños. Sobre los dos anillos de tierra construyeron templos y jardines, terrenos para el ejercicio de hombres y caballos, y una pista de carreras. En los puertos, trirremes totalmente equipados esperaban listos para la aventura a través de los mares.

Destrucción de la isla

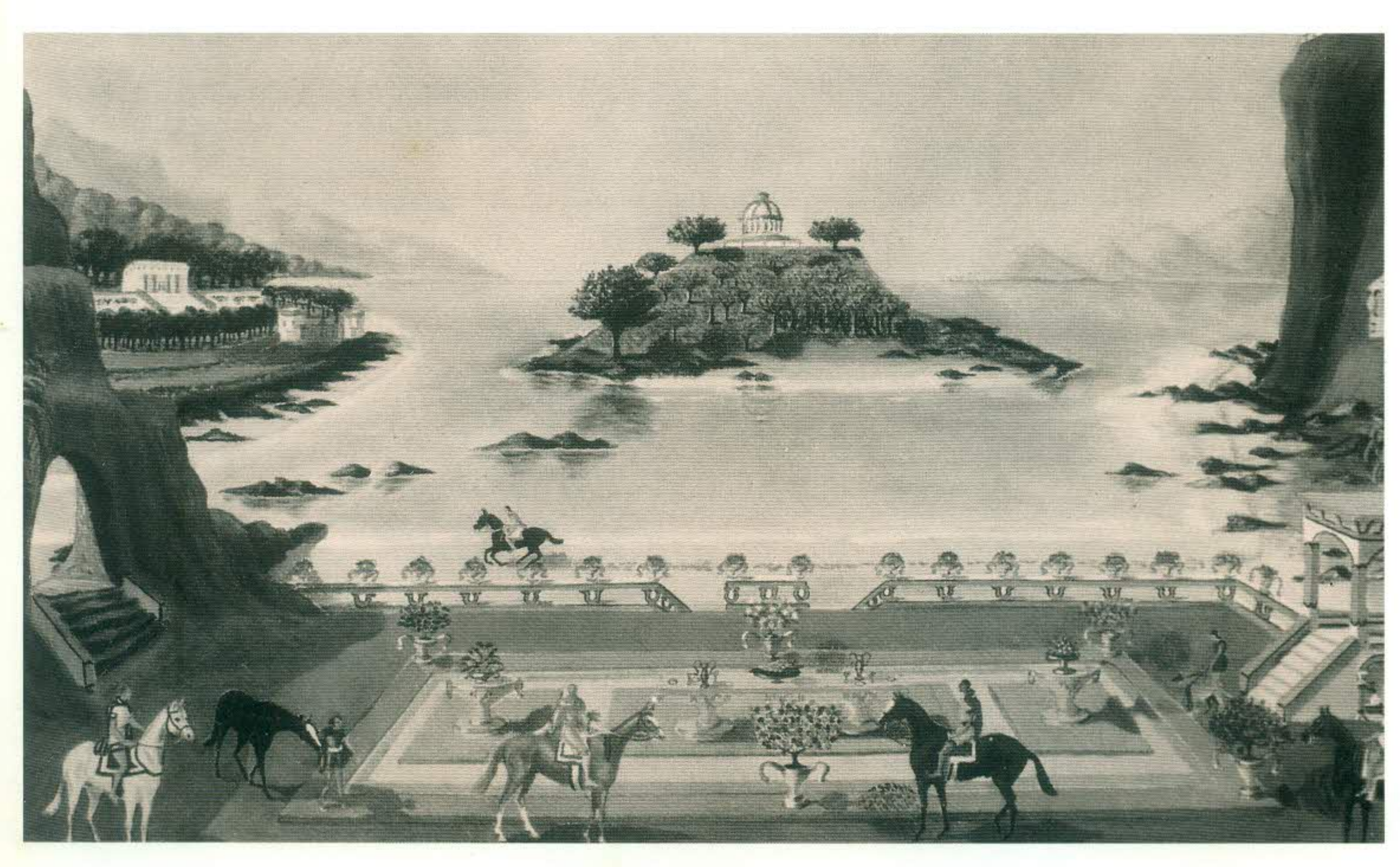
Pero la Atlántida, con todo su esplendor, fue destruida desde dentro por la corrupción de sus habitantes. Inocentes y nobles en un principio, los atlantes se volvieron con el tiempo agresivos y ávidos de poder y trataron de sojuzgar a los pueblos vecinos. Sucedió, sin embargo, que fueron derrotados por los atenienses, y luego su isla fue destruida por fenómenos naturales.



La isla de la Atlántida fue destruida, según la leyenda, por una gran catástrofe natural. Algunos estudiosos la identifican con la isla volcánica de Tera, en Grecia, destruida por una erupción hacia 1500 a.C. El borde circular del cráter de Tera aparece claramente en esta fotografía aére[illegible]riba).

Los escarpados acantilados volcánicos fueron testigos del terrible cataclismo sufrido por Tera. Cuando la isla, también conocida como Santorini, explotó hace unos 3.500 años, estaba habitada por pueblos de la cultura minoica. ¿Podría tratarse de los atlantes descritos por Platón?





El pueblo de la Atlántida, mostrado (arriba) *en una reproducción de la obra* Atalanta *(1949), de sir Gerald Hargreaves, gozaba de una opulenta Edad de Oro. Platón describe unos jardines deliciosos, parques, fuentes y edificios adornados con oro y plata. Había igualmente un terreno de ejercicio para los caballos y una pista de carreras.*

Platón, que murió en 347 a.C., proclamaba que esa «historia real» le había sido relatada unos 200 años antes de su época al ateniense Solón por los sacerdotes de Sais, la capital del Bajo Egipto. Solón trasmitió oralmente la historia hasta que llegó a oídos de Platón, única fuente antigua de dicho relato. Él lo presenta como un hecho, pero en realidad lo utiliza como alegoría ilustrativa de un argumento. Aristóteles, su discípulo más famoso, no lo creyó. Pero desde la época de Platón, más de 2.000 libros se han publicado sobre la Atlántida, aceptando la mayoría de ellos el relato de Platón como cierto.

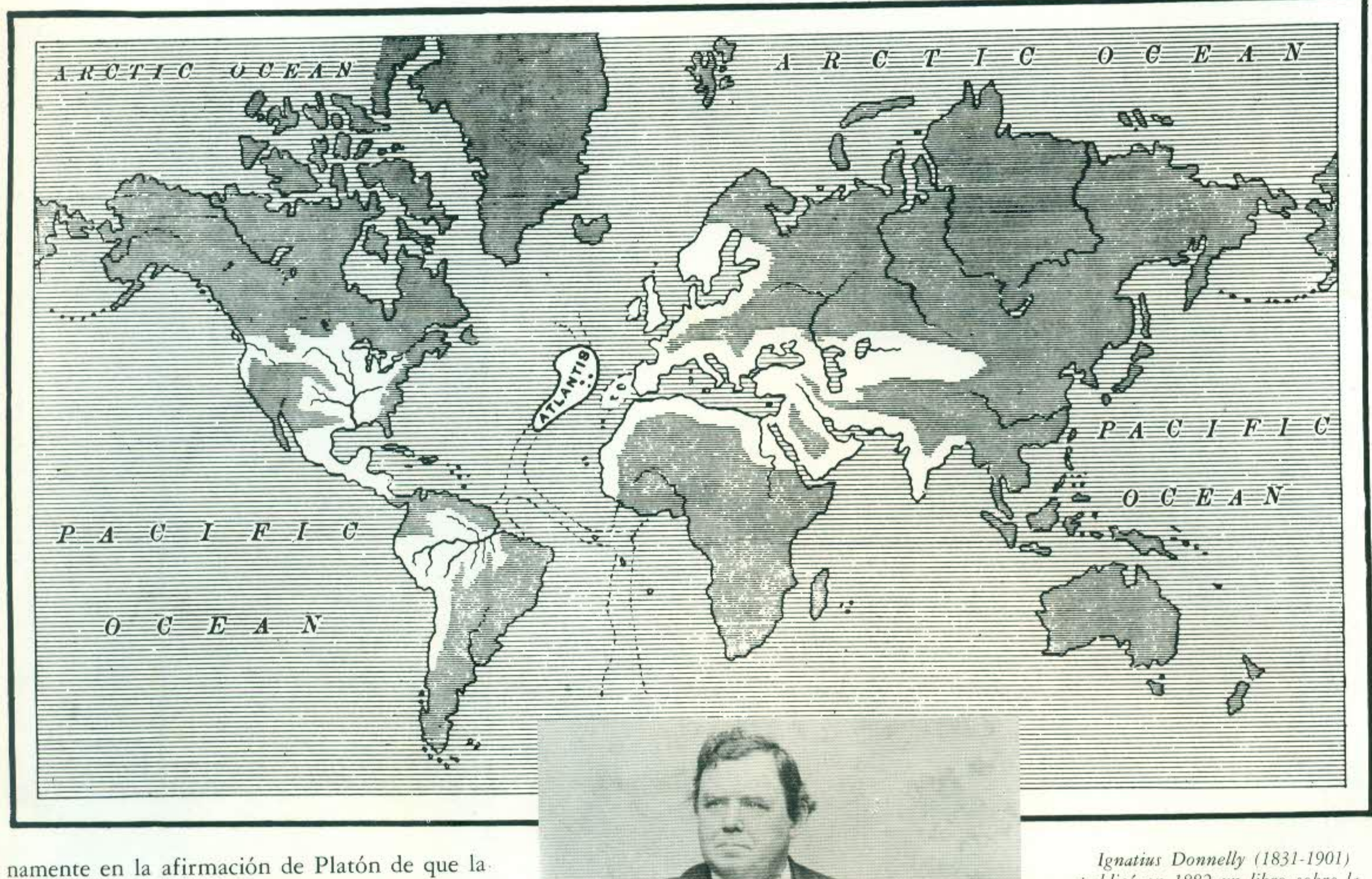
El misterio de la Atlántida, de su existencia real, y, en tal caso, de su posible localización, ha atraído a estudiosos y místicos durante siglos. En el XVI, John Dee, astrólogo de la reina Isabel de Inglaterra, sugirió que las Américas, recién descubiertas, eran la Atlántida. En el siglo siguiente, un sueco llamado Olof Rudbeck situó el gran continente hundido en Suecia.

En realidad, la Atlántida ha sido identificada con lugares tan distantes como Australia, Brasil, Malta, Gran Bretaña y Groenlandia.

En épocas más recientes, el vidente Edgar Cayce (1877-1945) profetizó que los templos de la Atlántida serían descubiertos cerca de Bimini, en las Bahamas, en 1968 ó 1969. En 1968, un buzo oriundo de las Bahamas llamó la atención sobre algo que parecía un amplio «camino» de piedra, sumergido bajo el mar cerca de Bimini. El descubrimiento causó sensación, pero aún no ha podido determinarse si el mismo es natural o hecho por el hombre.

Muchos buscadores de la Atlántida creen ple-

El filósofo griego Platón, representado aquí con su discípulo Aristóteles a su izquierda, fue el primero en describir la Atlántida. Platón afirmaba que su relato era cierto, aunque si alguien no le creía, era precisamente Aristóteles. Empero, desde los tiempos de Platón la leyenda de la Atlántida ha inspirado innumerables obras y teorías.



Ignatius Donnelly (1831-1901) publicó en 1882 un libro sobre la Atlántida que se convirtió en un clásico para aquellos que creían en su existencia. Su mapa (arriba) *sitúa la isla en el océano Atlántico, más allá de las Columnas de Hércules, donde también la situó Platón.*

namente en la afirmación de Platón de que la misma se halla más allá del estrecho de Gibraltar. Otros piensan que la descripción de la Atlántida encuentra un eco en la civilización que según se sabe floreció en la isla griega de Tera, hasta que ésta fue totalmente destruida por una fuerte erupción volcánica alrededor de 1500 a.C. Las vasijas y frescos extraídos de las excavaciones de Tera se asemejan en su estilo a los de la sofisticada cultura minoica de Creta, a 140 kilómetros al sur de Tera.

La Atlántida y los minoicos

Es posible que la explosión de Tera no sólo destruyese la isla, sino que precipitase la caída de la Creta minoica, que acaeció alrededor de 1450 a.C. ¿Podría ser el relato de Platón una variación del testimonio de ese suceso?

Al igual que los atlantes, los minoicos moraban en islas con astilleros, una poderosa flota y un próspero comercio marítimo. Poseían hermosas viviendas y soberbios artefactos, y también como los atlantes, eran habilidosos constructores e ingenieros. Como en la Atlántida, el toro, consagrado a Posidón, era importante en los rituales minoicos. Además, esa rica civilización también parece haber tenido un brusco final. Si la fecha indicada por Platón sobre la Atlántida, 9.000 años antes de Solón, perdiese un cero (¿error de transcripción?), se ajustaría exactamente a la época de la cultura minoica.

Aunque siguen permaneciendo dudas, una de ellas (y no la menor) es que Platón afirmara explícitamente que la Atlántida se hallaba más allá de las Columnas de Hércules. Mientras tanto, los hombres continúan buscando la utópica isla de Platón, inspirados por la dorada existencia de sus habitantes, «ya que las intenciones de sus corazones eran [illegible]eras...»

CAMELOT

«He aquí una ciudad de magos, construida por fantásticos reyes... Señor, no existe tal ciudad en ningún sitio, excepto una visión.»

Camelot, en el poema de lord Tennyson *Gareth y Lynette*

En palabras de los poetas medievales y otros escritores, Camelot fue la capital del reino del rey Arturo, el héroe británico que reinó en el seno de una brillante corte. Allí vivía el rey rodeado de sus caballeros de la Tabla Redonda: Gawain, Perceval, Lanzarote, Galahad y otros. Es mencionada por primera vez como sede de la corte de Arturo por el poeta Chrétien de Troyes en la segunda mitad del siglo XII. Adquirió gran importancia durante el XIII en el romancero francés, y desde entonces fue el lugar donde se situó la famosa Tabla Redonda.

La Camelot de esos poetas se encuentra en una tierra inmemorial de bosques encantados y castillos misteriosos, pródigos en maravillas y magia. Allí, Arturo, junto a su compañera, Ginebra, reina a la cabeza de una orden de caballería basada en la de la Francia de principios de la Edad Media. Mientras tanto, los caballeros del rey Arturo parten en pos del Grial, pelean contra monstruos, rescatan a damiselas de las garras de malvados hechiceros, o caen en las redes de encantadoras damas que resultan ser hadas. Se enfrentan a peligros físicos y sobrenaturales, y como principio y fin de todas sus aventuras se erige Camelot, el centro de su universo.

La descripción de esa Camelot de novela es la de un castillo medieval que domina una ciudad, aunque su localización nunca queda totalmente clara. Sir Thomas Malory, escritor del siglo XV, la identificó con la ciudad de Winchester, en el sur de Inglaterra, ya que ésta fue la capital de los reyes sajones desde tiempos de Alfredo el Grande (849-899) hasta su conquista por los normandos (1066). Pero incluso Malory no es consecuente, y en una oportunidad la sitúa más allá de Carlisle, en el norte de Inglaterra.

GALES
Caerleon
INGLATERRA
Glastonbury
Winchester
Castillo de Cadbury (¿CAMELOT?)
CANAL DE LA MANCHA

Un símbolo del orden

Camelot está en todas partes y en ninguna, no es tanto un lugar histórico como una ciudad idealizada. A partir de la Edad Media se convirtió en símbolo del orden en medio del caos, del estado ideal frente a la anarquía, de la civilización frente a la barbarie. Surgió y desapareció con Arturo: nadie reinó allí antes que él, y algunos autores medievales dicen que tras su muerte, el rey Marcos de Cornualles la destruyó. Pero, al igual que el propio Arturo, es imperecedera.

En el siglo XII, el escritor Geoffrey de Monmouth ofrece la primera descripción real de la corte de Arturo y la sitúa, no en Camelot, sino en Caerleon, al sur de Gales. Caerleon fue sede de una importante fortaleza de legionarios romanos y se enorgullece de poseer el anfitea-



El castillo de Cadbury, una fortificación sobre una colina al sur de Cadbury, en Somerset, ha sido identificado con Camelot, la capital legendaria del rey Arturo, al menos desde el siglo XVI. Según una tradición popular posterior, cada navidad y cada solsticio estival Arturo y sus caballeros cabalgaban por la colina y luego bajaban para dar de beber a sus caballos en el arroyo del cercano pueblo de Sutton Montis.

Construido por los celtas de Gran Bretaña en los últimos siglos antes de Cristo, Cadbury se volvió a fortificar hacia finales del siglo VI de nuestra era. El elaborado carácter de la nueva estructura sugiere la presencia de algún poderoso príncipe o jefe. La fecha coincide con la que avanzaban los estudiosos respecto a un Arturo histórico.



La famosa Tabla Redonda del rey Arturo se encontraba, según los escritores de la Edad Media, en Camelot. El poeta del siglo XII *Layamon sugirió que el rey eligió esa forma para evitar disputas entre sus caballeros por prevalecer unos sobre otros. Sin embargo, no es factible que mesa alguna pudiese dar cabida a 1.600 personas, como dijo Layamon, ni siquiera a 140, que es el menor número estimado.*

Algunos artistas medievales describían la mesa como anular, como en este manuscrito del siglo XIV, *que muestra a Arturo y a sus compañeros ante la visión del Santo Grial. La Tabla Redonda era un símbolo. Representaba la unidad entre los caballeros de Arturo, necesaria para mantener el orden en su reino. Cuando esa unidad se rompió, la anarquía se apoderó de ese reino ideal.*



tro romano tal vez más bello de Gran Bretaña. En tiempos de Geoffrey aún podían verse las ruinas de las termas y de los sistemas de calefacción central; probablemente eligió esa ciudad como sede de la corte de Arturo simplemente porque la conocía bien y parecía haber sido en otros tiempos lo suficientemente esplendorosa como para ser la ciudad de Arturo.

Geoffrey relata cómo Arturo celebró Pentecostés en Caerleon, en un festejo que duró cuatro días, durante el cual lucía su corona y era asistido por reyes, nobles y obispos súbditos suyos, como un rey normando de tiempos de Geoffrey. Entre los caballeros asistentes se encontraban Bedivere y Kay, y los cuatro días transcurrieron entre torneos y otros entretenimientos.

Caerleon —escribe Geoffrey— estaba situada sobre el río Usk, «que corría a un costado de la ciudad, y que los reyes y princesas que llegasen de allende el mar podían remontar con una flota de navíos. En la orilla opuesta, flanqueada de praderas y frondosos bosques, habían embellecido con regios palacios la ciudad, que con los aguilones de sus tejados, pintados de oro, podía equipararse a Roma». Su relato sobre Caerleon se convirtió en la base de las descripciones de Camelot, siendo que hoy se lo conoce esencialmente a través de ilustradores y cineastas, aunque actualmente se muestre como un castillo con pináculos y estandartes ondeantes como los de la alta Edad Media.

El fuerte de la colina de Cadbury

El nombre de «Camelot», utilizado por los escritores medievales, llevó a los posteriores arqueólogos a identificarlo con otros de resonancia similar. Algunos dijeron que se trataba del *Camulodunum* romano, Colchester, en Essex; otros lo ubicaron junto al Tintagel, en Cornualles, supuestamente cuna de Arturo, en una zona bañada por el río Camel. Sin embargo, el lugar que más alto proclama ser el «verdadero» Camelot es el castillo de Cadbury, al sur de Cadbury, en Somerset, cerca del pueblo de la reina Camel, que domina el cauce del pequeño río Cam.

La primera persona en identificar por escrito Cadbury con Camelot fue el anticuario del Rey, John Leland, quien escribió en 1542: «En el extremo más meridional de la comarca de South Cadbury se elevaba Camallate, que fue en su día una famosa ciudad o castillo...» Sin embargo, los lugareños parecen saber muy poco al respecto, y Leland tal vez llegó a la conclusión de que era Camelot por el nombre del pueblo: Camel. Pero también es posible que supiese de una auténtica tradición que se remontase a siglos atrás.



Arturo no murió, según la tradición, sino que duerme bajo las colinas de Eildon (página anterior), *en la frontera de Escocia.*

Aquí (arriba), *un anciano, que según algunos es el mago Merlín, reúne caballos para Arturo cuando se despierte. Éste es un retrato de Merlín por Aubrey Beardsley.*

Cual una visión de torreones (abajo) *y agujas es como el artista francés Gustave Doré (siglo* XIX*) representó el castillo de Caerleon, en el sur de Gales.*





Pues si existió un Arturo histórico tras el legendario del romance, fue probablemente un jefe guerrero inglés del siglo XV, tras el período romano. Cadbury es considerada en la actualidad como la fortaleza más grande e impresionante conocida en la Gran Bretaña de aquel período, y se piensa que fue la sede de un rey que podía disponer de recursos inigualables en la Inglaterra de su época.

Contrariamente a los castillos medievales, Cadbury era simplemente una colina que había sido fortificada por los celtas con murallas de barro y fosos durante los últimos siglos a.C.

Las excavaciones han mostrado que el fuerte permaneció intacto durante la ocupación romana del sur de Gran Bretaña, que se inició en el 43 d.C., pero fue asaltado y tomado por los romanos dos décadas más tarde. Éstos desalojaron a sus habitantes, y durante unos 400 años el fuerte permaneció más o menos vacío. Cuando las legiones se retiraron, lo volvió a ocupar un jefe local bastante rico.

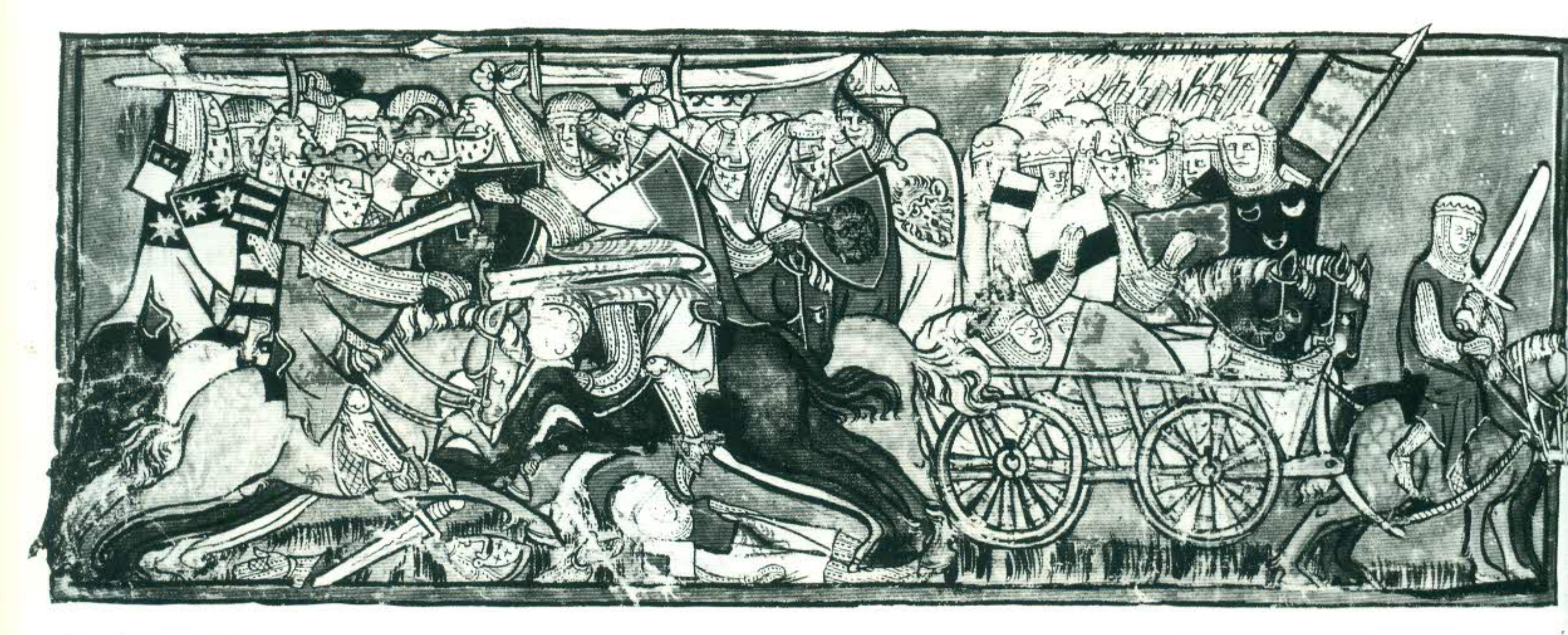
Hacia finales del siglo VI se construyó un edificio de madera sobre la meseta que domina el monte y se superpusieron nuevas defensas a las murallas superiores. Éstas eran muy elaboradas y evidentemente necesitaron gran cantidad de trabajo, lo cual suscitó la cuestión de quién, en aquel tiempo, podía disponer de la mano de obra necesaria. ¿Podría tratarse de Arturo?

Ciertamente, después de Leland, numerosas tradiciones vincularon a Arturo con Cadbury. La más notable de todas es la que afirma que en la cima de la colina, junto a los restos del edificio de madera, había un lugar conocido a finales del siglo XVI como el Palacio del rey Arturo.

El rey Arturo es representado aquí (izquierda) *como uno de los Nueve Notables, en un tapiz francés realizado hacia 1385, probablemente por Nicolás Bataille. Los Notables eran, según la tradición, tres héroes paganos, tres héroes judíos y tres héroes cristianos, entre ellos Alejandro Magno, Julio César, Judas Macabeo y Carlomagno.*



Cabalgando junto a sus caballeros, Arturo retorna a Camelot en este manuscrito flamenco de finales del siglo XV. La representación popular de Camelot es la de un castillo de cuento de hadas, con pináculos y ondeantes oriflamas. Aquí se trata de una ciudad fortificada de la época, a la que se accede por una puerta con un altísimo arco.



La última batalla

Muchos años atrás, un labrador que araba un campo junto al río Cam encontró unos esqueletos. Algunos piensan que ese descubrimiento refuerza la tesis de que, además de tratarse de Camelot, South Cadbury fue el escenario de la última batalla del rey Arturo. Las pruebas históricas de esa batalla se encuentran en los *Anales de Gales,* del siglo X, en los que alrededor de 539 d.C. aparece la inscripción: «La batalla de Camlann, en la que perecieron Arturo y Medraldo.»

La información procedía probablemente de otros anales anteriores, contemporáneos a tal suceso, y es lo más que han podido acercarse a un terreno firme los buscadores de Arturo. El nombre de Camlann deriva probablemente de la antigua voz inglesa *Camboglanna,* «orilla curva», es decir, de un río sinuoso. Por ello se cree que el escenario de la última batalla fue el fuerte romano de *Camboglanna,* en el Muro de Adriano, posiblemente la moderna Birdoswald sobre el sinuoso río Irving.

Paisajes artúricos

Pero cuando Geoffrey de Monmouth se puso a contar la historia de la batalla, sabía que la tradición galesa indicaba un Camlann en o cerca de Cornualles, y eligió el río Camel en ese país. En el siglo XVI se pensó que una vega junto al puente de Slaughter, que cruza el río Camel aproximadamente a una milla río arriba de Camelford, era ese lugar. Más arriba del puente de Slaughter, a orillas del Camel, aún se puede ver «la Tumba del rey Arturo», una losa plana que, en el siglo XVI, los lugareños pensaron que llevaba el nombre de Arturo y que señalaba su tumba. Por su parte, Malory sitúa la última batalla en «una colina junto a Salisbury», no lejos de *su* Camelot, Winchester.

La verdad es que, a través de los siglos, los relatos sobre Arturo cautivaron de tal forma la imaginación nacional que cada región quería reivindicarlo, y muchos rasgos paisajísticos se vincularon a él. Éste es el Arturo, no del romance, sino del mito y la leyenda, la más de las veces una figura titánica capaz de dar forma a los numerosos Tejos de Arturo —cámaras funerarias prehistóricas, de las que sólo en Gales se encuentran nueve— o de sentarse en la Silla de Arturo, la gran roca volcánica que domina Edimburgo.

Éste es también el Arturo que no murió, sino que duerme en un misterioso lugar subterráneo rodeado de sus caballeros. Varias grutas de Arturo en Gales lo esconden; y existen más de doce lugares donde se dice que duerme. Entre ellos están el castillo de Sewingshields, que se erigió junto al Muro de Adriano, y las colinas de Eildon, en la frontera con Escocia.

En el sur, descansa bajo el castillo de Cadbury en una cueva cerrada por puertas de hierro. Allí, según la tradición local, hay una noche al año en que se abren, y es posible verlo en el interior. La firme convicción de que Arturo nunca murió subsistió allí, a distancia visible de Glastonbury (donde, en 1191, se afirmó haber encontrado la tumba «oficial» de Arturo), al parecer hasta el siglo XIX; cuentan que uno de los lugareños preguntó con inquietud a un grupo de arqueólogos que habían ido a Cadbury para ver «Camelot» si se iban a llevar al rey. Aunque no existiera nunca un Camelot, ni un Arturo, es evidente que ambos han alcanzado la verdadera inmortalidad.



La última batalla de Arturo, el «combate de Camlann», representada en un manuscrito del siglo XIV (izquierda). *Aquí, Arturo, mortalmente herido, es alejado de la batalla en una carreta. Delante de él cabalga un caballero que parece ser Bedivere, portando la legendaria espada de Arturo, Excalibur.*



ra · Car sans grant merveille ne se
ra ele pas perdue · Ensi q̃ gyfles re
gardoit le main qui issoit hors du
lac qui prist lespee le roy artu ·

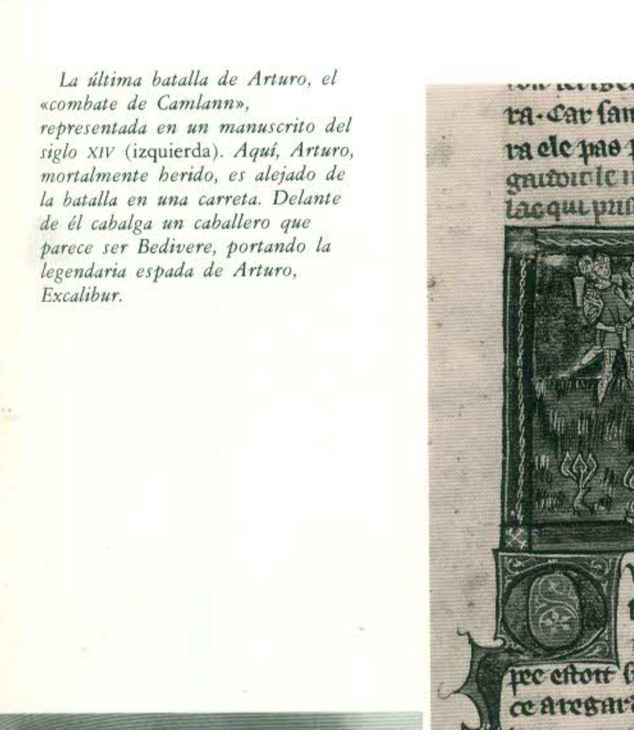
Quant gyfles voit que
faire li couient · si re
uient arriere la ou les
pee estoit si la prent & la recomē
ce a regarder & a plaindre mlt
durement & dist tot en plorant ·
ha: espee bone & bele plus que nu
le autre tant est grans damages
de vos · quant vous ne chaes es mains
de preudome · Lors la lance el lac
al plus pfont quil puet · Et main
tenant q̃le aprocha del aigue ·
si vit gyfles une main qui issi del

El estanque de Dozmary, en Bodmin Moor, Cornualles (abajo, izquierda), *fue, según una antigua tradición, el lago en el que Arturo, mortalmente herido, le pidió a sir Bedivere que arrojase su espada Excalibur.*

Este manuscrito holándes del siglo XIV (arriba), *muestra la mano de la Dama del Lago, que surgió a la superficie, asió la espada y la sumió en las aguas. Arturo está sentado en la orilla, lleno de tristeza.*

Una desgastada inscripción (abajo), *sobre esta losa plana de piedra, cerca del puente de Slaughter, a orillas del río Camel, en Cornualles, originó la especulación de que señalaba la tumba del rey Arturo.*

Según una tradición del siglo XII, *su última batalla se libró a orillas de este río. En el siglo* XVI *se señaló una pradera junto al puente Slaughter, muy cerca de Camelford, como campo de esa batalla. Aunque en tiempos de los Tudor se creyó que la losa llevaba inscrito el nombre de Arturo, un examen más detenido reveló que el nombre es en realidad Latinus.*





AVALÓN

«... El valle insular de Avalón. Donde ni granizo, ni lluvia, ni nieve caía...»

Lord Tennyson, de su poema *The passing of Arthur.*

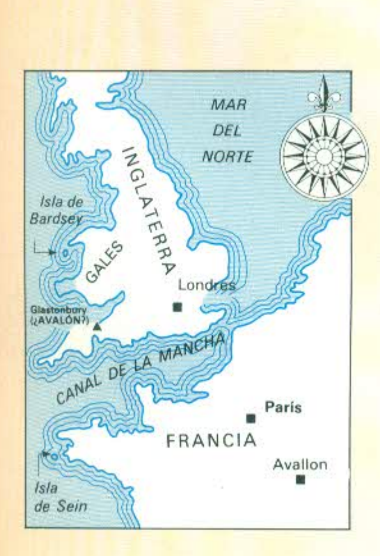
Un paraíso de eterna primavera en el que nadie envejecía, donde la paz era perpetua y donde no existía la fatiga, pues la tierra era pródiga en frutos: era Avalón. Era también semejante a otros reinos míticos como la Atlántida, cuyos habitantes gozaban de una Edad de Oro. Avalón era conocido como el lugar donde fue llevado el rey Arturo para ser curado de sus heridas tras su última batalla en Camlann.

Un escritor del siglo XII, Geoffrey de Monmouth, fue el hombre que popularizó el vínculo de Arturo con Avalón en su imaginaria *Historia regum Britanniae.* El libro se convirtió en un éxito medieval, dejando establecido el nombre de Avalón como el último destino conocido de Arturo. En un libro posterior, *Vita Merlini,* Geoffrey describe Avalón como una isla: «Se llama Isla Afortunada... el grano y la uva se dan sin cuidado alguno, y en los bosques crecen los manzanos sobre la hierba bien cortada. La tierra ofrece espontáneamente... todos los frutos en abundancia.» La isla estaba habitada por nueve hechiceras, siendo gobernada por la principal de ellas, Morgana (el hada Morgana), que se comprometió a curar a Arturo si él permanecía allí.

En 1191, época en que las leyendas del rey Arturo cobraron gran popularidad, la cuestión de lo que le había ocurrido después tomó un nuevo giro. Los monjes de Glastonbury, una ciudad del oeste de Inglaterra, anunciaron que habían exhumado sus restos del camposanto de su antigua abadía, junto con una cruz de plomo que proclamaba en latín: «Aquí yace sepultado el renombrado rey Arturo con Ginebra, su segunda esposa, en la isla de Avalón.»

¿La tumba del rey Arturo?

Aunque los monjes desenterraron probablemente *ciertos restos* (los arqueólogos han encontrado indicios de excavaciones), ¿podía tratarse del rey Arturo? Lo que arroja ciertas dudas sobre el «descubrimiento» de los monjes es que ocurrió poco después de que un incendio destruyera la más antigua y sagrada parte de la abadía de Glastonbury. Se trataba de una pequeña iglesia de adobe de gran antigüedad, conocida simplemente como la «iglesia vieja». Junto con la vieja iglesia se perdieron los tesoros de la abadía, incluidas reliquias sagradas, que le proporcionaban prestigio y una fuente de





La isla de Avalón, donde fue transportado herido el rey Arturo, ha sido identificada con Glastonbury, Somerset, desde el descubrimiento de la supuesta tumba de Arturo en la abadía de Glastonbury en 1191. La colina de Glastonbury (derecha), *que dominaba unas tierras pantanosas, daba la impresión de ser una isla.*



En la Edad Media, Glastonbury dio origen a cierto número de leyendas y de cuentos de hadas. Era probablemente debido a su misteriosa colina, posiblemente un antiguo emplazamiento pagano, y a su abadía (abajo), *cuyo origen es tan antiguo que ha sido olvidado.*

Rodeada de misterio, pero de una sacralidad palpable, la abadía adquirió ciertas connotaciones ligadas al más allá por su antiguo camposanto, que se remonta a los primeros tiempos de la cristiandad en Gran Bretaña. Contenía los restos de numerosos reyes y santos de la antigüedad, y parecía un lugar muy indicado para sepultar a Arturo.

recursos. La necesidad de recobrar su renombre y atraer a los peregrinos era acuciante.

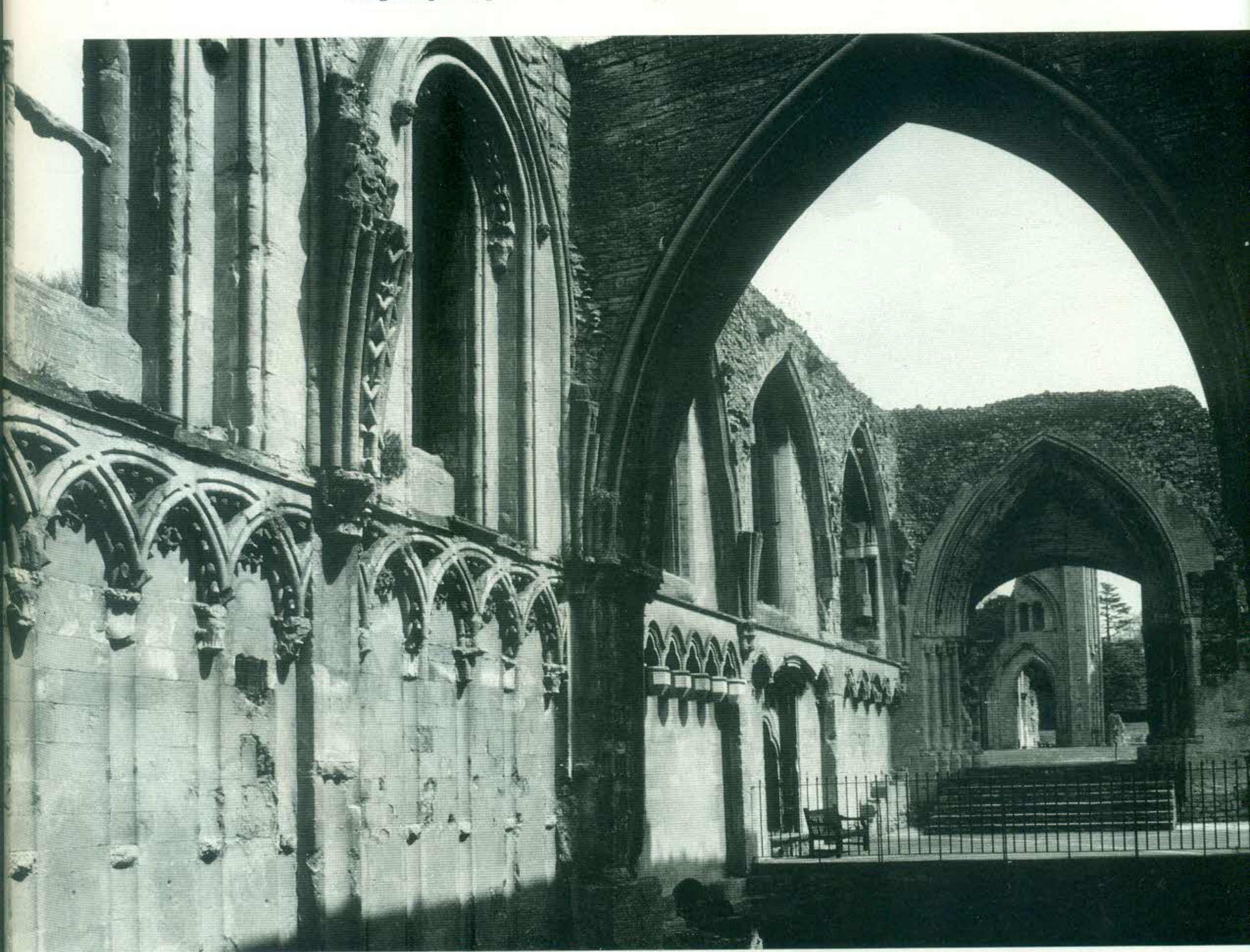
El descubrimiento era también sospechosamente favorable a los gobernantes anglonormandos de Inglaterra. Dos o tres años más tarde, el cronista Gerardo de Gales escribió que Enrique II había alentado a los monjes de Glastonbury a que investigaran sobre la tumba de Arturo: «Se cuentan muchos cuentos... sobre el rey Arturo y su misterioso fin... Han terminado con los cuentos de hadas...» Ésa debió ser, precisamente, la intención de Enrique.

Las más antiguas referencias a la muerte de Arturo afirman que su tumba era desconocida. El historiador Guillermo de Malmesbury había señalado el problema en 1125, cuando escribió que «la tumba de Arturo no puede verse en ninguna parte, por lo cual los antiguos versos proclaman que aún está por llegar». Ya que no existía prueba de que hubiera muerto, los bretones celtas, de Cornualles y de Gales, esperaban su retorno para ser liberados del yugo de los reyes normandos.

Enrique, que gobernó a ambos lados del canal de la Mancha, había tenido problemas con los bretones y los galeses, y por tanto tenía interés en demostrar de una vez por todas que Arturo había muerto. De haberse establecido su tumba en suelo inglés, hubiera representado un triunfo político.

Los intereses de la Iglesia y del Estado coincidían. La «tumba» de Arturo fue objeto de una extensa publicidad, y para que coincidiera con la historia de Arturo en la *Historia* de Geoffrey, Glastonbury fue identificado como Avalón.

A ello se añade el hecho de que Glastonbury



Una cruz de plomo, ahora perdida, fue supuestamente hallada en la tumba de Arturo, presuntamente exhumada en Glastonbury en 1191. Una ilustración (abajo) *de la obra* Britannia *(edición de 1607) de William Camden, muestra claramente su inscripción latina, que reza: «Aquí yace sepulto el inclito rey Arturo en la isla de Avalón.»*



fue —y sigue siendo— poseedor de lo que el experto artúrico Geoffrey Ashe ha denominado «un persistente sentido de la "otredad"». Impregnado por mil años de oración cristiana, y tal vez otros tantos de culto pagano, se ajustaba a la idea que el pueblo tenía de Avalón. Además, al estar totalmente rodeado de pantanos, a menudo anegados por aguas estancadas, Glastonbury, con su alto pico dominando el paisaje, era virtualmente una isla.

Arturo y «Riothamus»

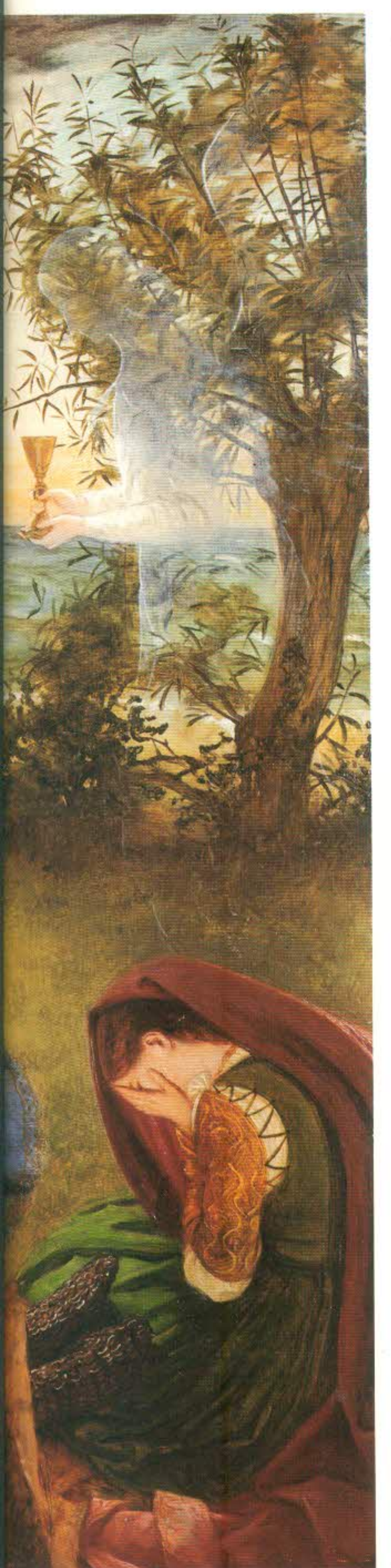
La descripción de Geoffrey de la isla mágica de Avalón, habitada por hechiceras, parece mezclar hechos históricos y fragmentos de tradiciones del más allá. Explica su nombre como derivado de una arcaica voz inglesa, *aval,* «manzana», por lo que significaba «isla de las manzanas». Es algo discutido por los estudiosos, pero si Geoffrey estuviese en lo cierto, Avalón estaría dentro de la tradición de las islas míticas relacionadas con manzanas.

Ashe sugiere que tras la figura de Arturo puede ocultarse un hombre conocido en los anales históricos como «Riothamus», llamado «Rey de los Bretones». En 468 d.C., Riothamus condujo sus tropas a la Galia y dirigió allí una campaña en defensa del Imperio romano. En una batalla final, fue derrotado. Huyó con el resto de su ejército a territorio burgundio, y nunca más se supo de él.

«Riothamus» al parecer no es un nombre, sino un título britano: *Rigotamos,* «rey supremo». Su trayectoria muestra ciertas similitudes con la de Arturo, y la fecha se ajusta a un Arturo histórico, que, si existió, fue probable-

Los celtas pensaban que los muertos vivían en una isla remota —Avalón forma parte de esa tradición—, lo que les llevó probablemente a la práctica de enterrarlos en islas. Un historiador bizantino del siglo VI *refirió que toda Gran Bretaña era uno de esos lugares a donde los muertos eran transportados desde tierra de los francos. Bardsey* (derecha), *frente a la costa norte de Gales, era otro de ellos, y se decía que contenía las tumbas de 20.000 santos. Glastonbury, que era virtualmente una isla y poseía un antiguo cementerio, pudo también haber sido considerada una isla de los muertos.*





mente un señor de la guerra inglés cronológicamente posterior al período romano. También la retirada de Riothamus fue en dirección a la ciudad burgundia de Avallon. Tal Avallon no era una isla, y esa idea puede derivar de la tradición de un santuario curativo que, según afirmaba el geógrafo clásico Pomponio Mela en el siglo I d.C., se encontraba en la isla de Sein, frente a las costas de Bretaña. Allí, al igual que en la isla de Geoffrey, vivían nueve hechiceras que curaban de enfermedades.

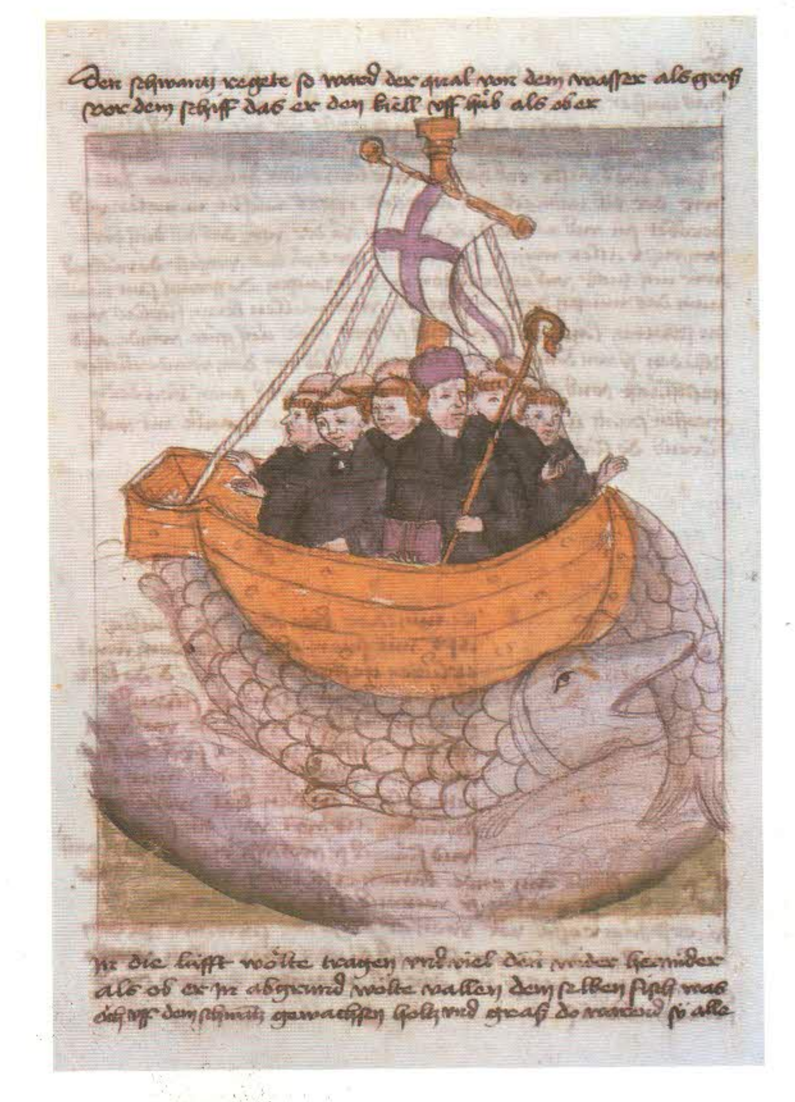
Islas paradisíacas

La Avalón de Geoffrey sigue la tradición de las islas paradisíacas, que en la mitología se encuentran en algún lugar hacia el oeste. En ellas se incluye la Atlántida, el Jardín de las Hespérides, con sus manzanas de oro, y las Islas Afortunadas de los griegos; también la isla de San Brandán, descrita en el siglo IX en el *Viaje de san Brandán,* y que estaba cubierta de manzanos. Al llamar a Avalón la Isla Afortunada, Geoffrey la vinculaba con las islas míticas asociadas con manzanas, probablemente porque éstas eran la fruta de la inmortalidad en la mitología céltica.

Si Enrique II intentó realmente erradicar la creencia en la supervivencia de Arturo, no lo consiguió. En 1190, el poeta inglés Layamon escribía: «Los bretones creen que él (Arturo) está vivo, y habita en Avalón junto con el más rubio de todos los elfos.» La mencionada creencia de que Arturo dormía en una cueva o bajo una colina, rodeado de sus caballeros, se sabe que persistía en Bretaña todavía en el siglo XIX.

Como Camelot, Avalón está en todas y en ninguna parte: es contrario a su propio espíritu tratar de fijarlo en algún lugar. Reside en la dimensión del mito, donde la verdad es múltiple. El Arturo histórico pudo haber sido enterrado en Glastonbury; pero el Arturo real espera en aquel lugar donde «la curación no falla nunca», ese lugar que Geoffrey de Monmouth llamó Avalón.

La muerte de Arturo por el pintor James Archer (siglo XIX). Según escribió sir Thomas Malory en el siglo XV, Arturo fue conducido a Avalón en una barca misteriosa donde iban unas mujeres con capuchas negras, entre ellas tres reinas.



Avalón pertenece a una larga tradición de islas paradisíacas, «en algún lugar de Occidente». Una de ellas era la isla de San Brandán, supuestamente en el Atlántico, cerca de las Azores, cuya última búsqueda seria tuvo lugar en el siglo XVIII. Está descrita en el Viaje de san Brandán *(derecha), probablemente escrito en el siglo IX.*

Brandán fue un monje irlandés que realizó un viaje por mar que duró desde 565 hasta 573, y durante el cual al parecer visitó la isla de Jena y el oeste de Escocia. Pero aunque Brandán existió realmente, gran parte de su Viaje *es imaginario. Se trata de la versión cristiana de un género literario irlandés conocido como* immram, *que relataba visitas a las mágicas islas del más allá.*

Paisajes Intemporales

«Todas las cosas están llenas de dioses.»
Tales (aprox. 636-546 a.C.)

«Doradas son las praderas; dorados los arroyos; rojo dorado son los troncos de los pinos. El sol desciende sobre la tierra, y recorre los campos y las aguas.»
George Meredith (1828-1909)

El mundo natural es fuente de admiración y asombro, de historias y leyendas. Montañas, ríos y valles siguen atrayendo a viajeros y peregrinos tras los pasos de héroes y dioses. El Himalaya, la más inmensa cordillera del mundo, es la morada de los dioses según las tradiciones hindú y budista. Con el cráter gigantesco de Haleakala se asocia al dios polinesio Maui, de quien se dice que atrapó con el lazo los rayos del sol cuando éste pasaba sobre el borde del cráter. Sólo cuando el sol prometió recorrer más lentamente el cielo lo dejó ir.

Los grandes ríos de la tierra fluyen imbuidos de carácter y poder. El Ganges, río sagrado de la religión hindú, se tiene por la encarnación de Ganga, la diosa de la purificación, mientras que el Nilo es la verdadera sangre vital de Egipto, y sus aguas, fuente de fertilidad y alimento para cuerpo y alma.

Conforme se acelera el ritmo del mundo moderno, esos inapreciables paisajes, al parecer intemporales, refrescan el espíritu humano con su belleza. Mientras que palacios, templos y otras obras del hombre con el tiempo se convierten en polvo, los grandes monumentos de la naturaleza perduran, son hitos del pasado y del futuro.

MONTE ARARAT

«Y en el mes séptimo, el día diecisiete del mes, varó el arca sobre los montes de Ararat.»

Génesis, 8:4.

Al este de Turquía, junto a las fronteras con Irán y la antigua URSS, atraviesan las nubes los picos nevados de una montaña que se eleva hasta unos 5.000 metros. Agri Dagi, conocido tradicionalmente como el bíblico monte Ararat, se alza abruptamente sobre una accidentada llanura polvorienta que enfatiza la esbelta forma piramidal de la montaña. Corona el gigante una zona de nieves perpetuas, «un capuchón de deslumbrante plata», que, según la tradición, fue el lugar donde encalló el arca de Noé.

Durante siglos, armenios y persas tuvieron la convicción de que no se podía escalar el Ararat. En parte se debía a su altitud y a su desalentadora capa de nieve, pero también al hecho de que la montaña había adquirido un aura casi mística. Por ejemplo, cuando James Morier, diplomático y viajero, visitó la región del Ararat a principios del siglo XIX, oyó relatar que la montaña estaba habitada por «gusanos de nieve», unos supuestos gusanos blancos cuya característica era ser fríos.

Además de con las criaturas míticas, había que enfrentarse con bestias salvajes, incluidos serpientes y arañas venenosas, linces, leopardos, osos y jabalíes. También se decía que un dragón amenazaba a viajeros y mercaderes, quienes ya habían de afrontar a bandidos y salteadores. Pero, pese a tales peligros, Morier describe el Ararat en términos que captan su mística belleza, celebrada a través de los tiempos: «Cada una de sus partes es perfecta, no hay rudeza en ninguno de sus rasgos... todo es armonía...»

El catastrófico diluvio

Hoy día, pese a los peligros que entrañan los aludes y los perros salvajes, es totalmente posible ascender al Ararat y contemplar el mismo paisaje inmemorial de valles, llanuras y montes lejanos que existía en tiempos bíblicos. El vínculo entre el Ararat y el arca de Noé aparece en el Génesis, el libro primero de la Biblia. Según esta narración, Dios se afligió tanto por la maldad de la raza humana que decidió borrarla de la faz de la tierra con un diluvio. Sólo se salvaría un hombre llamado Noé. Así pues, Dios mandó a Noé que construyera una nave donde cupieran su familia y las bestias y aves de la tierra.

Luego llovió durante cuarenta días y cuarenta

MAR NEGRO
CEI
Kars
Ereván
Erzurum
MONTE ARARAT
Agri
(Agri Dagi)
TURQUÍA
Dogubayazit
IRÁN
Lago Van
Van



El monte Ararat, lugar donde según la tradición encalló el arca de Noé, se identificó con la montaña turca de Agri Dagi desde antes de la era cristiana. Unos magníficos picos coronados de nieve se elevan a 5.000 m sobre una accidentada llanura al este de Turquía.



noches, hasta que toda la tierra quedó inundada. Finalmente, las aguas empezaron a retirarse y el arca de Noé encalló en el monte Ararat. Entonces desembarcaron Noé, su familia y las bestias, y empezaron a repoblar la tierra.

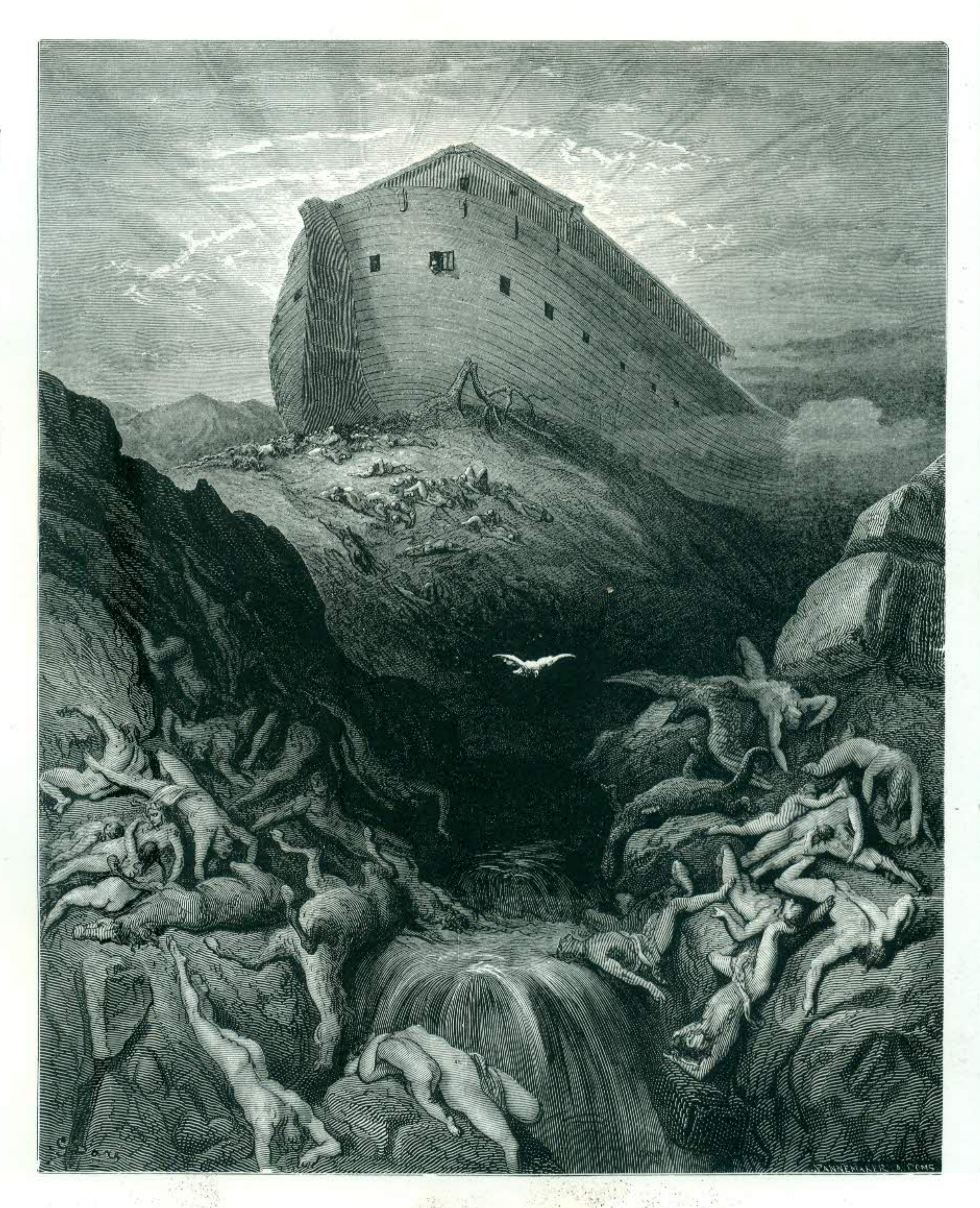
En realidad, la Biblia no especifica en qué montaña de la antigua tierra de Ararat se posó el arca. Pero no es sorprendente que el imponente Agri Dagi fuese relacionado con Noé en la tradición local armenia antes de la era cristiana.

Morier afirmaba que «al parecer, tras el diluvio nadie más estuvo en la cima, pues lo escarpado de su nevada cumbre haría imposible cualquier intento». Sin embargo, el primer hombre que desmintió a Morier fue un alemán de treinta y siete años, el profesor Friedrich Parrot.

En septiembre de 1829, junto con otras cinco personas, entre las que se encontraba un soldado ruso que lucía su mejor uniforme bajo la capa en honor a tan importante empresa, el

«Al cabo de cuarenta días, abrió Noé la ventana que había hecho en el arca... Después soltó a la paloma, para ver si habían menguado ya las aguas de la superficie terrestre.» El Génesis, el libro primero de la Biblia, describe el envío de la paloma, episodio ilustrado aquí por Gustave Doré (derecha), *artista francés del siglo XIX.*

El Génesis relata que la paloma regresó al arca porque el mundo seguía estando anegado. Siete días más tarde, Noé soltó de nuevo la paloma, y esta vez volvió con una ramita de olivo en el pico. Tras otros siete días, Noé volvió a soltar la paloma: el ave no regresó, indicando así que la tierra estaba lo suficientemente seca para que Noé, su familia y los animales desembarcaran y empezaran a repoblar la tierra.



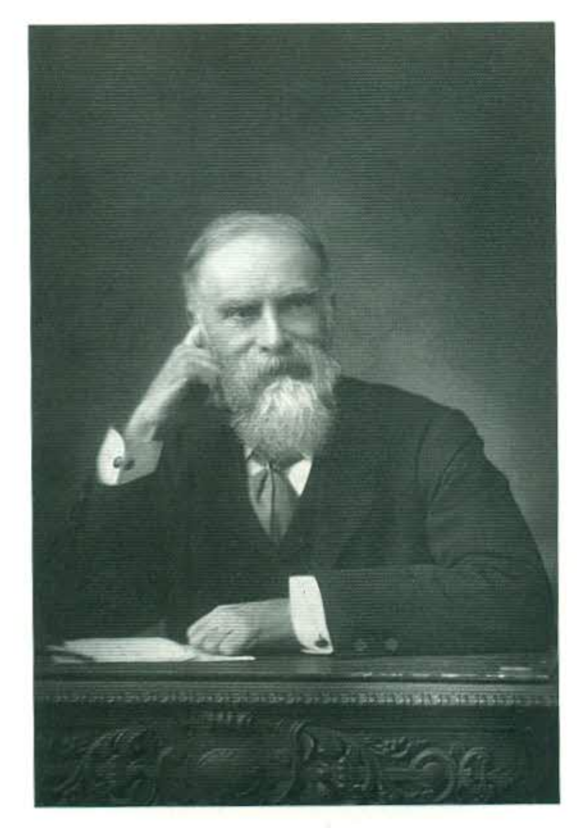
alemán coronó la cumbre en su tercer intento. Fue un momento maravilloso. Especulando sobre el punto exacto en que pudo posarse el arca, Parrot observó el imponente panorama del valle del Araxes, en el que la ciudad de Ereván se reducía a una mancha oscura «no más grande que una mano». Se celebró el evento erigiendo una cruz de madera y brindando con vino en honor de Noé, el padre de la viticultura.

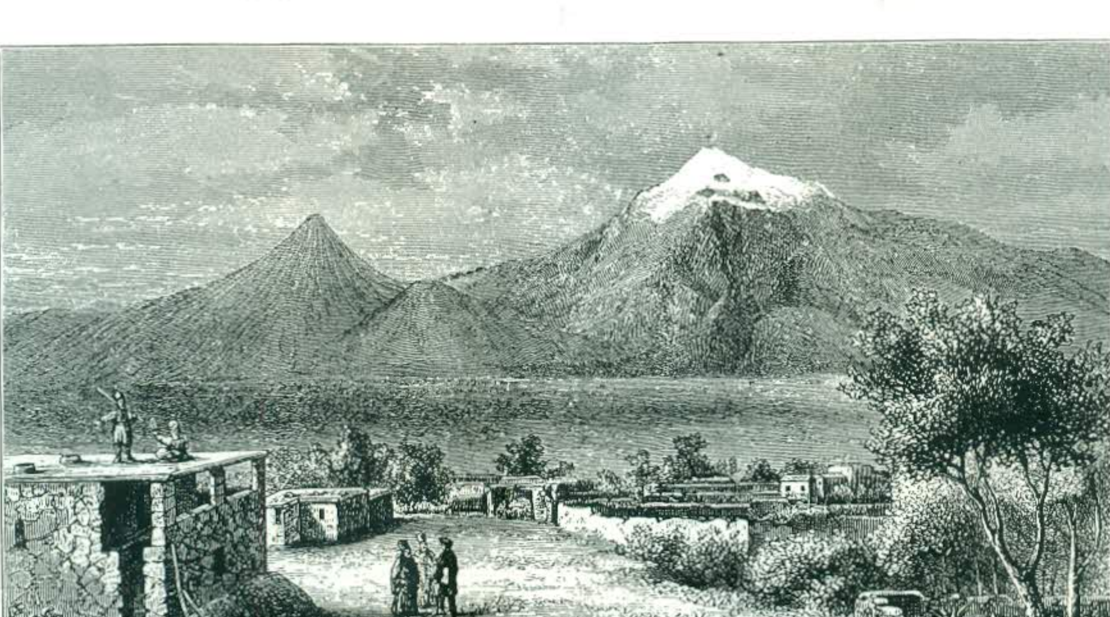
En busca del arca perdida

Empero, era tal la reputación del Ararat que mucha gente se negó a creer el relato de Parrot sobre su ascensión. En los años siguientes, otras expediciones escalaron sus cumbres, entre ellas la que en 1876 dirigió James Bryce, historiador y estadista. Bryce fue uno de los primeros en descubrir un posible vestigio del arca: un trozo de madera tallado con algún instrumento que se encontró mucho más arriba de la línea de los árboles.

A través de los años, también otros visitantes, incluidos un sacerdote nestoriano en 1893, un aviador ruso en 1916 y un industrial francés en 1955, han visto algo parecido al arca o han recogido misteriosos trozos de madera. Pero hasta la fecha, la prueba del radiocarbono 14 realizada sobre los trozos de madera hallados no ha evidenciado una antigüedad que pudiera relacionarlos con los tiempos de Noé. Por otra parte, hay quien sugiere que los trozos de madera podrían proceder de unas reliquias medievales (tal vez una maqueta del arca) depositadas allí por los monjes, que consideraban el Ararat lugar de peregrinación.

Resulta imposible comprobar el fundamento histórico del episodio del arca. Pero, si alguna verdad encierra el relato bíblico de Noé, el monte Ararat sería con toda seguridad el emplazamiento idóneo para ese segundo comienzo de la humanidad.





James Bryce (arriba), *historiador y estadista, condujo una expedición en 1876 para escalar el Ararat, representado* (abajo) *en un grabado del frontispicio de su obra* Transcaucasia y el Ararat.

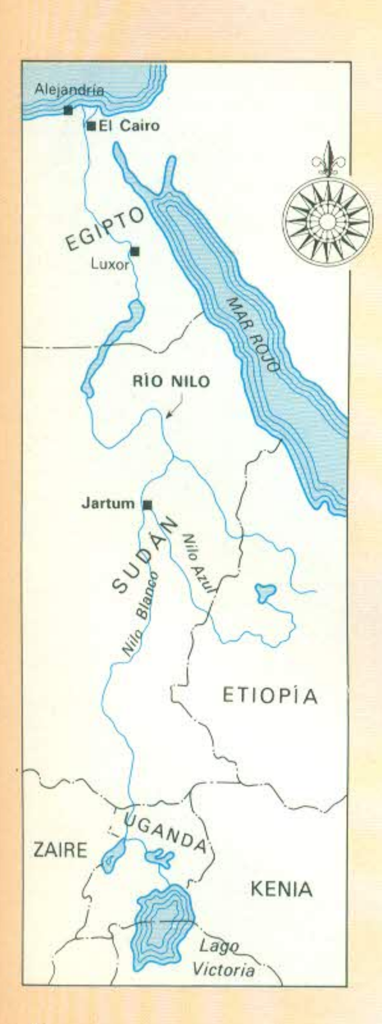
Bryce partió a finales de un cálido verano con una escolta de cosacos, y era guiado por «la vista del brillante pico, en las alturas, que ahora, cual una belleza oriental, empieza a velarse la cara con el velo diurno de las nubes...» Terminó realizando él solo las últimas etapas de la ascensión, y al final coronó solo la cumbre.

Más tarde, Bryce relataba así su sublime experiencia: «Si fue realmente allí donde el hombre volvió a pisar la tierra despoblada, puede uno imaginarse la gran dispersión que tuvo lugar cuando las razas se extendieron desde esas sagradas alturas a lo largo de los cauces de los grandes ríos, hacia el mar Negro y el mar Caspio... No podría imaginarse un centro del mundo más impresionante.»

RÍO NILO

«Fluye a través del viejo y callado Egipto y sus arenas, como algún poderoso y grave pensamiento, urdiendo un sueño...»

James Leigh Hunt (1784-1859), en su poema *El Nilo*.



El Nilo, símbolo del renacimiento y la vida eterna para los antiguos egipcios, ha sido durante los siglos el principio vital de su país. El río y sus orillas se contemplan desde el aire como una larga faja verde serpenteando a través del árido desierto. Esa faja *es* Egipto: la prodigalidad del Nilo lo creó, y permitió el desarrollo de una de las mayores civilizaciones de todos los tiempos.

El Nilo es, con sus 6.708 kilómetros desde su fuente más remota, el río más largo del mundo. Sus dos «orígenes» surgen de las profundidades de África. El Nilo Blanco brota de las aguas del lago Victoria, y fluye hacia el norte en dirección a Jartum, en Sudán, donde se funde con el Nilo Azul, más corto pero más caudaloso. Allí donde las aguas se reúnen es posible ver la confluencia de las aguas azuladas del Nilo Azul y las más claras, verde pálido, del Nilo Blanco.

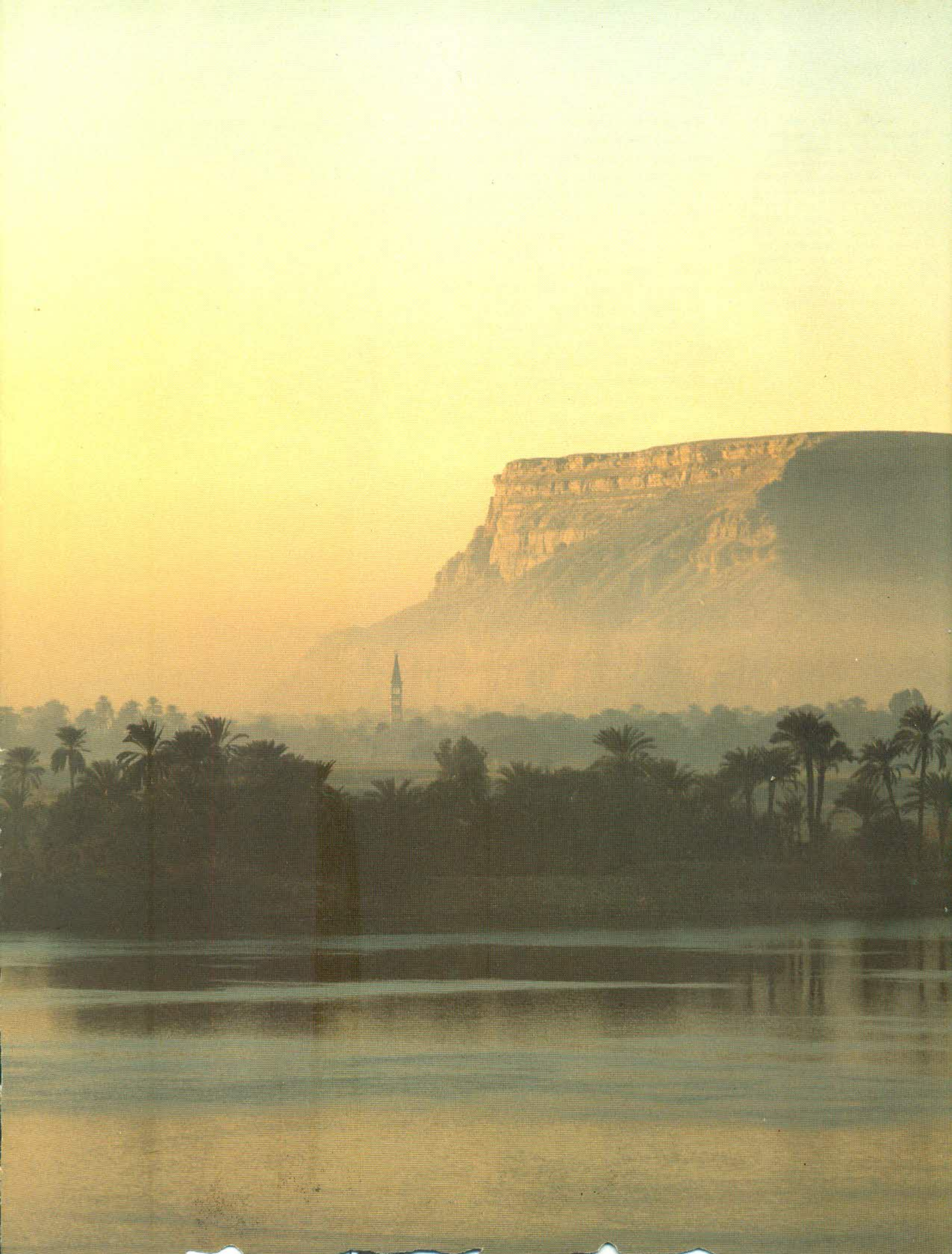
Desde Jartum el río corre hacia el norte hasta El Cairo, donde se divide en dos importantes canales, uno de los cuales desemboca en el mar Mediterráneo en Damietta, a unos 60 kilómetros de Port Said; el otro prosigue hasta Rasid (la antigua Rosetta). En este lugar, en 1799, fue hallada la famosa piedra de Rosetta que ayudó a descifrar los jeroglíficos egipcios. Entre ambos brazos se extiende el delta del Nilo: 37.000 kilómetros cuadrados de tierra cultivable formada por ricos depósitos aluviales.

El «don del Nilo»

Para los egipcios el Nilo era, y sigue siendo, el centro de su existencia. Facilitaba el crecimiento del grano, proveía el pescado y el valioso junco de papiro, y era utilizado como vía fluvial. La veneración del pueblo para con el río se advierte en el *Himno al Nilo,* compuesto presumiblemente durante el Imperio Medio (hacia 2050-1750 a.C.): «Salve, oh Nilo, que surges de la tierra, que vienes a dar vida al pueblo de Egipto.» El historiador griego Herodoto resumió con agudeza la relación entre el país y el río: «Egipto es un don del Nilo.»

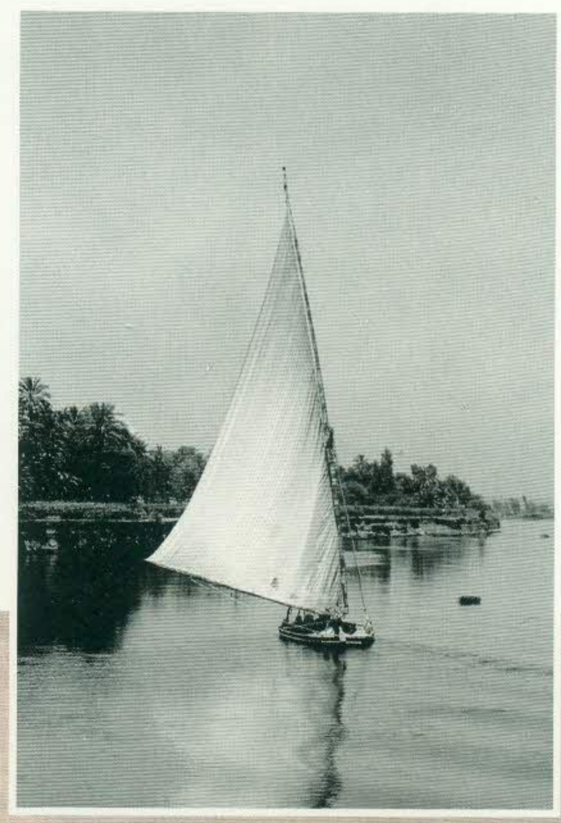
En sus orígenes, el antiguo Egipto era llamado por sus habitantes Kemet, que significa «negro», a causa del contraste entre las oscuras tierras aluviales formadas por el sedimento de las crecidas y el leonado desierto que se extendía a ambos lados hasta perderse de vista. Al parecer, los egipcios consideraban que todos los

Durante siglos, el Nilo ha sido la arteria vital de Egipto. En la tierra nutrida por sus aguas nació la gran civilización del antiguo Egipto, con sus templos de oro y sus pirámides. Hoy día los visitantes pueden navegar entre sus orillas orladas de palmeras, viajando hacia el pasado.



El Nilo fue, y sigue siendo, un importante medio de transporte para el pueblo de Egipto. Las elegantes velas triangulares de los faluchos (derecha) *siguen estando tan presentes como cuando en el siglo* XIX *las pintó David Roberts, en una vista que recoge las ruinas de Luxor* (abajo). *Sobre los faluchos consignó Roberts en su diario: «Nada sobrepasa en belleza para el pintor a estas embarcaciones que surcan el río con sus blancas velas desplegadas y ondeando al viento.»*

ríos guardaban relación con el Nilo. Por ejemplo, una inscripción en una estela real de finales del siglo XVI a.C. describe al Éufrates, el gran río de Mesopotamia que fluye de norte a sur, como «ese río invertido que corre a contracorriente». En otras palabras, se consideraba que cualquier río que fluyera en dirección contraria al Nilo lo hacía de forma equivocada.



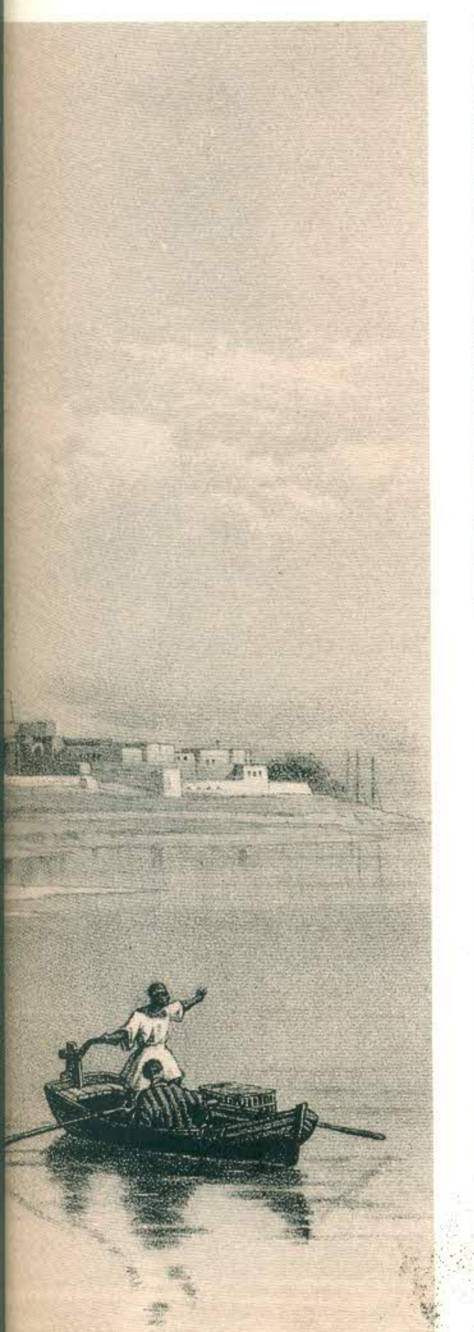
La característica más vital del Nilo para los habitantes de Egipto, desde la remota prehistoria hasta 1971, eran sus inundaciones anuales. Ese don del río procedía de las lluvias africanas y el deshielo de las nieves de las montañas de Etiopía que daban origen a inmensos torrentes. El río inundaba los campos adyacentes y, al retirarse las aguas, los dejaba cubiertos de una rica y fértil capa de limo. Fue esta fertilidad la que nutrió la antigua civilización egipcia.

El escritor latino Séneca describió lo providencial de las crecidas del río para los egipcios: «Es una hermosísima visión cuando el río inunda los campos. Las llanuras desaparecen, los valles se ocultan. Sólo las ciudades emergen como islas. El único medio de comunicación es la nave; y cuanto más sumergida queda la tierra, mayor es el júbilo de su gente.»

En tiempos de los faraones, el Nilo alimentaba las vidas de millones de personas en su recorrido a través del país. Había, por supuesto, años malos en que las inundaciones fallaban, como durante los siete años de carestía que según la tradición tuvieron lugar durante el reinado de Zoser, rey de la III dinastía (hacia el siglo XXVIII a.C.).

Pero casi siempre el río proporcionaba una vida holgada a quienes dependían de él —al menos a las clases altas, a juzgar por los versos escritos para celebrar la nueva capital de los faraones de la XIX dinastía al noroeste del delta, los bíblicos Ramsés: «La Residencia es agradable para vivir; sus campos rebosan de cosas buenas; están (llenos) de víveres y alimentos cada día, sus estanques de peces, y sus lagos de pájaros. Sus praderas son verdes y herbosas; sus orillas dan dátiles... Sus graneros están (tan) llenos de cebada y trigo (que) llegan casi hasta el cielo. Las cebollas y puerros son para el alimento, y la lechuga de la huerta, las granadas, manzanas, olivas e higos del vergel, el vino dulce de Ka-de-Egipto, que supera a la miel...»

Ka-de-Egipto, un viñedo del delta, así como la abundancia de hortalizas y frutas a las que se alude, no hubiesen existido sin el Nilo.





Egipto ha sido irrigado por las aguas del Nilo durante miles de años. Los shadufs *(izquierda) se introdujeron en tiempos del Nuevo Imperio (aprox. 1567-1085 a.C.) Un cubo es sumergido en el río y luego levantado por medio de un contrapeso. Este primitivo artilugio todavía se utiliza, sobre todo en el Alto Egipto, aunque sólo es efectivo para el pequeño riego.*







Hapi, el dios del Nilo (arriba), *era representado como un hombre barbado con pechos de mujer, que indicaban su fertilidad. Según la creencia popular, él suministraba las aguas de la inundación anual con su jarrón sin fondo.*

Un noble egipcio y su esposa (abajo) *rinden tributo a Osiris, un dios asociado con el Nilo. El estanque ornamental era un rasgo importante en los jardines de los egipcios ricos; para ellos se extraía el agua con* shadufs *y se los llenaba por medio de canales.*

La agricultura de la región ha progresado desde aquellos tiempos: la simiente ya no es pisoteada por los carneros, o, como observó Herodoto en el siglo V a.C., por los cerdos. Algunos de los antiguos instrumentos todavía son de uso cotidiano, por ejemplo el *shaduf,* introducido durante el Imperio Nuevo (aproximadamente 1567-1085 a.C.). Este simple mecanismo permitía sumergir un cubo en el agua y luego elevarlo por medio de un contrapeso. En los años que siguieron a su invención aumentó considerablemente la extensión de tierra cultivada, y hoy día todavía es utilizado por los egipcios.

Pero el cambio más espectacular de los últimos años lo ha constituido la Gran Presa de Asuán, construida en 1971, y la consiguiente creación del lago Nasser, el mayor lago artificial del mundo. Ahora es posible irrigar durante todo el año; sin embargo, la gran inundación anual ya no existe, la crecida del río se ha reducido considerablemente, y el sedimento que a lo largo de los siglos sirvió a Egipto se ha visto mermado.

En algunos lugares el desierto está ganando terreno: allí donde los palmerales antaño prodigaban su fresca sombra, ahora sólo ondean unas cuantas frondas dispersas sobre la cima de las invasoras dunas, y los verdes campos están siendo devorados por las batientes arenas.



Tras los campos verdes y fértiles gracias al Nilo, la gloria del antiguo Egipto: las grandes pirámides de Gizeh, cerca de El Cairo, se elevan en la distancia. La mayor de esas tres colosales estructuras, que data de mediados del tercer milenio a.C., es la pirámide de Keops: mide cerca de 152 metros de altura y comporta unos dos millones y medio de bloques de piedra caliza.

Los dioses de la vida

La vida cotidiana en el antiguo Egipto estaba entretejida de observancias y rituales religiosos. El río se asociaba con cierto número de dioses, siendo su deidad particular Hapi, Gran Señor de los Alimentos, Señor de los Peces. Según la creencia popular, Hapi era responsable de las crecidas, derramando el agua de su jarro sin fondo, sentado en una cueva protegida por serpientes al pie de las montañas de Asuán. Anualmente se hacían sacrificios en Yabal Silsila para asegurarse de que inclinara su jarrón en el ángulo adecuado: demasiado volcado podía significar un diluvio, y demasiado poco significaría sequía y hambre en todo el país.

Una estatua de Hapi, que se encuentra ahora en el Museo del Vaticano en Roma, lo muestra con 16 niños, cada uno de ellos de la altura de un codo. Esto simboliza el hecho de que si la crecida anual no alcanzaba los 16 codos (unos 8 metros), entonces la tierra no florecía y su gente padecía hambruna.

Hapi encarna al Nilo, pero el río también está vinculado con la vida y la muerte de Osiris, el dios del mundo de ultratumba. Simbólicamente, la historia de Osiris refleja la vida del gran río. Durante su reinado en Egipto fue asesinado por su malvado hermano Set, y los fragmentos de su cuerpo fueron esparcidos por todo el país. Su consorte, Isis, tras una concien-



zuda búsqueda, reunió los miembros dispersos y lo resucitó. Tras su resurrección, tuvieron un hijo, llamado Horus, el siguiente rey de Egipto que también fue divinizado. Entonces Osiris descendió para gobernar el mundo de ultratumba.

La vida y la muerte de Osiris simbolizan la muerte y resurrección anual del Nilo. El malvado Set es el ardiente viento del desierto que consume las aguas. Osiris está muerto cuando el Nilo está seco, y su cuerpo es encontrado por Isis el día de su crecida anual. Al igual que Osiris fecunda a Isis, creando nueva vida y esperanza, el río anega sus orillas para fertilizar los campos.

Osiris es el Nilo, Isis la tierra: la unión de ambos es la unión perennemente productiva del agua y del suelo.

Monumentos conmemorativos del pasado

La prosperidad en torno al Nilo permitió a los egipcios edificar magníficos monumentos a lo largo de su cauce: templos y monumentos a los antiguos dioses y reyes. Inevitablemente, las exigencias del progreso han entrado en conflicto con la necesidad de preservar el pasado. Ambas consideraciones fueron espectacularmente reconciliadas con la construcción de la presa de Asuán, que salvó a los templos de Abu Simbel de ser sumergidos por las aguas. Los dos templos, esculpidos en las faldas de la montaña en la orilla oeste del Nilo, fueron trasladados, mediante una sorprendente obra de ingeniería que terminó en 1966, 64 metros más arriba de su emplazamiento original.

Los templos fueron construidos en tiempos de Ramsés II, el tercer rey de la IX dinastía Durante su largo reinado (1290-1224 a.C.) se edificaron aproximadamente la mitad de los templos egipcios que subsisten, la mayoría erigidos para celebrar sus hazañas contra los hititas y conservar el imperio asiático de Egipto.

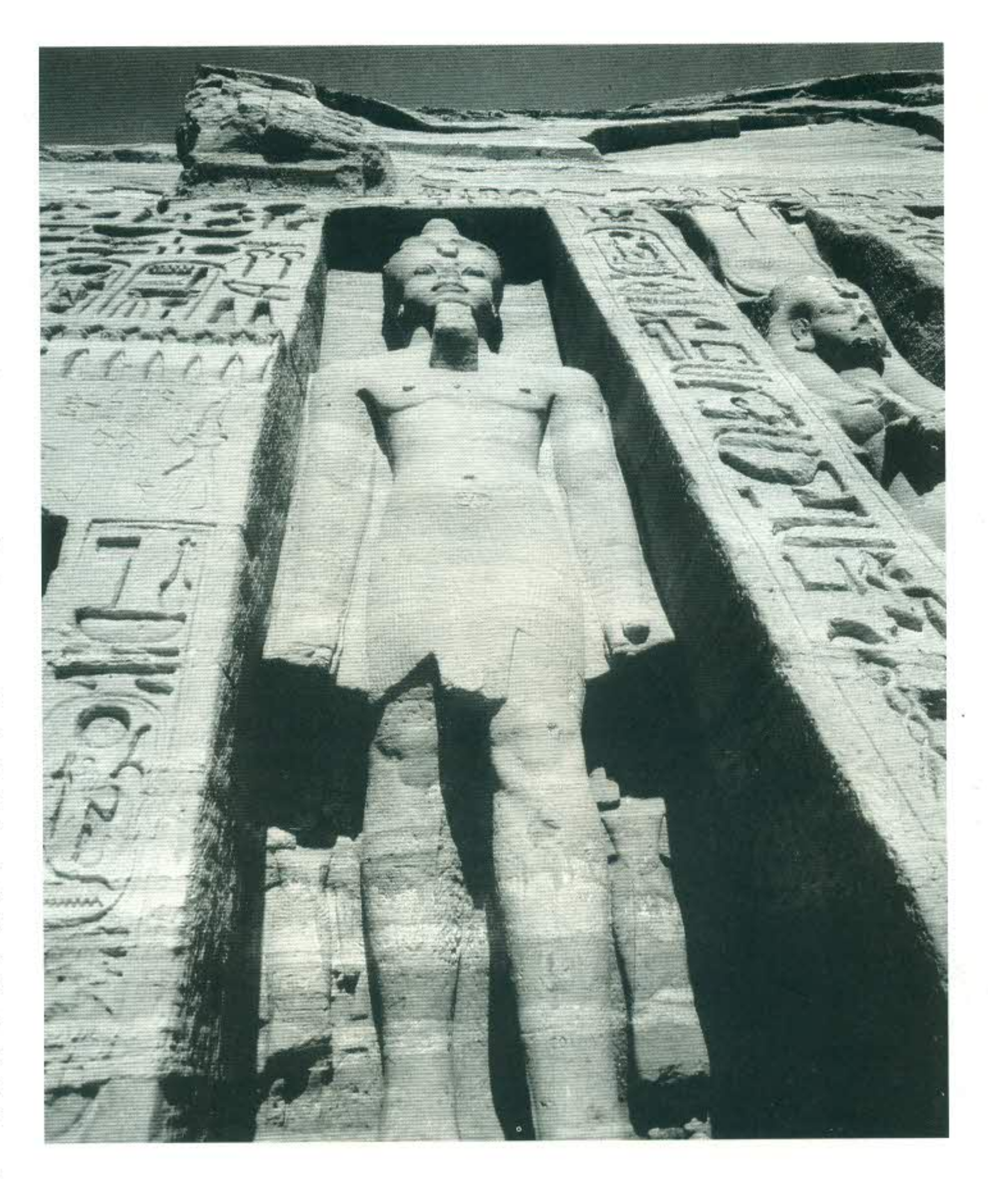
Ramsés también dejó su huella más abajo de Abu Simbel, a lo largo del río, donde un asombroso despliegue de monumentos rodea la antigua capital de Tebas. Allí se encuentra Karnac, uno de los templos más impresionantes del mundo. Los magníficos pilares de su sala hipóstila, elevándose a gran altura y formando grandes grupos con sus macizas basas, parecen concebidos para dar paso a grandes seres incorpóreos.

El enorme conjunto está dedicado al faraón Amón, de cabeza de carnero, dios de Tebas, ulteriormente identificado con Ra, el dios sol, y convirtiéndose en Amón-Ra, el rey de los dioses durante el apogeo de Tebas. Las ruinas cubren unos 20.000 m^2, y comprenden los restos de avenidas bordeadas de esfinges, enormes puertas de acceso, santuarios y templos, y un lago sagrado.

Junto a Tebas se encuentra Luxor, también dedicado a Amón; y atravesando el Nilo desde Luxor se extiende el Valle de los Reyes, donde fueron sepultados la mayoría de los monarcas de la VIII dinastía (aprox. 1570-1342 a.C.).

Los más famosos monumentos de Egipto se encuentran al norte, casi a la entrada del delta, donde se elevan los colosales volúmenes de las pirámides de Gizeh, últimas supervivientes de las Siete Maravillas de la antigüedad.

Junto a las orillas del Nilo, las humanas actividades diarias reafirman el antiguo ritmo de la existencia. En algunos lugares, éste parece haber cambiado apenas desde que los viajeros victorianos acudieran a pintar el río en todos sus aspectos, y pudiera no ser tan diferente de los tiempos de los faraones.



Los dos templos del faraón Ramsés II (1290-1224 a.C.) (página anterior y arriba) *en Abu Simbel, en la orilla oeste del Nilo, fueron salvados de la destrucción en los años 1960. En una espléndida hazaña de ingeniería, los templos fueron transportados 60 metros más arriba para preservarlos de las aguas crecidas tras la construcción de la presa de Asuán. Los monumentos fueron desmantelados en 1.060 bloques marcados, levantados uno por uno. Las cuatro estatuas sentadas de Ramsés en la fachada del templo mayor, de las que aquí pueden verse dos, miden más de 20 metros de altura: indican claramente la imagen que el faraón tenía de sí mismo.*

AYERS ROCK (ULURU)

«El monte Olga es el más maravilloso y grotesco; Ayers Rock, el más antiguo y sublime.»

Ernest Giles, explorador que visitó la roca en 1874.

Uno de los mayores y más famosos monolitos del mundo, Ayers Rock, es una enorme masa de arcosa, piedra arenisca rica en feldespato, situada a unos 4.000 kilómetros al suroeste de Alice Springs, en el centro de Australia. Sus redondeados pliegues naturales, que se elevan unos 350 metros y abarcan unos 8.000 metros de circunferencia, son tanto más asombrosos cuanto que surgen abruptamente por encima de la desértica llanura, salpicada de mulgas (acacias), espinos y robles del desierto. Pero la revelación de la roca tiene lugar al amanecer o al crepúsculo: el monolito parece empapado de la luz del sol, y cambiando de color como un gigantesco camaleón, refulge con el esplendor de un millar de rubíes.

Ayers Rock fue descubierta en 1873 por el explorador William Gosse, junto con su guía de camellos afgano, Jamran. Gosse le impuso a la roca el nombre del primer ministro de Australia del Sur, sin saber que ya tenía un nombre aborigen: Uluru. Para los aborígenes, el lugar fue sagrado desde tiempos ancestrales, desde la era conocida como Tiempo del Sueño o los Sueños. Fue el período en que, según la tradición aborigen, sus ancestros recorrieron el país, creando bajo sus pasos y mediante su acción diaria los distintos paisajes, tales como rocas, cuevas, árboles y puntos de agua.

Un poderoso símbolo

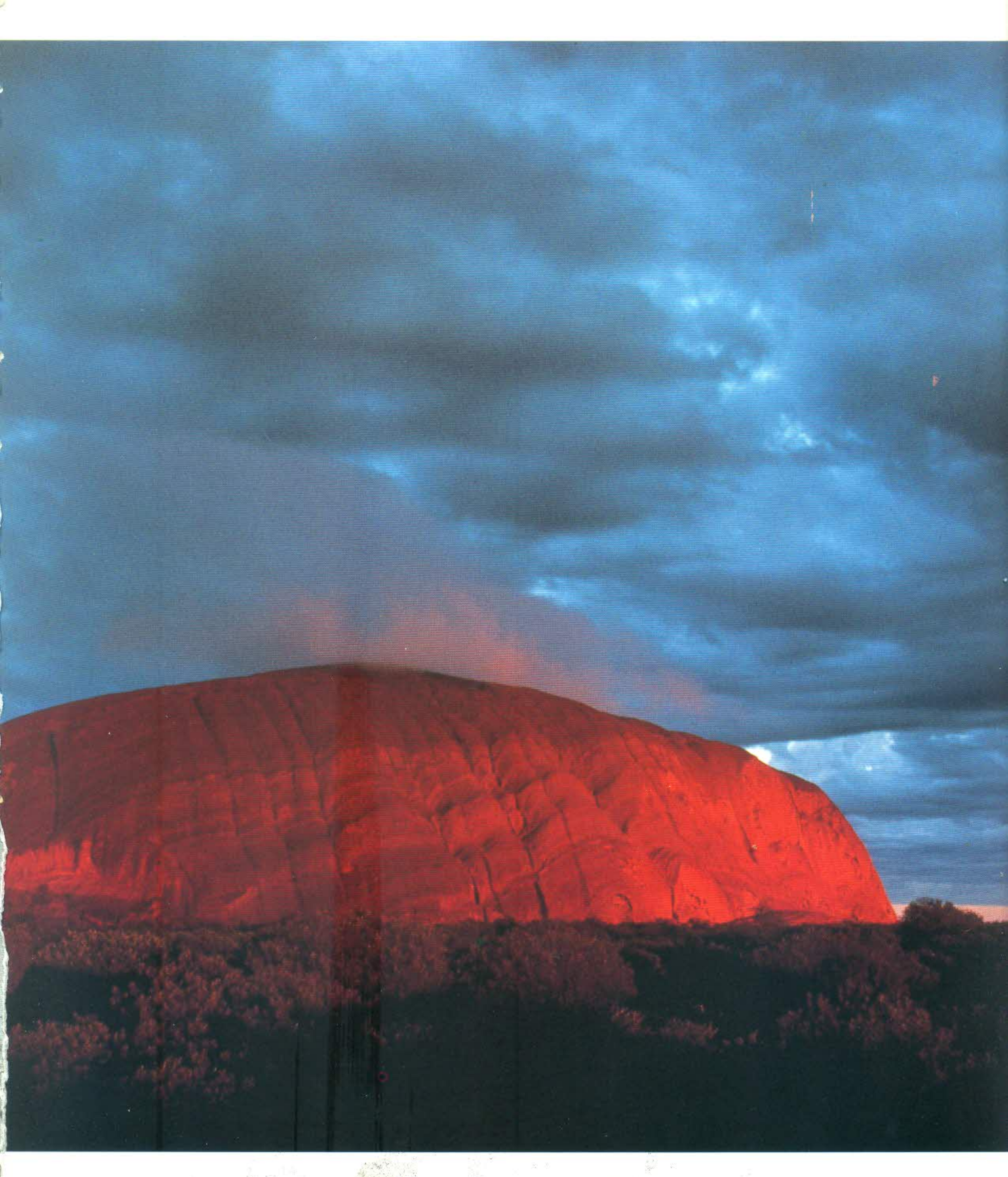
Uluru, asociado ahora con las tribus pitjantjatjara y yankuntjatjara, es un punto significativo en las tierras de Los Sueños que cubren la región. Pero también se ha convertido, según palabras del escritor australiano Thomas Keneally, en «un importante y afirmativo símbolo nacional» para los ciudadanos australianos blancos. Cada año, cientos de ellos acuden a este onfalos de piedra para contemplar cómo se vuelve carmesí en el atardecer, o cómo tras una tormenta es surcado por torrentes de plata, como el cuerpo de una ballena remontando la superficie del agua.

El punto culminante de esta visita es escalar (ahora con ayuda de unas cadenas como pasamanos) la vertiente oeste de la roca, cuya lisa superficie segó numerosas vidas en el pasado. En la cumbre barrida por el viento, horadada por profundas cuevas y grietas, se goza de vis-

Darwin
TERRITORIO SEPTENTRIONAL
AUSTRALIA OCCIDENTAL
Alice Springs
AYERS ROCK (ULURU)
Mte Olga
AUSTRALIA MERIDIONAL
GRAN BAHÍA AUSTRALIANA



Al amanecer y al atardecer, Ayers Rock, conocida por los aborígenes como Uluru, se tiñe de un rojo profundo. Con cerca de 340 metros de alto y un diámetro de 8 kilómetros, la roca está impregnada de leyendas aborígenes del Tiempo de los Sueños. Se ha convertido también en un importante símbolo nacional para los australianos blancos.



AYERS ROCK (ULURU)

«El monte era un roca inmensa, que se elevaba abruptamente desde el llano. Los hoyos que había advertido eran causados por el agua, formando inmensas cuevas en algunas partes.» Así se expresaba el explorador William Gosse (derecha) *(1842-1881), que descubrió Ayers Rock en 1873, y consiguió escalarlo hasta la cima con un conductor de camellos afgano, Jamran.*



Las abruptas vertientes de Ayers Rock están horadadas por grietas, cuevas y simas causadas por la erosión. Cuando el agua de lluvia penetra en la superficie de piedra blanda, afloja los granos de arena y origina su desintegración. En la cara norte (abajo), *la erosión ha cavado una forma llamada con acierto el Cerebro.*

tas panorámicas de todo el entorno; ninguna de ellas supera la visión, a través de la neblina, de «los redondeados minaretes, las gigantescas cúpulas y los monstruosos domos» del monte Olga, unos 30 kilómetros al oeste.

El origen de la roca

La historia geológica de Ayers Rock se remonta a millones de años. Sus capas de roca verticales fueron anteriormente horizontales —parte del fondo de un antiguo océano—, hasta que resultaron invertidas por los movimientos de la corteza terrestre. La fuerza de la erosión, que desgastó toda la zona, horadó y surcó la roca formando cuevas, hoyos, crestas y canales, pero no la destruyó. De hecho, a través del proceso recurrente llamado descamación, toda la superficie de la roca arenisca se va desprendiendo uniformemente, de tal manera que «cambia de piel» como una serpiente pero mantiene la misma forma.

Sin embargo, Uluru es algo más que una mole gigantesca de piedra. Para los aborígenes, la roca es una escultura viva de la historia ancestral, y sus rasgos son descritos en numerosas leyendas. Una de ellas refiere la batalla entre dos tribus conocidas como los kunia y los liru. Por ejemplo, las fuentes termales de Maggie Springs, en la vertiente sureste de la roca, contienen la sangre, ahora convertida en agua, de un agonizante guerrero kunia. Las marcas hechas por las lanzas de los liru son cuevas en el flanco sur de la roca; los oscuros huecos abiertos en las laderas son las bocas de los liru gritando, y los dispersos robles del desierto son los cuerpos transformados de los guerreros liru.

Los aborígenes mantienen vivas las tradiciones del Tiempo del Sueño y celebran su entorno natural por medio de pinturas, cuyas sencillas pero simbólicamente complejas líneas y formas pueden apreciarse en distintas partes de Uluru. Los aborígenes creen que los grabados esculpidos en la roca por efecto de la erosión fueron realizados por sus ancestros.

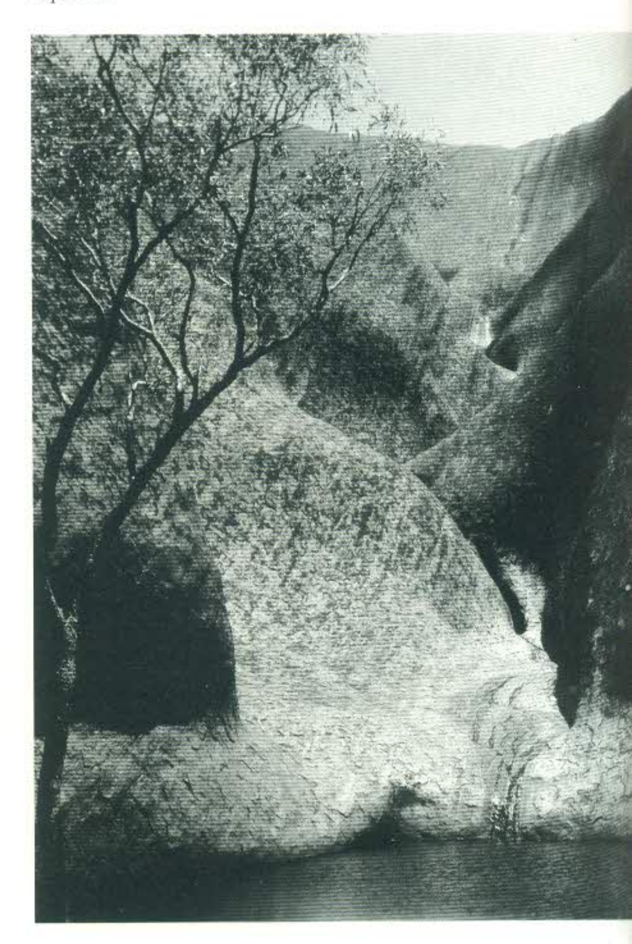
No es sorprendente que esta enorme mole, por su situación aislada, sus faldas misteriosas y profundamente estriadas y sus extraños cambios de color, esté impregnada de leyendas del Tiempo del Sueño.

Constituye pues un lugar en que el mito se conjuga con la naturaleza, como señaló el antropólogo Charles Mountford: «Cuando conocí las leyendas del lugar... los hermosos y extensos entornos ya no eran simples precipicios, cuevas o manchas de color: habían adquirido vida con las historias que los aborígenes me habían contado...»



El punto de agua más famoso de Ayers Rock son las fuentes termales de Maggie Springs (abajo), *conocidas por los aborígenes como Mutijula. Aquí, cuenta la leyenda, un guerrero kunia, el pueblo de la Serpiente del Tapiz, combatió con el jefe de los liru, el pueblo de la Serpiente Venenosa, durante una batalla entre las dos tribus. Las fuentes de Maggie Springs contienen la sangre, convertida ahora en agua, del guerrero kunia.*

La serpiente es una importante figura totémica en las leyendas y en el arte aborígenes. Esta pintura (más abajo) *sobre corteza de árbol muestra el espíritu de una serpiente.*





FUJI YAMA

«Oh caracol, asciende al Fuji Yama. Pero despacio. Despacio.»

Antiguo haiku japonés.

«La más bella vista de Japón... se aprecia cuando surge en la distancia el Fuji en días nublados... el blanco cono que parece suspendido en el cielo...» Así se expresaba Lafcadio Hearn (1850-1904), que se enamoró del Japón a sus 41 años y adquirió la nacionalidad japonesa. El Fuji Yama, famoso por su perfecta simetría, es una bellísima montaña en todas las estaciones. Muchos, sin embargo, coinciden en que la mejor es la primavera, cuando la cumbre está cubierta de nieve y los ciruelos y cerezos en flor cubren el flanco norte del Fuji Yama alrededor de sus lagos.

Definido a veces por los japoneses como «aquél que no tiene parangón», el Fuji puede contemplarse en días despejados desde una distancia de 80 kilómetros, y desde su cumbre el panorama abarca casi la totalidad del territorio japonés. Con sus 3.800 metros, el Fuji Yama es la montaña más alta de Japón, y también la morada de los dioses. Según la religión local sintoísta, los altos espíritus, los *kami,* existen en toda obra de la naturaleza. Ello es particularmente cierto en el Fuji, la montaña más venerada por los sintoístas.

El volcán durmiente

Según la tradición budista japonesa, el Fuji Yama fue creado una noche del 286 a.C., cuando el suelo se abrió, formando el lago Biwa, el mayor de Japón, y la tierra se elevó para formar la montaña. Hay algo de cierto en la leyenda: el paisaje del archipiélago japonés se debe en su casi totalidad a la formación de cordilleras y lagos por fallas tectónicas. A lo largo de la mayor de las fallas, que corre a través de la isla principal de Honshu, se agrupan los más gigantescos de los 265 volcanes conocidos de Japón. Entre ellos, el Fuji es el coloso.

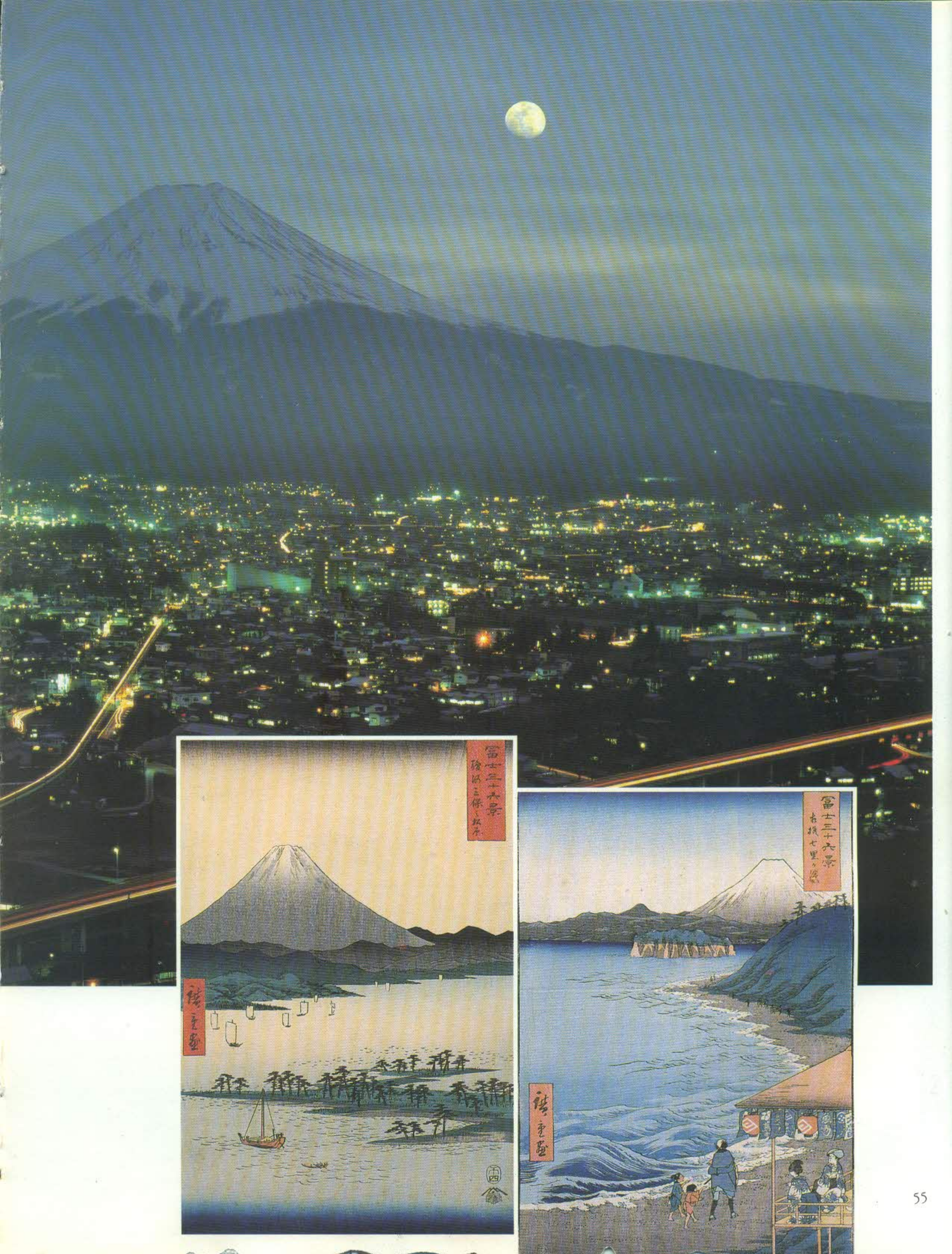
La montaña tiene una larga trayectoria de actividad volcánica. En los últimos siglos se han registrado 18 erupciones, entre ellas la de 1707, que sepultó la ciudad de Edo (Tokio), hasta 100 kilómetros al este, bajo una espesa capa de cenizas y lava. Desde entonces prácticamente no han habido indicios de que el volcán vuelva a despertar: es un volcán durmiente.

El Fuji Yama recibió originalmente su nombre del pueblo aborigen ainu (que habita todavía Hokkaido), por su diosa del fuego, Fuchi. Los japoneses conservaron el nombre y también su tradición de lugar sagrado. Los budistas creían que la montaña era la puerta hacia otro mundo, y los sintoístas erigieron en ella santuarios a la diosa Sengen-Sama, conocida también como Konohana-Sakuyahime (la que hace florecer los árboles con resplandor). Esta diosa,





El Fuji Yama se eleva, elegante y sereno en la noche iluminada por la luna, tras las luces destellantes de la ciudad de Fuji Yoshida. La más alta montaña de Japón con sus más de 3.800 metros, el Fuji Yama, es también la más sagrada del país, venerada por los budistas y sobre todo por los sintoístas. El Fuji Yama ha inspirado también a muchos poetas y pintores japoneses. Estos dos grabados en madera (derecha) *forman parte de las* 36 vistas del Fuji Yama, *de Katsushika Hokusai.*


富士三十六景
富士三十六景



según la tradición, fue vista suspendida en una nube luminosa por encima del cráter.

Viaje al sol naciente

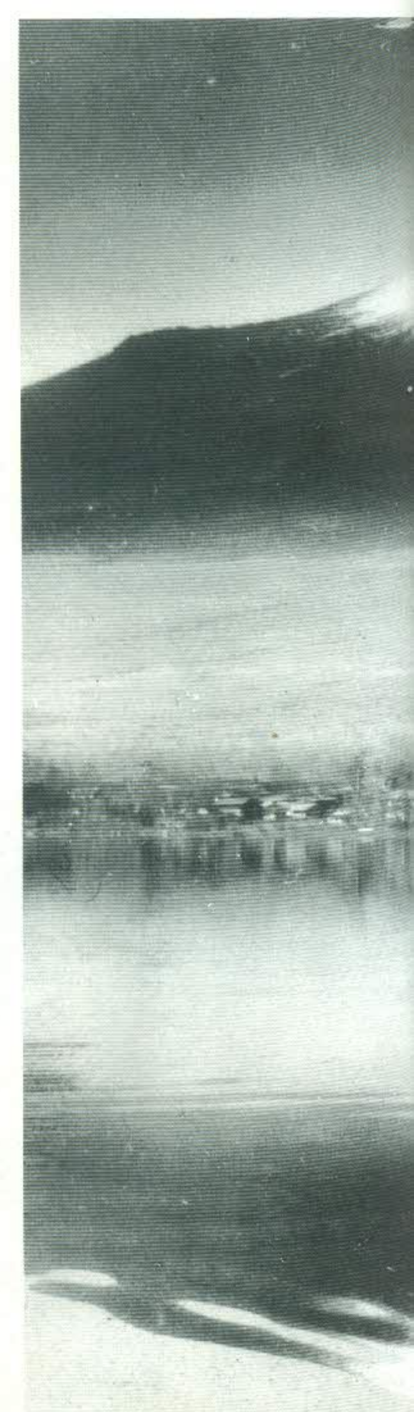
Bajo el sintoísmo, el Fuji Yama era venerado oficialmente como una montaña sagrada, y hasta finales de la segunda guerra mundial, los fieles tenían el deber de ascender a él al menos una vez en su vida. En tiempos de Lafcadio Hearn, miles de peregrinos, envueltos en túnicas blancas, con sandalias y sombrero de paja, efectuaban la ascensión cada verano. Y los caminos de subida estaban señalados por sandalias desechadas: eran tan poco resistentes que los peregrinos necesitaban varios pares para la ascensión.

Mientras se encaminaban hacia la cumbre para admirar la celebrada salida del sol, los devotos iban cantando: «¡Sé pura... Mantente limpia, oh montaña!» En este siglo, tales palabras han adquirido mayor relevancia, ya que aunque sus nieves sólo permitan el acceso a la cumbre durante dos meses al año, el Fuji Yama es visitado por más de 300.000 personas y sufre las consecuencias. Para muchos, inspirados por la blanca cima que surge entre la bruma o se refleja en las aguas del lago Ashinoko, el gentío y la desnuda superficie de la montaña volcánica pueden ser decepcionantes.

Lafcadio Hearn (izquierda), *que describió con lirismo la belleza del Fuji Yama, viajó a Japón en 1890 y permaneció allí el resto de su vida. En 1895 se naturalizó ciudadano japonés, tomando el nombre de Yakumo Koizimi.*

El santuario que corona el Fuji Yama (abajo) *está consagrado a Sengen-Sama, la diosa sintoísta de la montaña.*





Inspiración de artistas

Sin embargo, las vistas del Fuji Yama en la distancia han inspirado a poetas y pintores japoneses durante más de doce siglos. Aun envuelta en nubes, la presencia de la montaña llevó al famoso poeta Basho (1644-1694) a escribir: «Pese a estar oculto el Fuji / En la lluvia y la neblina del invierno / También en un día así / Hay alegría.» Los caprichos y cambios del Fuji Yama también han impulsado a los artistas a pintarlo una y otra vez. Lo más conocido en Occidente son las *36 vistas del Fuji Yama* de Katsushika Hokusai (1769-1849), grabados en madera, todos distintos unos de otros.

Pero si los artistas japoneses han hecho célebre el Fuji Yama, también podría decirse que éste les hizo artistas a ellos. El explorador Richard Gordon Smith escribió en 1899: Él (el Fuji Yama) bastaba para inculcar en todos respeto, llevando a pensar que quienes han nacido frente a una montaña como ésta, necesariamente han nacido para el arte y sus alabanzas.»

Tal vez, como la verdad del arco iris, la del Fuji Yama se reconozca mejor desde la distancia. La montaña es un símbolo natural, y su forma aparentemente simple contrasta con la multiplicidad de sus significados. Parece eterna, pero nació entre el fuego y tal vez entre el fuego perezca; es de roca, pero tiene la frágil belleza de una flor.

Una barca de pesca se desliza sobre el sereno espejo de las aguas del lago Shoji, el más pequeño de los cinco lagos que forman un amplio arco bajo la cara norte del Fuji Yama. En primavera, esta zona es una exhibición multicolor, con las flores de los cerezos y las azaleas. En otoño, la densa y agreste floresta entre los lagos ofrece un espectacular despliegue de colores. Algunas de las más bellas vistas de la montaña se encuentran en esta zona.



CAPADOCIA

«De repente, nos encontramos perdidos en un bosque de conos y pilares de roca... como ruinas de alguna antigua y poderosa ciudad.»

W. F. Ainsworth, viajero que visitó la región hacia 1840.

Cuando un francés llamado Paul Lucas publicó un relato de su visita al este de Turquía central a principios del siglo XVIII, sus lectores difícilmente podían creerle. Lucas había descrito un extraño paisaje onírico, donde algunos pobladores vivían en cuevas y hoyos excavados en rocas en forma de conos separados unas de otros. Pero Lucas no lo había imaginado. Había visto la antigua región de Capadocia, un asombroso paisaje lunar de chapiteles de roca que cubren un área de unos 130 kilómetros cuadrados, al sureste de Ankara.

Aquí, particularmente en la zona circundante a las ciudades de Göreme, Urgüp, Nevsehir y Avanos, el blando terreno volcánico ha sido horadado, moldeado y pulido por la acción de la erosión. El resultado es un mundo fantasmagórico en el que las rocas talladas a la manera de escalonados zigurats, torres, chapiteles, minaretes y conos se yerguen hacia el cielo azul.

En algunos lugares, las rocas se arraciman como estandartes de piedra de un ejército invasor. Otras son tan lisas y redondeadas que parecen montones de nieve esculpidos por el viento, o castillos de arena fundidos por la marea. Los valles de piedra están impregnados de sutiles colores: amarillo crema, rojo ladrillo y gris ceniza, que se tornan luminosos bajo los rosados destellos del amanecer y el crepúsculo. Tan estrafalarias eran las formas de este complejo rocoso que Paul Lucas pensó que debían ser obra del hombre, y no de la naturaleza.

Unos grotescos pináculos

La historia geológica de Capadocia se inicia hace millones de años, cuando los dos grandes volcanes de la región —Hasan Dagi y Erciyes Dagi— entraron en erupción. De sus tremendas bocas brotaron lava, nubes de polvo y cenizas que cubrieron toda la zona circundante, formando una capa que terminó por convertirse en una pálida roca blanca llamada toba. Con el paso del tiempo, torrentosos ríos y corrientes excavaron una red de estrechos barrancos, cañones y valles. Finalmente, la fuerza de la erosión fue desgastando algunas zonas para formar los excéntricos pináculos actuales, cuya silueta ha sido determinada por la protección de sus «capuchones» de basalto resistentes al tiempo.

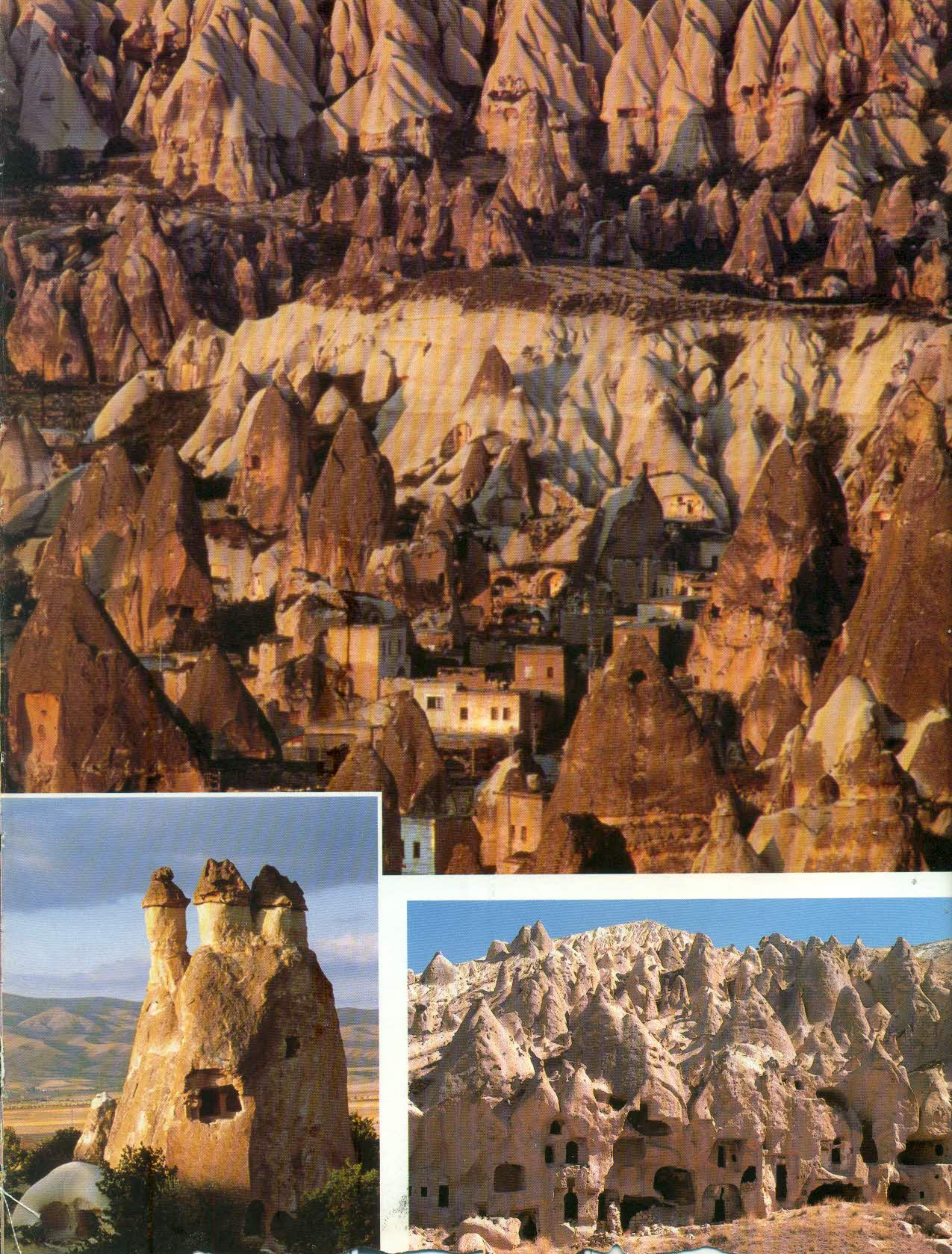
Desde el principio de la historia, los habitantes de Capadocia excavaron los conos y rocas de toba formando cavidades a modo de panales en los que desarrollaban su vida cotidiana y sus ritos. Pero fue en el siglo IV de nuestra era cuando los cristianos griegos, inspirados por Basilio el Grande, obispo de Cesarea (la actual Kayseri), padre del monasticismo oriental, em-

MAR NEGRO
Ankara
TURQUÍA
Göreme
Kayseri
Urgüp
Erciyes Dagi
CAPADOCIA
MAR MEDITERRÁNEO



Capadocia, una zona de unos 130 kilómetros cuadrados al sureste de Ankara, es una de las regiones más extraordinarias del mundo. Su roca blanda, conocida como toba, ha sido transformada por la erosión en unas extrañas formaciones cónicas (arriba), *que a lo largo de los siglos fueron excavadas y utilizadas como vivienda y como lugar de culto por los habitantes locales.*

A pocas millas al noreste de Göreme se encuentra Zelve (abajo, derecha), *en la convergencia de dos valles. Allí se excavaron en los pitones en forma de pináculo numerosas iglesias cristianas y celdas para los monjes; algunas partes de los pináculos se han derrumbado, descubriendo los espacios interiores. Zelve también es conocida por sus «chimeneas de hadas»* (abajo, al lado) *con sus capuchones protectores de roca dura que produjeron una erosión de tipo distinto.*



El «Museo al aire libre de Göreme» contiene algunos bellos ejemplos de iglesias talladas en la roca y de viviendas monásticas. La fachada de la Karanlik Kilise (Iglesia Negra) (página siguiente) *se ha derrumbado, exhibiendo el interior de los dormitorios y el refectorio en los niveles superior e inferior respectivamente.*

El interior de la iglesia de Santa Bárbara (abajo, derecha) *muestra la habilidad de los artesanos de Capadocia al tallar las columnas directamente en la roca viva. Unos sencillos diseños geométricos de color rojizo decoran las columnas, los arcos y los muros.*

pezaron a excavar ermitas y pequeños monasterios. A partir de éstos evolucionaron las ahoras famosas iglesias excavadas en la roca, y las comunidades cristianas crecieron a lo largo de los siglos, de tal manera que hacia el XIII había en funcionamiento unas 300 iglesias.

Las iglesias de roca de Göreme

Las más conocidas de éstas se encuentran en el valle de Göreme, a unos cuantos kilómetros al noroeste de Urgüp. Allí, ese «museo al aire libre», un anfiteatro de rocas irregulares, está horadado por huecos de puertas y ventanas que conducen a interiores de pequeñas iglesias, refectorios de monjes y bodegas.

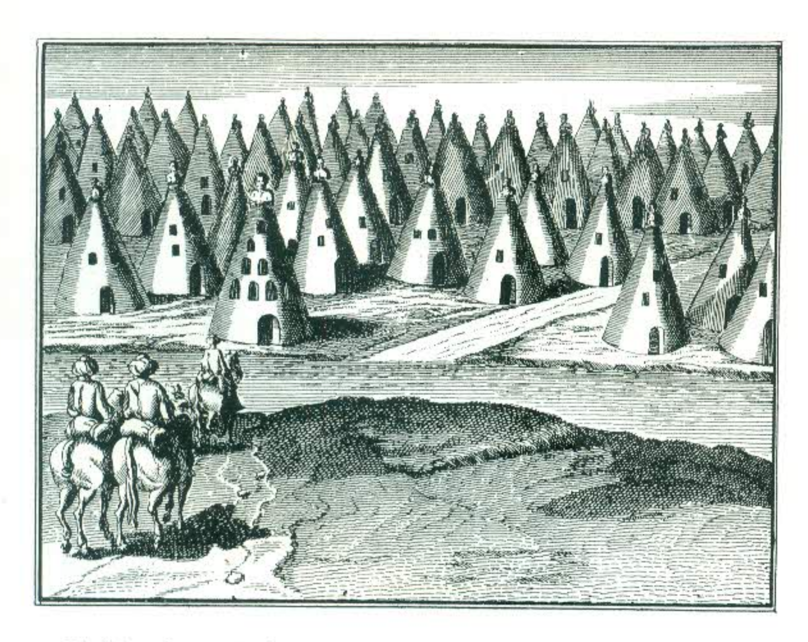
Los constructores cristianos reprodujeron la arquitectura interna de las iglesias tradicionales, esculpiendo cúpulas, ábsides y bóvedas de cañón, así como columnas, arcos e incluso mesas y sillas en la piedra maleable. A veces, la base de una columna ha sido totalmente desgastada, de tal manera que en lugar de sustentar la estructura de la cubierta, cuelga de ella como una estalactita.

El interior de las iglesias está ornamentado con una rica variedad de pinturas bizantinas. Algunas son simples diseños geométricos coloreados de rojo y dibujados directamente en la roca. Otras, principalmente las que datan del siglo X en adelante, son coloridas reproducciones de escenas del Nuevo Testamento y retratos de santos, pintados sobre yeso en tonos azules, rojos, verdes y blancos.

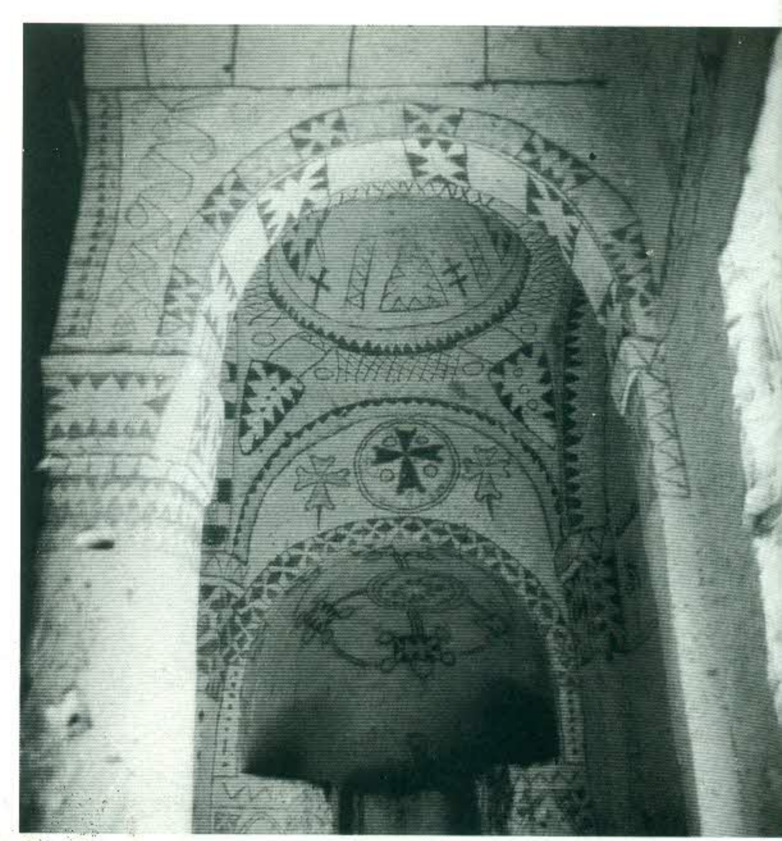
Entre las iglesias más impresionantes que se pueden visitar están Elmali Kilise (Iglesia de la Manzana), donde parte del yeso pintado ha sido erosionado y revela unos simples diseños rojos monocromos que datan de una época anterior; Yilanli Kilise (Iglesia de la Serpiente), famosa por su pintura de un san Jorge a caballo atravesando con su lanza a una serpiente-dragón, y Karanlik Kilisi (Iglesia Negra), cuyos frescos, ricos en colorido, parecen aún recientes, ya que la luz del sol que puede penetrar al interior es muy escasa.

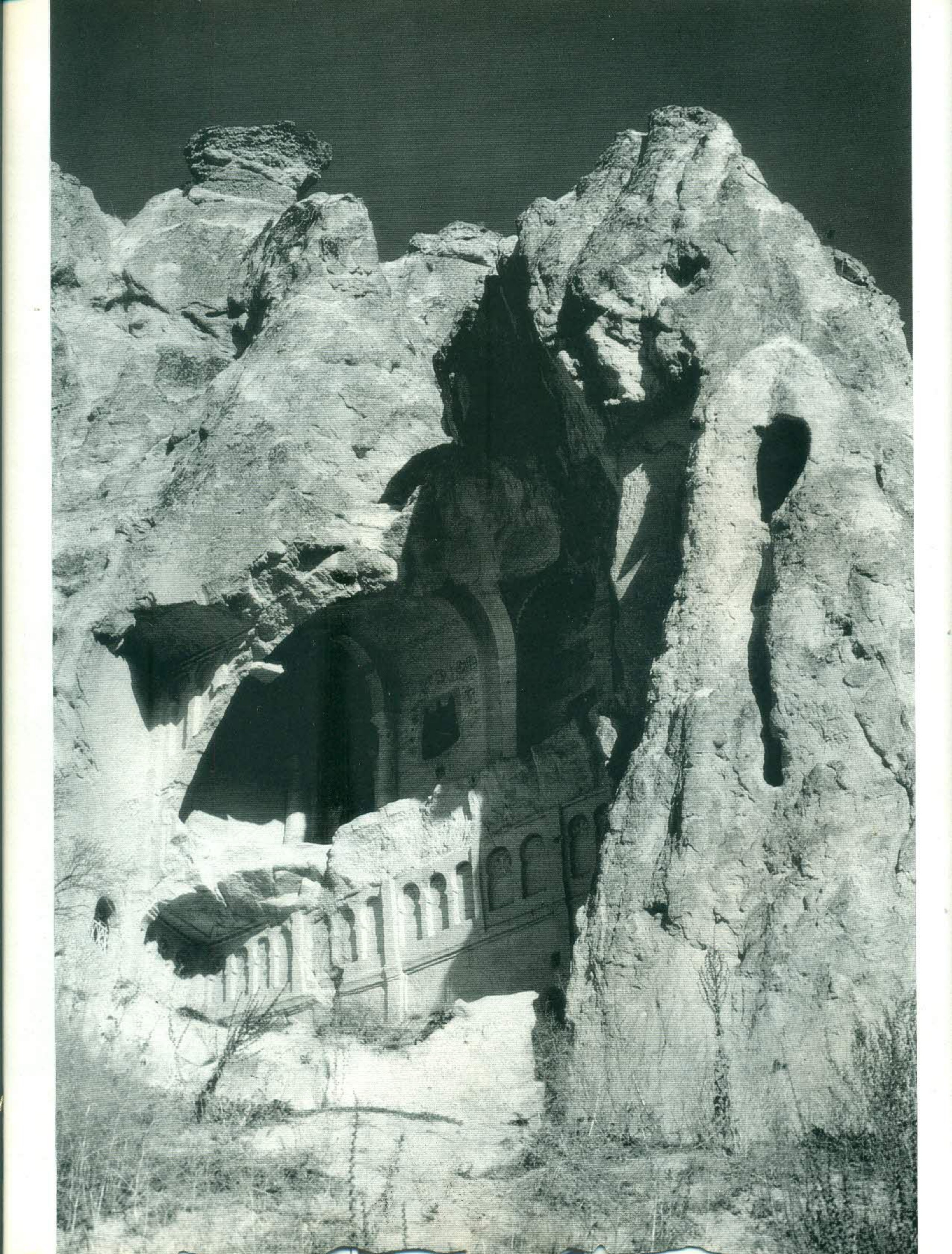
Durante el siglo XIV, pese a coexistir pacíficamente con los turcos, tolerantes en materia de religión, que en aquel entonces controlaban Capadocia, las comunidades cristianas empezaron a disminuir. No fue sino hasta 1922, momento en que la minoría griega fue expulsada de Turquía, cuando dieciséis siglos de cristiandad llegaron a su fin.

Pero los conos siguen siendo utilizados por los habitantes locales. Los visitantes de esta región todavía pueden hacerse una idea de cómo se puede vivir en lo que el viajero W. J. Childs describió a principios de siglo como «un reino de nubes, de suaves sombras verdes y amarillas, formado de roca de colores».



El viajero francés Paul Lucas visitó Capadocia a principios del siglo XVIII. El relato que publicó de sus viajes, que incluía un grabado de los conos habitados (arriba), *se enfrentó a una gran incredulidad en Francia. Lucas pensaba que las rocas debieron ser obra del hombre, y no de la naturaleza.*





RÍO GANGES

«Con que un simple hueso de una persona roce el agua del Ganges, esa persona morará en el cielo con todos los honores.»

Del antiguo poema épico hindú *Mahabharata.*

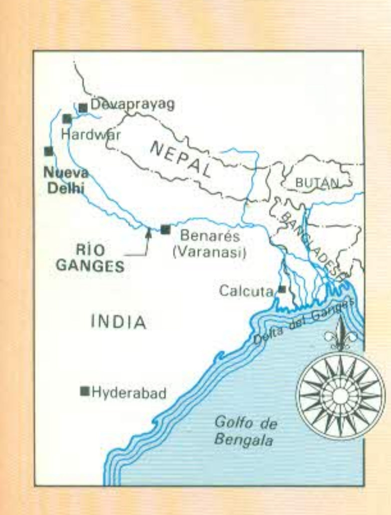
Desde la «Boca de la Vaca», una gruta de hielo en el Himalaya, ven la luz las chispeantes aguas del río Ganges. En su primer recorrido, el río sagrado por excelencia de la India es conocido como Bhagirathi, que se abre impetuosamente paso por un barranco a través de las hermosas colinas de Garwhal y atraviesa la ciudad de Devaprayag, donde une sus turbulentas aguas entre encumbradas colinas con las de río Alaknanda, convirtiéndose en el Ganges propiamente dicho. A partir de ahí fluye más sosegadamente, y casi siempre hacia el este, para terminar su recorrido en el golfo de Bengala con los numerosos brazos de su delta.

Con sus 2.700 kilómetros, el Ganges no es uno de los ríos más largos del mundo, pero ninguno es más adorado: como destino de peregrinaciones, ocupa el segundo lugar después de La Meca. Los enfermos son transportados hasta sus orillas; los moribundos son sumergidos en sus aguas. Las cenizas de los muertos, y a veces sus cuerpos, son confiados a sus aguas. Los miles y miles de hindúes que a él acuden son devotos de distintos dioses, pero cualquiera que sea el dios de sus oraciones, todo peregrino cree fervientemente que todos sus pecados serán purificados por el Ganges.

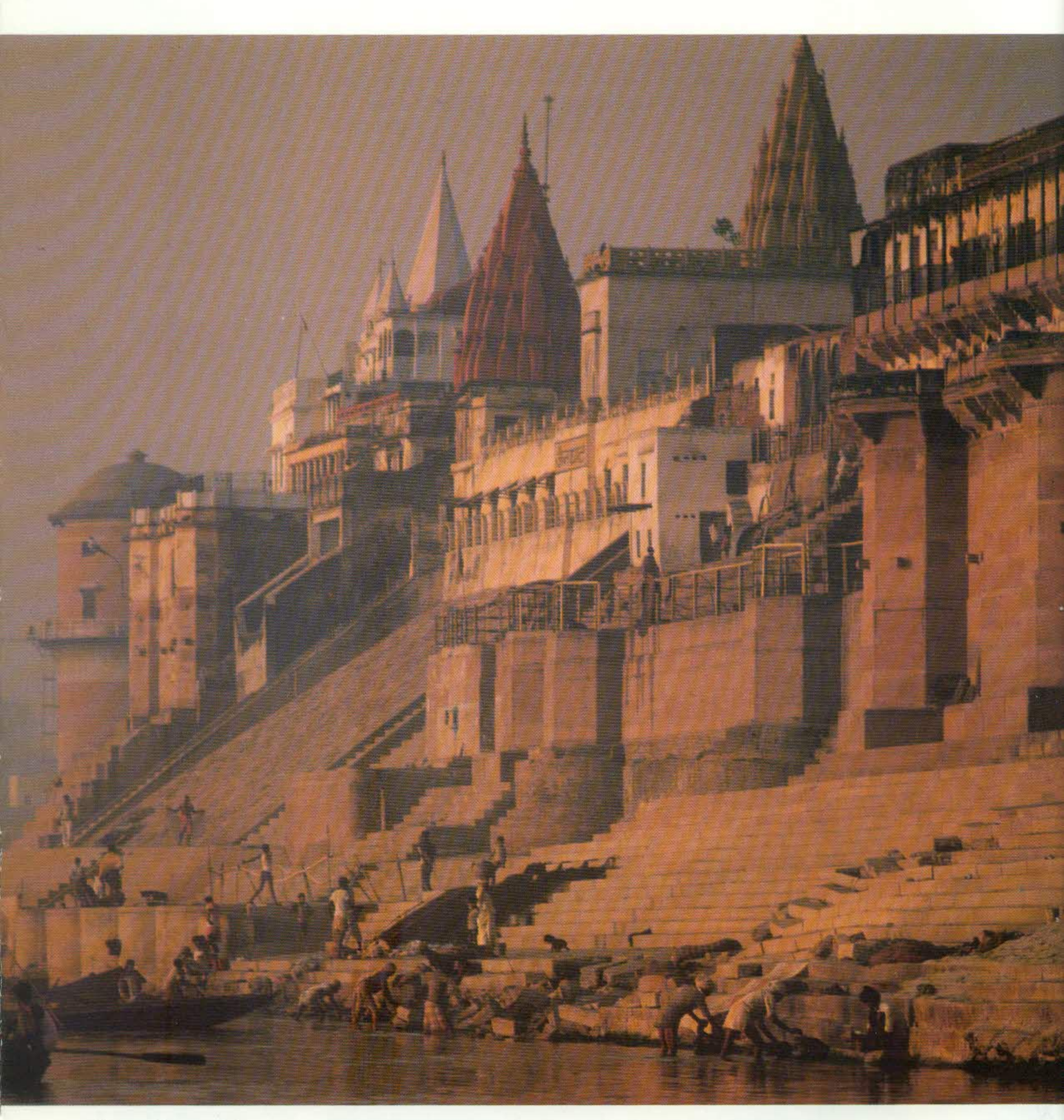
Ganga, «la que va veloz»

El más sagrado de los ríos ha encendido las imaginaciones allende las fronteras de la India. Lo mencionan poetas clásicos y medievales, tales como Virgilio, Ovidio y Dante; y Alejandro Magno creyó al parecer que era la frontera del universo. John Mandeville, cuyos *Viajes* eran conocidos hacia 1400 en los principales idiomas europeos, expresó que nacía en el paraíso, y que en sus arenas se encontraba oro. Para la mitología india, es la continuación terrestre de la Vía Láctea.

Para los hindúes, el Ganges no es otro que Ganga —«la que va veloz»—, la diosa de la purificación. Según la leyenda, los 60.000 hijos del rey Sagara fueron reducidos a cenizas por la mirada encolerizada de un sabio, como castigo a su arrogancia. Cuando un rey posterior, Bhagirathi, hizo penitencia por su ofensa en las alturas del Himalaya, Shiva hizo que Ganga descendiera a la tierra para que sus aguas pudieran purificar sus cenizas. Para proteger la tierra de la caída de Ganga, Shiva la prendió de sus cabellos y la dejó correr a través de sus trenzados bucles sobre las huellas de Bhagirathi, por las estribaciones de las montañas, hacia el este, hasta la isla de Sagar, la actual desembocadura del Ganges. Allí la diosa purificó las cenizas de los hijos de Sagara y éstos alcanzaron el paraíso.







El Ganges discurre a lo largo de más de 2.600 kilómetros desde el Himalaya hasta el golfo de Bengala, y es el río más sagrado de la India. La ciudad de Benarés (Varanasi) es famosa por sus ghats, *escalones de piedra desde los que los peregrinos bajan a bañarse en el río.*

La tradición de las propiedades purificadoras del Ganges surge en parte de su poder para enfriar. Numerosas costumbres hindúes se basan en la creencia de que el poder consiste en calor, y que enfriar ese calor lo neutraliza. De ahí que el agua disipe el poder de los malos espíritus. Se dice también que las aguas del Ganges se mantienen más frescas que las de otros ríos de la India. «Ningún germen que se respete viviría en él», ironizaba Mark Twain. De hecho, en Benarés (Varanasi) innumerables personas beben el agua del Ganges, y no parecen resentirse de ello.

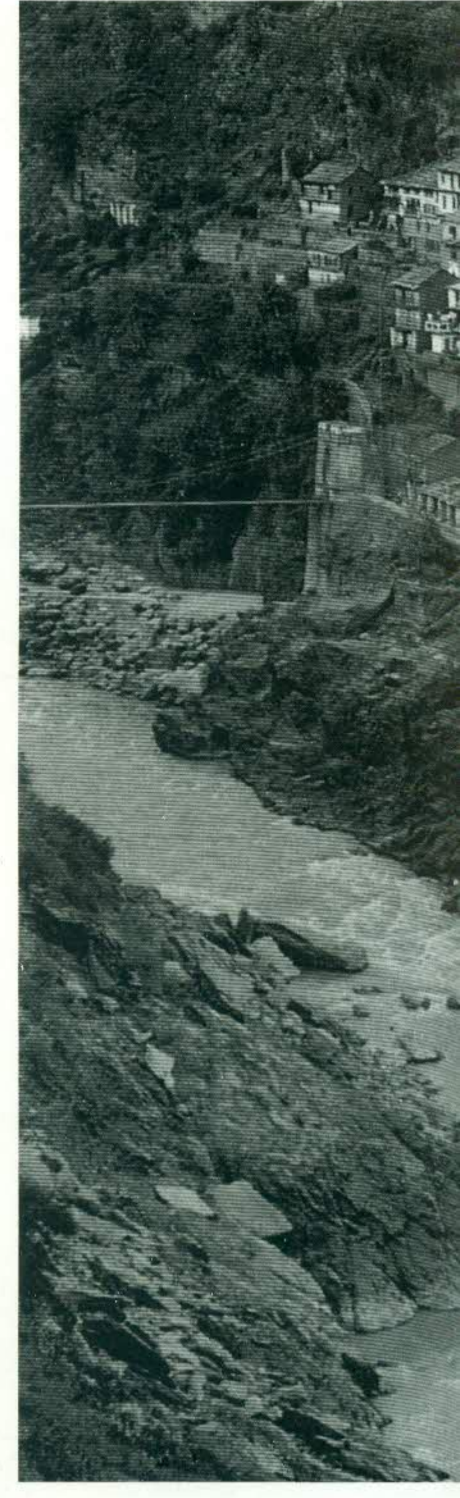
Para vivos y muertos

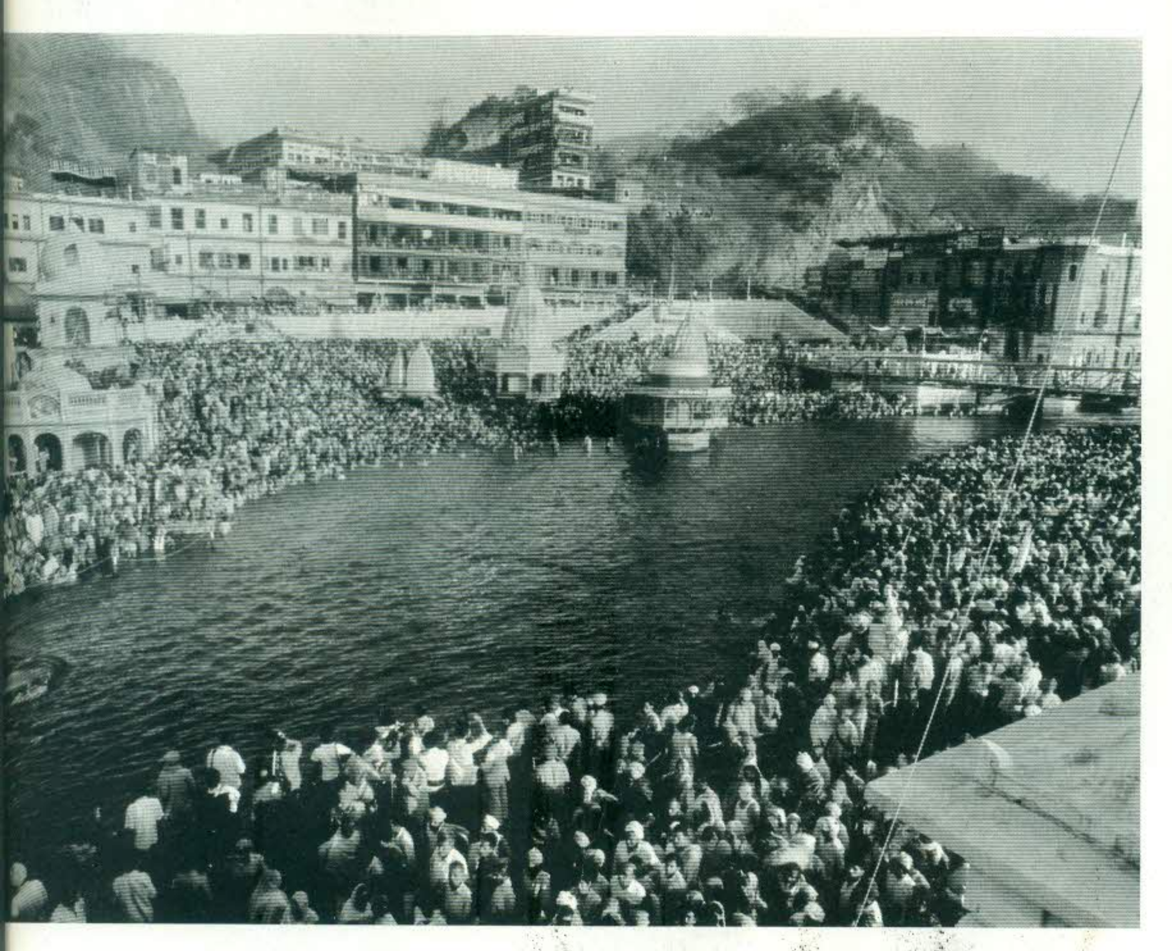
Cada doce años, cuando el planeta Júpiter entra en la casa de Acuario, un gran festival, «Kumbh Mela», se celebra en uno de los lugares más sagrados junto al Ganges, la ciudad de Hardwar, en las estribaciones del Himalaya. En 1986 cuatro millones de peregrinos se congregaron allí. También allí cada primavera más de cien mil personas acuden a celebrar el nacimiento de Ganga. Los peregrinos botan pequeños botes hechos de hojas y cargados de pétalos de caléndula impregnados de *ghi* (una mantequilla) a los que se prende fuego: hasta bien entrada la noche, pueden verse las minúsculas llamas oscilando río abajo.

La ciudad más sagrada a orillas del Ganges es probablemente Benarés. Allí esperan acabar sus vidas los peregrinos ancianos y los enfermos, ya que el río tiene en el sitio tal poder de purificar el alma que ésta es liberada de una vez por todas del ciclo agotador de la reencarnación. Allí es también donde se encuentran los famosos *ghats,* los escalones que se extienden unos seis kilómetros y conducen a las zonas de baño.

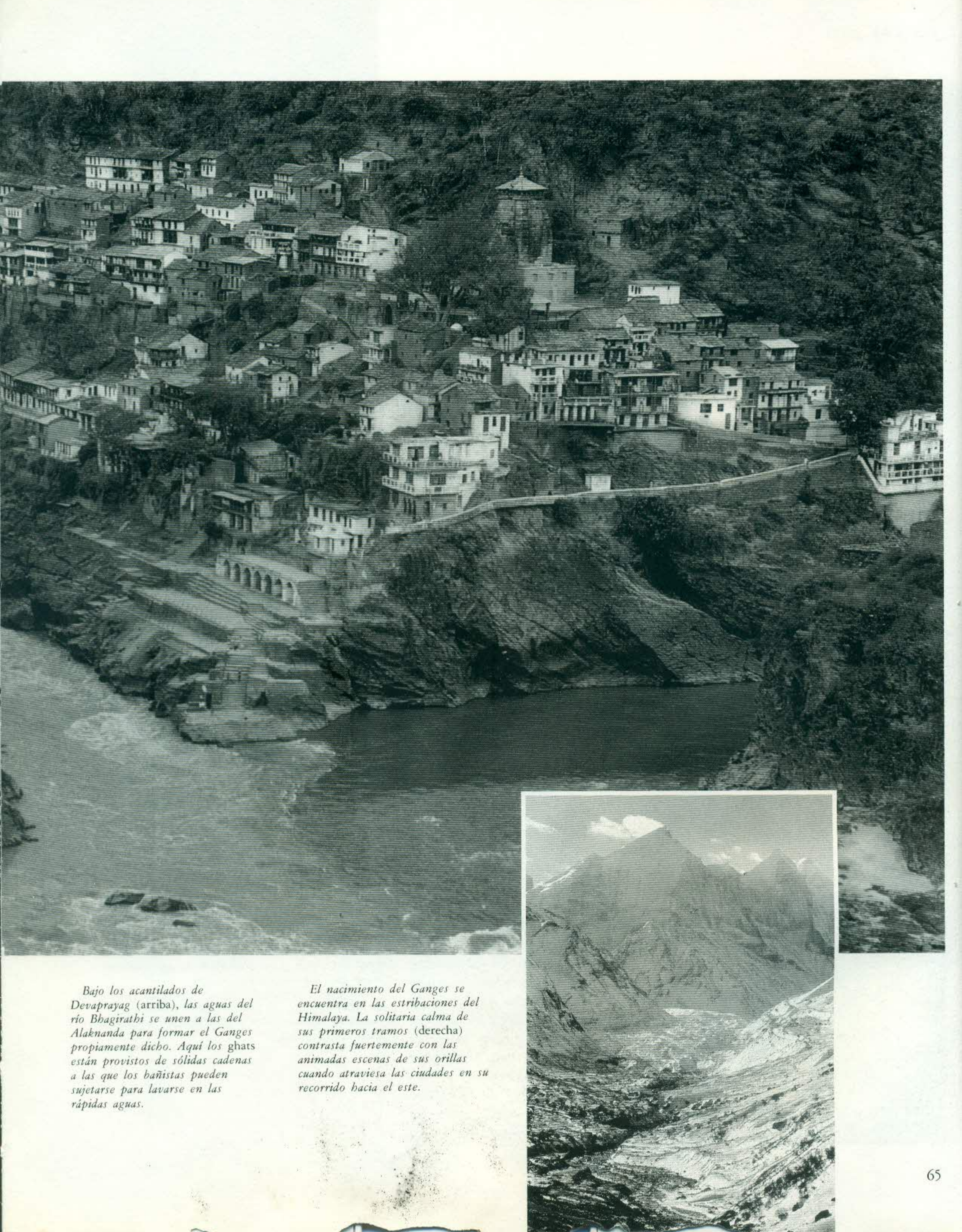
En el Ghat de Incineración de Manikarnika, los cuerpos de los muertos son incinerados en piras de madera de sándalo o de nimba, para ricos y pobres respectivamente. Los muy pobres lastran simplemente a sus muertos con piedras antes de echarlos al río. Noche y día, los fuegos del Ghat de Incineración son atendidos por hombres de una casta particular; y durante toda la noche, los bardos cantan antiguos poemas épicos hindúes a orillas del río.

Para los hindúes creyentes, la vista de los cadáveres en descomposición es una cosa natural; pues saben que sus amados muertos son transportados en brazos del Ganges hasta la isla de Sagar, junto a los hijos del rey Sagara, y que tienen asegurado el paraíso.





En la ciudad de Hardwar, los peregrinos se agrupan en las orillas del Ganges durante el festival de Kumbh Mela, que se celebra cada 12 años. En 1986, 4 millones de personas acudieron aquí para purificarse en las aguas sagradas.



Bajo los acantilados de Devaprayag (arriba), *las aguas del río Bhagirathi se unen a las del Alaknanda para formar el Ganges propiamente dicho. Aquí los* ghats *están provistos de sólidas cadenas a las que los bañistas pueden sujetarse para lavarse en las rápidas aguas.*

El nacimiento del Ganges se encuentra en las estribaciones del Himalaya. La solitaria calma de sus primeros tramos (derecha) *contrasta fuertemente con las animadas escenas de sus orillas cuando atraviesa las ciudades en su recorrido hacia el este.*

CRÁTER DE HALEAKALA

«El Haleakala tiene un mensaje de belleza y prodigio para el alma humana que no se puede transmitir por procuración.»

Jack London, en su visita al cráter en 1907.

«Un calor creciente invadió el horizonte, y pronto el sol surgió oteando por encima de los jirones de nubes, lanzando destellantes rayos de rojiza luz a través de sus pliegues y ondas...» Cuando Mark Twain (1835-1910) presenció esa salida del sol, se encontraba a 3.000 metros sobre el nivel del mar a orillas del Haleakala, el gigantesco cráter volcánico que domina Maui, la segunda en extensión de las islas Hawai. El escritor, que entonces contaba 31 años, había tardado dos días en escalar lo que el explorador James Cook había resumido en 1778 como «un monte elevado... cuya cima se alzaba por encima de las nubes».

Twain y sus compañeros alcanzaron la cima a la caída de la tarde, encendieron una fogata y esperaron el amanecer. Cuando por fin el sol surgió, encendiendo las nubes, fue, según las palabras de Twain, «el espectáculo más sublime que jamás había presenciado, y creo que su recuerdo permanecerá en mí por siempre jamás».

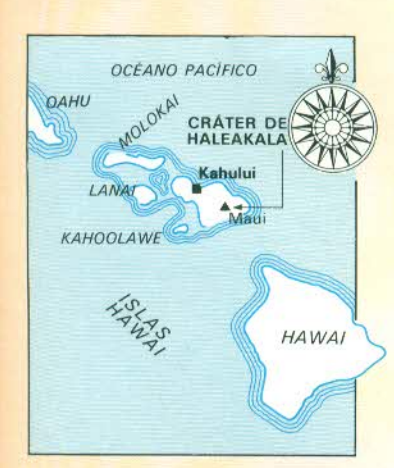
La Casa del Sol

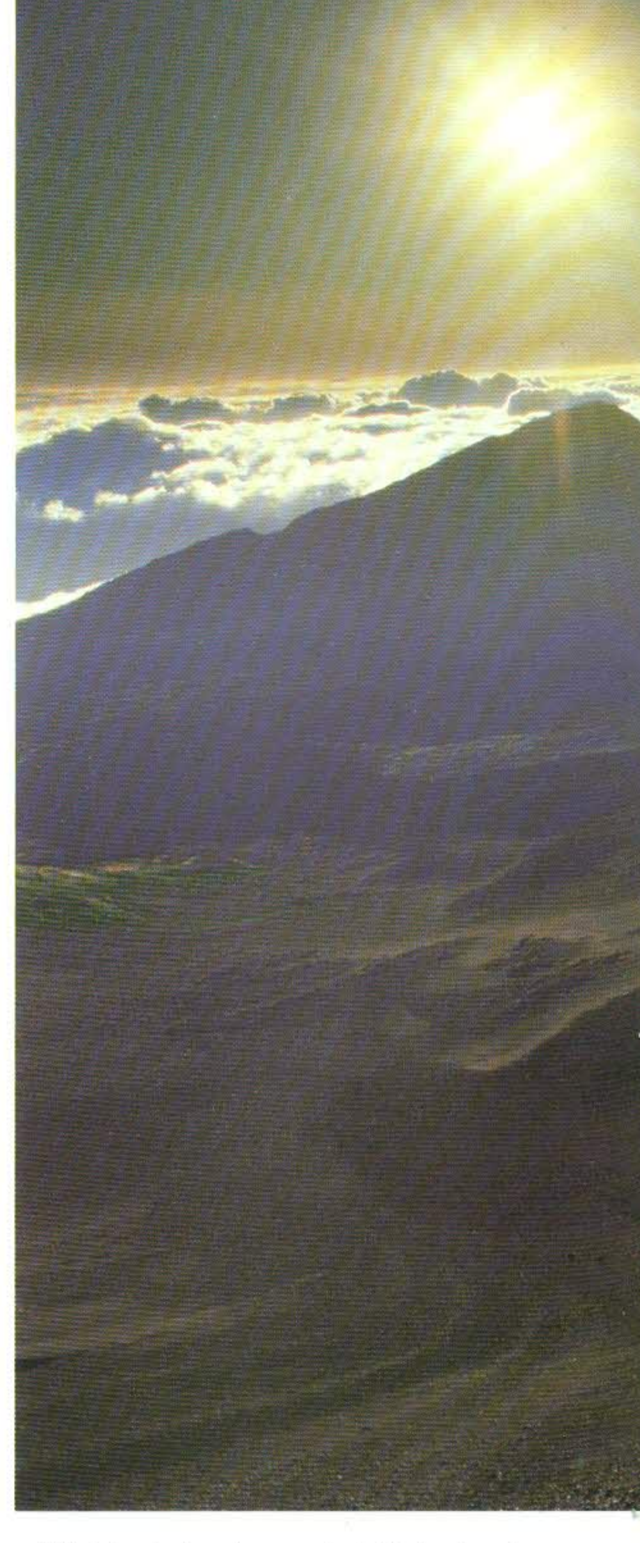
Contemplar el sol naciente sobre el Haleakala —nombre polinesio que significa «Casa del Sol»— es una experiencia vinculada en la mitología polinesia con el astuto dios Maui. Según la leyenda, hubo un tiempo en que la isla recibía unas cuantas horas de luz solar, porque el sol corría a través del cielo para volver cuanto antes a dormir. Por ello, la madre de Maui, Hina, no conseguía secar su mantel de *tapa*, hecho de corteza de árbol machacada.

Entonces Maui decidió atrapar al sol. Trenzó una cuerda con fibra de coco, trepó a lo alto del Haleakala durante la noche, y se quedó al acecho. Al amanecer, cuando los rayos del sol asomaron por encima del borde del cráter, Maui echó el lazo a cada uno de ellos, ató al sol, y no lo soltó hasta que éste le prometió que transitaría más despacio por el cielo. Desde entonces, la isla recibe el sol necesario; y además Hina pudo secar su mantel.

Haleakala, convertido ahora en parque nacional, no ha entrado en erupción desde 1790, pero su cráter, que mide cincuenta kilómetros cuadrados, no está extinguido. El camino que conduce a él serpentea apaciblemente entre bosques de eucaliptos y verdes praderas. Al acercarse a la cumbre, uno se lleva la sorpresa de encontrar, en lugar del pico de la montaña, el enorme hueco de un cráter cuyos empinados muros encierran un paisaje único.

Desde Kalahuku, o Mirador de la Colina Roja, en la zona oeste del cráter, otear las inmensas profundidades, 900 metros más abajo,

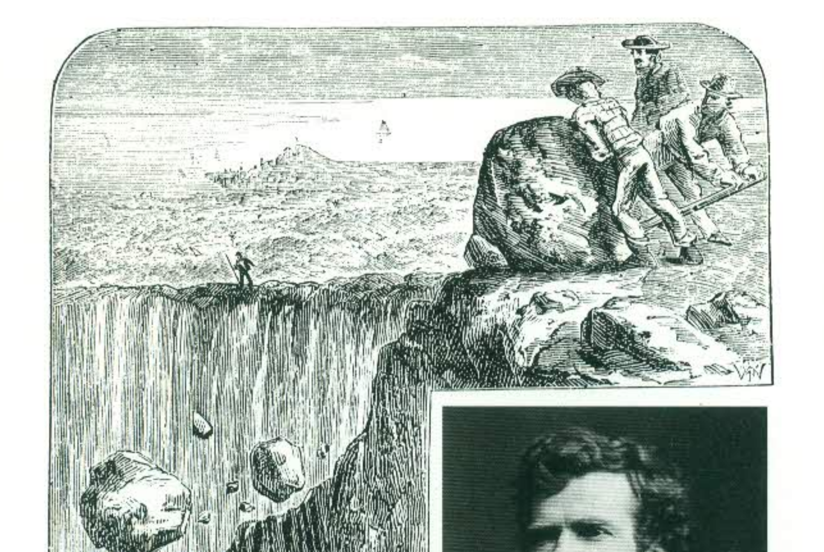




Haleakala, el cráter gigantesco de la isla hawaiana de Maui, se extiende entre el blanco océano de nubes iluminadas por el sol. Según la leyenda polinesia, el dios Maui atrapó al sol cuando sus rayos se asomaban por el borde del cráter, y no lo liberó hasta que prometió correr más lentamente por el cielo.

El paisaje volcánico del interior del cráter está cuajado de enormes conos de cenizas (abajo, derecha), *y engalanado por extrañas plantas llamadas espadas de plata* (abajo, al lado).





Mark Twain (centro), *llegó a Hawai en 1866, y ascendió a la cumbre del Haleakala para contemplar la salida del sol. En el borde del cráter, Twain y sus acompañantes, representados en un grabado* (izquierda) *de la obra de Twain* A la brega, *arrojaron rocas al cráter para observarlas botar en el aire: «Era un magnífico deporte —escribió Twain—; lo practicamos hasta el agotamiento.»*

«Oteamos desde arriba un paraje de fuego y terremotos. Las nervaduras de la tierra se extendían, desnudas, ante nosotros.» Jack London visitó el Haleakala en 1907. Su descripción evoca la primitiva grandeza del cráter, cuya forma y tamaño pueden apreciarse en el mapa (derecha).

El mapa muestra las dos grandes brechas, conocidas como Koolau y Kaupo, en los muros del Haleakala. Formadas por la erosión, estas dos brechas permiten que los torbellinos de blancas nubes entren a oleadas en el cráter.

deja a cualquiera sin resuello. A veces, especialmente durante las primeras horas del día, en el gran cuenco se arremolinan ondeantes nubes que ascienden desde dos enormes cavidades en los muros noroeste y sureste del cráter.

A medida que el calor del día dispersa las capas de neblina blanca, el pie del Haleakala se revela en todo su esplendor: la Casa del Sol semeja la superficie de la luna. Un paisaje lunar multicolor —gris ceniza, rojizo, ladrillo y púrpura—, surcado por arroyos de lava negra, se extiende varios kilómetros. De las cenizas y el polvo del cráter se elevan colinas o túmulos simétricos en forma de conos, que pueden llegar a los 300 metros.

La superficie del cráter está atravesada por 50 kilómetros de pistas, de las que algunas conducen a simples cabañas, donde los viajeros pueden pasar la noche. Una de ellas, la de las Arenas Movedizas, desciende al fondo del cráter desde el oeste atravesando una resbaladiza superficie de cenizas. Llegando al fondo, unos conos color terracota o ladrillo se elevan como volcanes en miniatura sobre el árido terreno, en un silencio sólo interrumpido por el crujir de los pasos sobre la oscura arena. Después, la pista prosigue hasta Pele's Paint Pot («Bote de Pintura de Pele»), un cono con sutiles matices de gris, rojo y púrpura, cuyo nombre proviene de la diosa polinesia del fuego.

La culminación de ese recorrido es contemplar una espada de plata, una planta exclusiva de Hawai, y tal vez del Haleakala. Esparcidas como refulgentes estrellas en un universo de polvo oscuro, las espadas de plata forman racimos de relucientes espinas apiñadas. La planta crece durante varios años, y tiene un robusto tallo con flores de color púrpura, alcanzando a veces la altura de tres metros. Una vez que ha florecido, la planta muere. A lo largo de los años, los coleccionistas y las hambrientas cabras han llevado a que la espada de plata se convierta en una especie protegida.

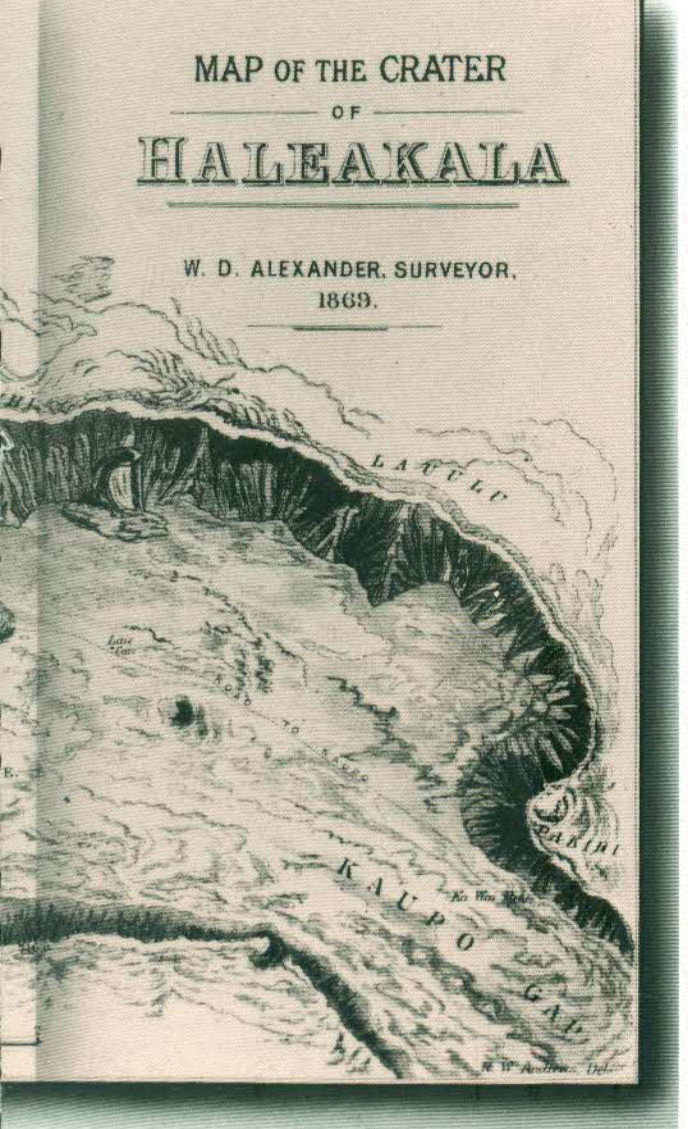
Haleakala siempre ha sido un lugar mítico para los hawaianos. También hay indicios que sugieren que fue antaño el lugar de sepultura de sus jefes. Pero para los visitantes actuales, lo que hace inolvidable el cráter son sus oscuras vertientes, de las que se desprenden formaciones de nubes, y también un sentimiento de soledad.

Mark Twain quedó asombrado por su belleza, y se sintió como «el último hombre, ignorado por el juicio final, abandonado en medio del cielo y olvidado como una reliquia de un mundo desaparecido».

Entre quienes visitaron el Haleakala en el siglo XIX *se encontraba un grupo de sacerdotes católicos* (abajo), *que llegaron equipados con abrigadas ropas y armas para cazar cabras monteses.*

La intrépida viajera Isabella Bird ascendió al Haleakala en 1873 y, al igual que Jack London, quedó impresionada por su grandeza: «¿Estaría más cerca de Dios —se preguntaba— por estar tan lejos del hombre y sus pequeños caminos?»







VALLE DEL SHENANDOAH

«Iguala a la tierra prometida en fertilidad, y la supera en belleza.»
Washington Irving (1783-1859).

El río que los indios americanos llamaron Shenandoah («Hija de las Estrellas») no es de los más largos del mundo; pero el valle por el que fluyen sus aguas ha sido dotado de una gran belleza natural y de un rico pasado histórico.

El valle del Shenandoah, que es parte del gran valle de los Apalaches, mide aproximadamente 250 kilómetros, y se extiende entre las montañas de Allegheny y Shenandoah al oeste, y las Blue Ridge al este, a lo largo de la frontera occidental de Virginia. El Shenandoah lo forman en realidad dos ríos, el North Fork y el South Fork, que discurren a lo largo del valle hacia el noreste, pasando cada uno a un costado de la gran cresta en forma de canoa del monte de Massanutten. A la altura de la ciudad de Front Royal, sus aguas se unen, entran durante un corto tramo en Virginia Occidental y desembocan en el Potomac, en Harpers Ferry.

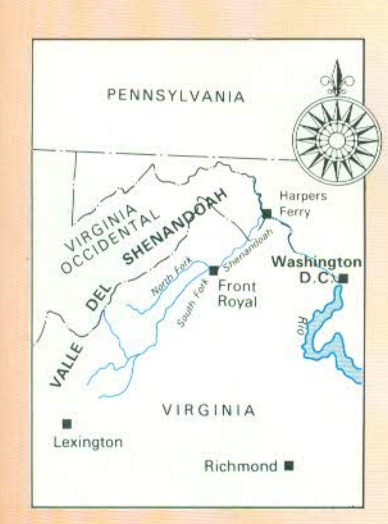
Allí, desde un pico conocido ahora como Jefferson's Rock, Thomas Jefferson, futuro presidente de Estados Unidos, contempló el punto en el que convergen ambos ríos, uniendo fuerzas para abrirse paso a través de las Blue Ridge Mountains. Declaró que la perspectiva de los hendidos barrancos y colinas y las tumultuosas aguas «bien valían un viaje a través del Atlántico».

El panorama ha cambiado poco. Más al sur, desde las brumosas alturas de las Blue Ridge, hay unas vistas sobrecogedoras sobre los lentos meandros del South Fork del Shenandoah, atravesando lo que a veces se denomina el Luray o Page Valley. Al sur de Front Royal, el río y su entorno conforman un paisaje idílico. Sin olvidar el North Fork, que se enrosca como una serpiente al acercarse a Front Royal y se considera tradicionalmente como *el* Shenandoah, el «río que corre» del famoso saloma del mar.

Pobladores y fusiles

Antes de la llegada de los pobladores blancos, a principios del siglo XVIII, los indios tuscarora y shawnee viajaban por un camino que seguía el fondo del valle, convertido ahora en una carretera interestatal, la Valley Pike. En 1716, el gobernador de Virginia Alexander Spotswood, buscando su propia fortuna, condujo una partida de hombres aventureros hacia el oeste. Ascendieron a la cresta de las Blue Ridge, otearon hacia el Shenandoah, y celebraron su hazaña brindando con vino.

Así empezó la ocupación de las tierras interiores de Virginia, más allá de las montañas. La comarca, por supuesto, no estaba deshabitada: a la altura de Harpers Ferry, Robert Harper perdería su casa en la gran «inundación de las cala-

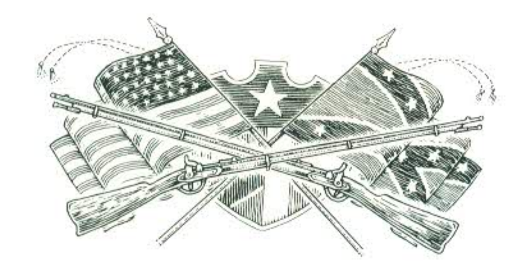




Las aguas del río Shenandoah se encuentran con las del Potomac en Harpers Ferry, Virginia Occidental (arriba). *Fue cerca de ahí donde, sobre un escarpado, Thomas Jefferson contempló la confluencia de los dos ríos y declaró que la escena «bien valía un viaje a través del Atlántico».*



La singular belleza del valle (derecha) *se refleja en su nombre: Shenandoah es un nombre indio que significa Hija de las Estrellas. Durante la guerra civil, el valle fue devastado; pero ahora sus prados y vergeles vuelven a desprender una sensación de calma perpetua.*



PHILIP SHERIDAN, U.S.A.



STONEWALL JACKSON, C.S.A.



bazas», así llamada porque el agua transportó río abajo las calabazas de los huertos de los indios. Pero en esa época ya empezaban a llegar los pobladores blancos, la mayoría escoceses, irlandeses y alemanes que procedían de Pennsylvania; los alemanes se establecieron en 1727. Éstos eran excelentes agricultores, y gracias a su trabajo en las ricas y fértiles tierras fueron floreciendo vergeles, pastos y campos de trigo.

Pero la tranquilidad del valle fue hecha añicos en 1862 por el estampido de los fusiles y las botas de los soldados: había empezado la guerra civil. En los años que siguieron, el valle quedaría asociado con el nombre de dos grandes generales: Philip Sheridan, del Norte, y sobre todo el legendario Stonewall Jackson, del Sur.

Devastación y recuperación

Los confederados encontraron en el valle su «granero»: una fuente crucial de trigo, ganado, hortalizas y fruta. También era importante estratégicamente, ya que constituía una ruta natural protegida para los movimientos de las tropas del Norte o del Sur. En la primavera de 1862, Stonewall Jackson se ganó allí la inmortalidad con su campaña del valle, venciendo a los federales con su «caballería ligera» en McDowell, Front Royal, Winchester, Cross Keys y Port Republic.

Dos años más tarde, en el valle volvió a oírse el eco de los fusiles, pero esta vez los sudistas



El valle del Shenandoah fue escenario de feroces combates durante la guerra civil. En 1862, el gran general sudista Stonewall Jackson adquirió eterna fama por su campaña en el valle. Con sus tropas (apodadas «caballería ligera» por la velocidad a la que marchaban), infligió cinco derrotas seguidas a los federales.

Pero en 1864, el general federal Philip Sheridan devastó el valle, que había sido el «granero» de los sudistas, logrando una victoria decisiva en Cedar Creek. Este grabado (izquierda) *muestra los estragos causados en el valle por una incursión de los federales bajo el mando de George Armstrong Custer.*

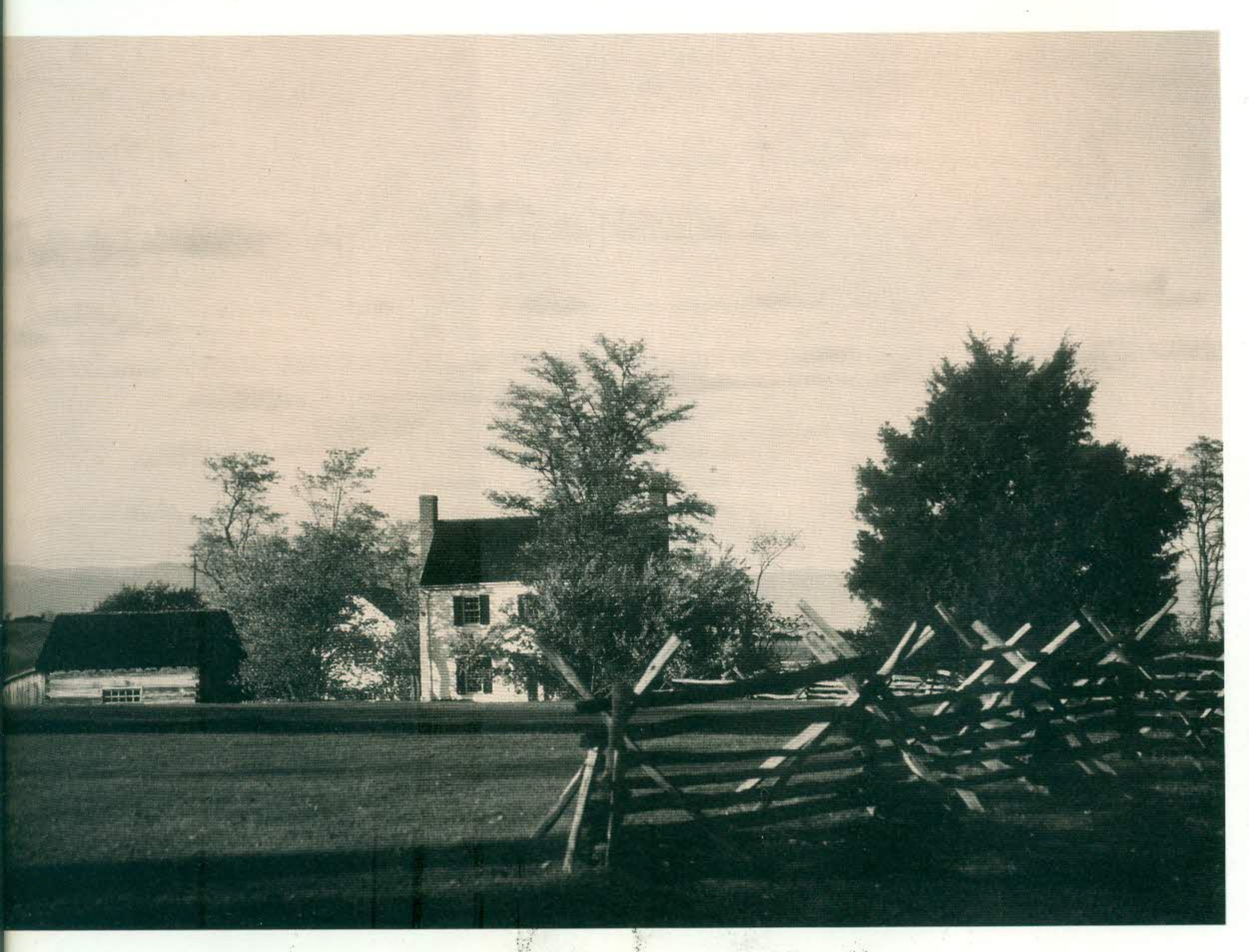
fueron vencidos y el valle devastado. En la primavera de 1864, los federales fueron derrotados en New Market, donde los cadetes adolescentes procedentes del Instituto Militar de Virginia del Sur combatieron heroicamente. Pero más tarde, ese mismo año, Philip Sheridan y sus hombres devastaron el valle y obtuvieron una victoria decisiva en Cedar Creek. Los federales quemaron cosechas, graneros, granjas y viviendas hasta el punto de que «un cuervo que sobrevolara la comarca tendría que llevar sus propias provisiones».

Los 130 kilómetros que separan Harpers Ferry de New Market fueron descritos por un granjero como «prácticamente un desierto. No teníamos ganado, ni cerdos, ni ovejas, ni caballos... Los graneros estaban todos calcinados; había chimeneas sin casa, casas sin techo, sin puertas, sin ventanas». El siempre próspero valle había sido convertido en humeantes ruinas.

Los supervivientes de la guerra debieron pensar que el valle nunca volvería a florecer. Pero, al igual que en los campos de batalla del norte de Francia tras las dos guerras mundiales, las fuerzas cicatrizantes de la naturaleza, unidas al duro trabajo y a la perseverancia, recrearon con el tiempo un nuevo paisaje. Ahora los viñedos, los pastizales y los vergeles, a orillas de los bosques, así como las praderas del Parque Nacional de Shenandoah, han vuelto a florecer. Es un lugar para los amantes de la naturaleza, y también para aquellos que desean observar patéticos recuerdos de la Guerra de Secesión. Aquí el pasado se funde con el presente; y ambos se disuelven en la intemporalidad ante la visión del valle desde las Blue Rigde, cuando la luz invernal ilumina los plateados meandros de la Hija de las Estrellas.

El campo de batalla de New Market (abajo) *fue escenario de una impactante victoria sudista sobre unas fuerzas federales superiores. En un momento crucial del combate se abrió una brecha en la línea de batalla de los confederados que pareció presagiar un desastre. Pero el general confederado John C. Breckinridge ordenó que se adelantaran los cadetes adolescentes del Instituto Militar de Virginia del Sur para tapar la brecha, con estas palabras: «Que se metan los muchachos, y que Dios me perdone esta orden.»*

Los cadetes cargaron bajo el feroz fuego enemigo y taparon la brecha, permitiendo así una victoria confederada.



EL HIMALAYA

«La visión de la nieve borra los pecados del mundo.»

Proverbio hindú.

«El sol abrasaba desde el infinito cielo azul, y el mar de las cumbres nevadas se recortaba nítidamente en el aire claro como el cristal... Prístino, intocable. Irguiéndose hacia el cielo, perfectamente bello.» Las palabras del alpinista Joe Simpson evocan tanto la grandeza como la sensación de pureza que hacen del Himalaya («Morada de las Nieves») uno de los lugares más majestuosos de la tierra. Entrar en la región del Himalaya es penetrar en un mundo concebido a escala gigantesca, con picos como el Everest, el Nanga Parbat o el Kangchenjunga que se elevan hasta el cielo.

Es una tierra impregnada de religiosidad y mitos, la morada de los dioses en las tradiciones hindú y budista. Eran éstas las montañas que constituían la gran barrera ante las legendarias ciudades situadas a lo largo de la ruta de la seda: Samarkanda y Bujará, Kashgar y Khotan; el Himalaya sigue evocando la imagen de un mundo perdido, inviolado por el progreso humano, morada de solitarios ascetas y del yeti.

En ningún punto de la geografía terrestre se encuentran montañas como las que encierra el corazón de Asia.

Extendiéndose a la manera de un ancho cinturón curvo a la entrada del subcontinente indio, se entrecruzan seis grandes sistemas montañosos. El mayor de todos es el Himalaya, que se extiende hacia el oeste desde la gélida pirámide blanca de Namcha Barwa, por los bosques septentrionales de Assam, siguiendo el borde de la meseta tibetana, a través de Bután y Sikkim, Nepal y Ladakh, y desemboca triunfalmente en su gran bastión occidental, Nanga Parbat.

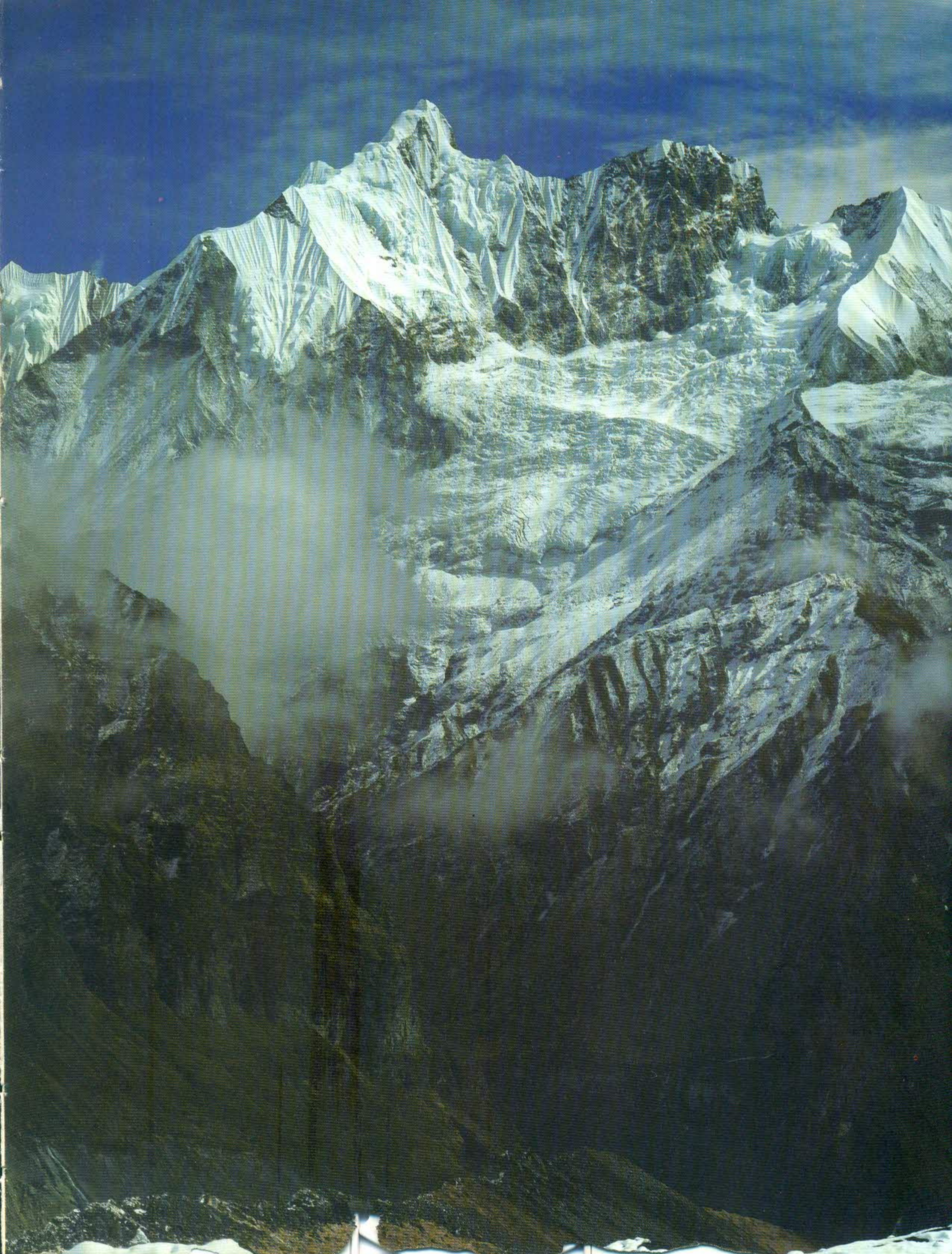
El Himalaya en sí comprende tres cordilleras más o menos paralelas, siendo el más alto el Gran Himalaya, que incluye a los gigantes Everest y Kangchenjunga. Pero «Himalaya» es también un término más amplio que designa otras cadenas montañosas de la región, por ejemplo el Gangdise Shan o la sierra de Kailas, situada inmediatamente detrás del Gran Himalaya.

Tierra de dioses

Los nombres del Gran Himalaya revelan la veneración en que ha sido tenido desde la primera vez que fue contemplado por ojos humanos: Chomo Lhari, «Diosa de la Montaña Sagrada»; Nanda Devi, «la diosa Nanda», y

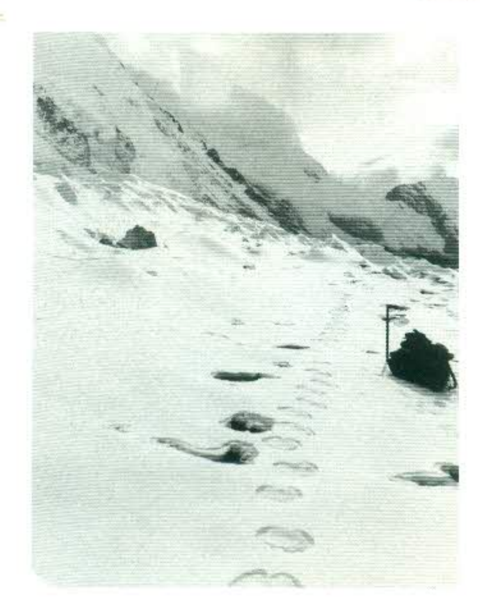


El Himalaya, que significa «Morada de los Dioses» en sánscrito, se extiende a lo largo de unos 2.400 kilómetros entre los ríos Brahmaputra e Indo. El macizo del Annapurna, del que aparece aquí una parte (derecha), *lleva el nombre de una diosa, indicando así la veneración que recibe por parte de hindúes y budistas.*



Annapurna, «la diosa de los alimentos». Incluso el Everest, bautizado por los británicos con el nombre de un gobernador general de la India, tiene su nombre tibetano, Chomo Lungma, «Diosa Madre de la Tierra».

Según los más antiguos escritos hindúes, ésta es Devabhumi, la tierra de los dioses. Aquí, en Gaurishankar, vivieron Shankar y su mujer Gauri, más conocidos como el gran dios Shiva y su consorte Durga o Mahadevi. Shiva, uno de los





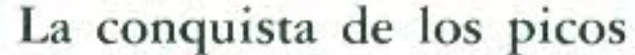
¿Son éstas las huellas del llamado Abominable Hombre de las Nieves, el enigmático yeti que según se dice habita las laderas del Himalaya? La línea de pisadas (izquierda) *podría ser la de una cabra montés, agrandadas al fundirse la nieve con el sol. Pero la pisada única de la derecha aún no ha sido explicada satisfactoriamente. La fotografía fue tomada por Eric Shipton en 1951 y sigue siendo una de las más patentes posibles pruebas de la existencia de esa criatura llamada por los tibetanos «demonio de la nieve».*

dioses que forman la tríada suprema de los dioses hindúes, era el señor de la agricultura en los principios de la mitología hindú; su morada estaba en el Himalaya, donde nacían los grandes ríos dadores de vida de la India: Indo, Brahmaputra y Ganges.

El monte Meru

Shiva y su consorte no era los únicos dioses que moraban en el Himalaya. Según las mitologías budista e hindú, en el centro de la tierra se elevaba el monte Meru. Era habitado por los dioses, y a su alrededor giraban el sol, la luna y las estrellas. Los hindúes identificaban Meru con el monte Kailas o Kailasa en Tibet, donde se dice que vivía Kubera, rey de los yaksas y dios de la riqueza. Kubera era el señor de los tesoros de la tierra, y junto con los yaksas —seres sobrenaturales asociados con las montañas— no sólo controlaba la fertilidad de la tierra, sino también los metales que se hallasen en el subsuelo.

El monte Meru también se asociaba con Indra, el dios de la atmósfera y dios supremo del panteón de los vedas (primitivos hindúes). Al paraíso de Indra en las montañas fue a donde se retiraron los pandarvas, los héroes guerreros, después de ganar una gran batalla que involucró a hombres y dioses. Los pandarvas son ahora algo menos venerados, excepto en el sur de la India, donde cinco piedras que representan a los cinco príncipes pandarva pueden verse a veces en los campos, custodiando las cosechas; pero se los considera estrechamente vinculados al Himalaya, donde siguen siendo venerados muchos lugares asociados con los periplos de los príncipes.



La conquista de los picos

Si el Himalaya es el cielo de Indra, también es el paraíso de los escaladores que, fundamentalmente en este siglo, se han sentido atraídos por las colosales cordilleras. En 1852 se descubrió que el Pico XV era el más alto del mundo. Para los hindúes, este gigante es Sagarmatha, «Cima del Cielo»; para los occidentales, el monte Everest, con sus 8.848 metros sobre el nivel del mar, el reto definitivo. El 29 de mayo de 1953, el sueño de la conquista fue hecho realidad por el escalador neocelandés Edmund Hillary y el sherpa Tenzing Norkay.

En el extremo occidental del Himalaya, uno de los mayores retos para la escalada es el Nanga Parbat, un macizo que se eleva casi en vertical desde su cauce del río Indo hasta 8.126 metros sobre el nivel del mar. Desde su rocosa cima se extienden hacia abajo tres amplias vertientes, y una de ellas, el flanco Rupal, que desciende a pico unos 4.500 metros, es tal vez el precipicio más profundo del mundo.

Nanga Parbat significa en sánscrito «montaña desnuda», pero los habitantes de su ladera occidental lo llaman Diamir, «Rey de las Montañas». Su primera visión deja sin aliento. Cuando se va acercando a él a través de los valles boscosos de Cachemira, con sus empinadas colinas y sus cascadas, nada prepara al viajero para el momento en que se abre el campo de visión y aparece como colgada del cielo esa extraordinaria masa con sus relucientes extensiones de hielo.

Hadas y yetis

Pero la montaña tiene fama de malévola. En menos de cien años, 36 hombres, 17 de ellos experimentados sherpas, han perecido en sus intentos por escalarla. Esta misma malevolencia se refleja en un cuento de hadas de la localidad de Kafir, que relata cómo un hombre perdido en las montañas se encontró con un palacio perteneciente a las hadas del Nanga Parbat. Construido con reluciente cristal, el palacio se hallaba en medio de un jardín, en el que crecía

un árbol de cuyas ramas colgaban perlas. El hombre las cogio, y al marcharse advirtió que unas serpientes le perseguían. Aterrorizado, dejó caer las perlas; aunque consiguió llegar a salvo a su casa, pereció cuatro días después. Pues estas hadas no perdonan a quienes descubren sus secretos.

Otro secreto que el Himalaya sigue guardando celosamente es el del yeti. No se ha tomado ninguna fotografía fidedigna de esta criatura, aunque muchos han afirmado haberlo visto. El escalador Don Whillans refirió que había vislumbrado a la luz de la luna a una criatura de aspecto simiesco avanzando en la nieve. De hecho, las creencias en el yeti están tan arraigadas que algunos sherpas toman la precaución de llevar una especial «madera para el yeti», cuyo olor supuestamente repele a la criatura.

En los años 50, el gobierno de Nepal llegó a

Conocido por los hindúes como Sagarmatha, «Cima del Cielo», el monte Everest, el pico que aparece a la izquierda en la fotografía, es el más alto del mundo. Su cima, a 8.848 metros de altura, fue coronada por Edmund Hillary y Tenzing Norkay en 1953; pero tal vez, George Mallory y Andrew Irvine, desaparecidos en el Everest en 1924, estuvieron allí antes que ellos.



considerar un crimen matar a un yeti o sacarlo del país. Hasta la fecha, nadie ha conseguido violar esa ley; tal vez el yeti sea un espíritu demoníaco, como creen los tibetanos («abominable hombre de las nieves» es una traducción errónea de la expresión tibetana, «demonio de la nieve»).

Los altos picos guardan para sí sus secretos. Los dioses del hielo alzan en el cielo sus deslumbrantes coronas, y siguen constituyendo un espléndido mundo sobrenatural sólo conocido por unos pocos.

Reza un texto hindú: «Como el rocío bajo el sol, así se desvanecen todas las cosas viles ante la visión de la eternamente pura Morada de la Nieve.»

El monte Meru o Kailas, morada de los dioses (abajo), *se representa aquí habitado por Shiva y Parvati y sus hijos. Parvati, «hija de la montaña», también conocida como Mahadevi, era hija de Himavat, la personificación del Himalaya.*



Por doquier en el Himalaya pueden verse símbolos de la fe. Aquí (derecha), *unas banderolas de oración ondean en Nepal ante una panorámica de las montañas coronadas de nieve.*



Maravillas Sagradas

«En sus alcázares crecerán espinos, / ortigas y cardos en sus fortalezas; / será morada de chacales / y dominio de avestruces.»

Isaías, 34:13

«No hay nada oculto en la tierra que el tiempo no saque a la luz.»

Horacio (65-8 a.C.)

En la edad de piedra, los humanos sintieron por primera vez el impulso de representar su mundo mediante pinturas. Eligieron como lienzo los muros de las cavernas: magníficas galerías de arte modeladas por las fuerzas naturales. A lo largo de los siguientes milenios, el mundo natural ha seguido proporcionando una similar inspiración y un contexto sacro para las creaciones de artistas y visionarios. El santuario griego de Delfos, sede del oráculo de Apolo, está situado al pie de altos peñascos y domina un mar de ondeantes olivares que se extienden hasta el golfo de Corinto. Los hombres prehistóricos de América del Norte eligieron la cima de un monte escarpado, junto a un río, para construir su Montículo de la Serpiente.

La belleza del paisaje natural se integra en el espíritu de Stonehenge, el círculo de austeras piedras verticales en el valle de Salisbury, al sur de Inglaterra; en las sepulturas en forma de barco halladas en apartados vergeles de la isla sueca de Gotland; y en Petra, la ciudad perdida de los nabateos, esculpida en las escarpaduras de piedra rosa en pleno corazón del desierto de Jordania.

Todos estos lugares deben su belleza y su magia a la interacción de la naturaleza y de las obras humanas, y están impregnados de un *spiritus loci,* un alma del lugar. Su simple contemplación es una experiencia sagrada.

ALTAMIRA

«Papá, mira, ¡toros pintados!»

María de Sautuola, al ver el bisonte pintado en Altamira, en 1879.

Durante el cálido verano de 1879, en el norte de España, Marcelino Sanz de Sautuola, español aficionado a la arqueología, buscaba vestigios prehistóricos en una cueva conocida como Altamira. Un cazador había descubierto la cueva por casualidad en 1868, y Sautuola la visitó más tarde, encontrando algunos pedernales y huesos de animales.

Pero esta vez, acompañado de su hija de 12 años, María, iba a presenciar algo tan extraordinario que pasarían unos veinte años antes de que los expertos se convencieran de la autenticidad del descubrimiento. Mientras excavaba junto a la entrada de la cueva, oyó súbitamente un grito que procedía de la oscuridad. María había estado recorriendo la cueva y lo llamaba para que fuese a ver los «¡toros!»

Sautuola se precipitó al interior y encontró a su hija en una cavidad de la cueva, donde el techo era tan bajo que tuvo que doblarse. Entonces, a la luz vacilante de sus linternas, vieron con gran asombro la silueta pintada de un bisonte que surgía ante sus ojos en el techo de la cueva. Al mirar a su alrededor el extraño dosel de piedra, iban surgiendo más y más animales en tonos rojos, marrones, amarillos y negros, despertados de su milenario sueño de piedra.

Creaciones de la edad de piedra

Sautuola estaba contemplando unas finas pinturas que habían sido realizadas por artistas de la edad de piedra unos trece mil años antes. Pero cuando se hizo público el descubrimiento de Sautuola, muchos estudiosos rechazaron su afirmación de que las pinturas dataran de entonces. Jamás se había visto nada semejante, y apenas parecía creíble que los hombres de la edad de piedra hubiesen creado algo tan sofisticado. No fue sino hasta los primeros años de este siglo, tras el descubrimiento de pinturas rupestres en el suroeste de Francia y en los Pirineos, cuando los académicos cambiaron de parecer, y Altamira fue reconocida como una de las cuevas con pinturas más importantes de la edad de piedra.

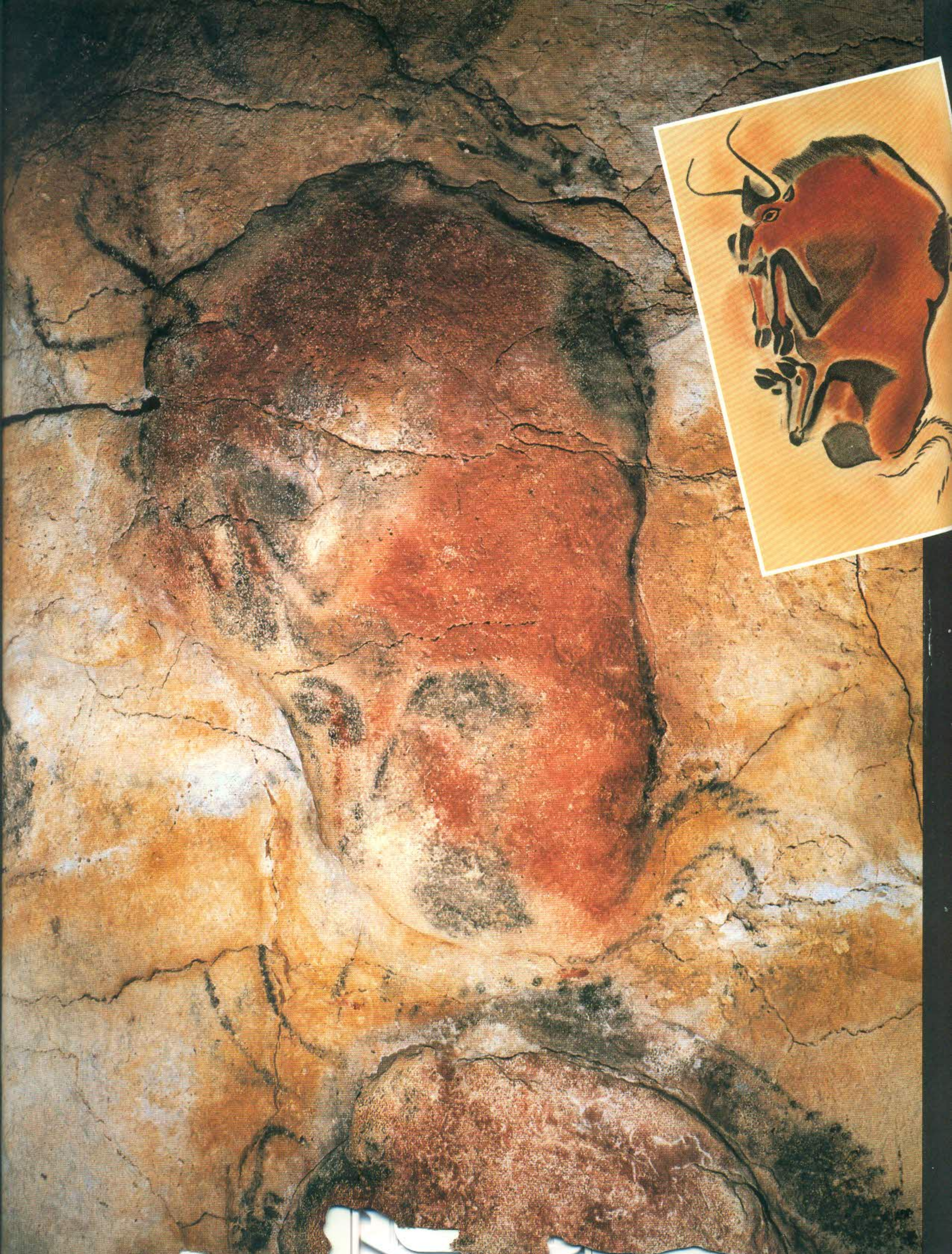


La cueva de Altamira, prehistórica galería de arte de la edad de piedra, fue descubierta casualmente en 1868. El suelo de la Galería de las Pinturas (arriba) *fue posteriormente rebajado para poder estudiar adecuadamente su magnífico techo ondulado, pintado con animales.*

El bisonte policromo (derecha) *es uno de los 25 animales representados en el techo de la Galería de las Pinturas. El artista de la edad de piedra utilizó pinturas confeccionadas con pigmentos naturales, tales como el ocre. Una copia del bisonte* (arriba, derecha) *fue realizada por un estudioso francés, el abate Breuil, a principios de este siglo.*









Marcelino Sanz de Sautuola (arriba) *descubrió las pinturas de Altamira en 1879 cuando su hija, que recorría la cueva, le advirtió de su presencia. Cuando Sautuola hizo público dicho descubrimiento, los poderes académicos se mostraron escépticos. La importancia de Altamira no quedó patente sino hasta principios de este siglo, tras el descubrimiento de pinturas rupestres en el suroeste de Francia y en los Pirineos. El abate Breuil* (abajo), *de pie en la entrada de la Galería de las Pinturas, fue pionero en el estudio de esta cueva.*

La cueva de Altamira es una larga caverna sinuosa que penetra unos 100 metros bajo la colina, y remata en punta, en forma de una estrecha y baja «cola», donde sólo se puede entrar en cuclillas. Desde la entrada, los muros están decorados con numerosos grabados y dibujos de animales, principalmente bisontes, ciervos, jabalíes y rebecos, así como con diferentes símbolos abstractos y enigmáticos, e imágenes creadas soplando la pintura a través de un tubo alrededor de una mano apoyada en la pared.

Pero el punto culminante es la Galería de las Pinturas (donde María vio por primera vez los *toros*). En esta cámara, inmediatamente a la izquierda de la entrada, el suelo ha sido rebajado para que las pinturas puedan ser contempladas en todo su esplendor. Con sus 18 metros de largo por 9 de ancho, el techo emana vida con las siluetas de 25 animales, principalmente bisontes, tres jabalíes, tres ciervos, dos caballos y un lobo. Algunos estudiosos creen que el techo componía una única obra de arte que describía una caza de bisontes.

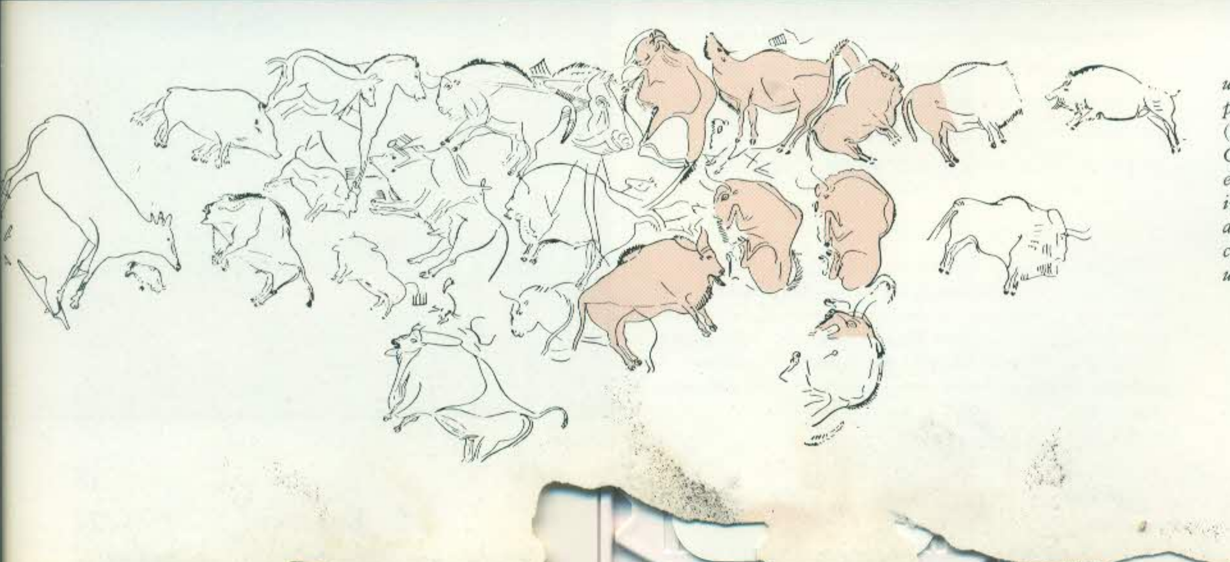
La mayoría de los animales fueron pintados sobre anteriores imágenes negras y rojas, utilizadas como base para dar a los trazos ulteriores una mayor riqueza de textura. La potencia y la vitalidad de los animales pueden parecer ingenuas, pero son brillantemente destacadas por los artistas originales, que utilizaron las ondulaciones naturales de su lienzo de piedra para dotar a sus creaciones de una tercera dimensión. Los relieves y los huecos fueron pintados para representar cabezas y cuerpos, muchas veces aprovechando las fisuras naturales de la roca e integrándolas en la realización.

La pintura fue fabricada con pigmentos naturales, ocre, hematita y manganeso, que proporcionaron a los artistas distintos matices de rojo, marrón, amarillo y negro, pero no azul ni verde. Los pigmentos eran machacados para reducirlos a polvo y probablemente mezclados con algún agente aglutinante, como grasa animal, para formar una pasta. Ésta se aplicaba a las paredes de la gruta con los dedos, o con un pincel consistente en pelo, vegetales o musgo, plumas o varitas.

La magia de caza

Actualmente se piensa que las pinturas de Altamira jugaron un papel importante —tal vez ritual o ceremonial— en la vida de los hombres de la edad de piedra. El abate Breuil, gran estudioso francés, sostuvo la teoría de que las pinturas de animales eran ejemplos de «magia de caza», concebida para atrapar a ciertos animales invocándolos por medio de su representación pictórica. Si ése era el caso, es extraño que el reno, que constituía una importante fuente de alimento, no aparezca frecuentemente en las pinturas rupestres.

Pero cualquiera que fuese el significado de las pinturas de Altamira para sus creadores, es su inolvidable belleza (que inspiró a Pablo Picasso) —y si se es capaz de vaciar la mente de especulaciones y teorías— la fuente de un reconocimiento en el tiempo de la capacidad artística del hombre.



El soberbio estilo y la técnica utilizados por los artistas se hacen patentes en este fotomontaje (arriba) de parte del techo de la Galería de las Pinturas. Algunos estudiosos piensan que las imágenes del techo (izquierda) deben considerarse una sola composición, que describe tal vez una cacería de bisontes.

STONEHENGE

«Un monumento verdaderamente espléndido.»

John Evelyn, al contemplar Stonehenge en 1654.

Rodeado por las abiertas colinas calizas de la llanura de Salisbury, el austero círculo gris de piedras enhiestas llamado por los sajones Stonehenge («la horca de piedra»), remonta sus orígenes a las brumas de la historia británica. Este enigmático monumento era ya tan antiguo para los romanos como antiguos son los vestigios romanos respecto al siglo XX. Las piedras fueron erigidas hace unos 4.000 años, aunque el lugar ya se utilizaba unos mil años antes.

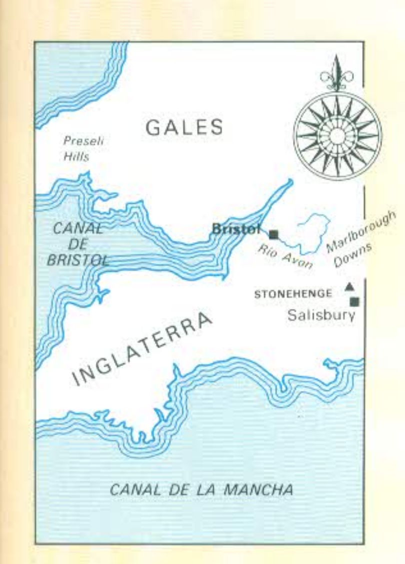
Stonehenge ha fascinado a arqueólogos, escritores, artistas y místicos, y atrae a miles de viajeros curiosos cada año. Sus macizos monolitos, esmeradamente tallados, erigidos y acoplados, forman un espectacular conjunto en medio de una zona salpicada de antiguos túmulos sepulcrales y caseríos.

El primer testimonio escrito sobre Stonehenge lo encontramos en los trabajos de Geoffrey de Monmouth (aprox. 1100-1154 d.C.). Se refiere a las piedras como la «Danza de los Gigantes», lo cual podría significar un círculo construido por gigantes.

Los orígenes de Stonehenge

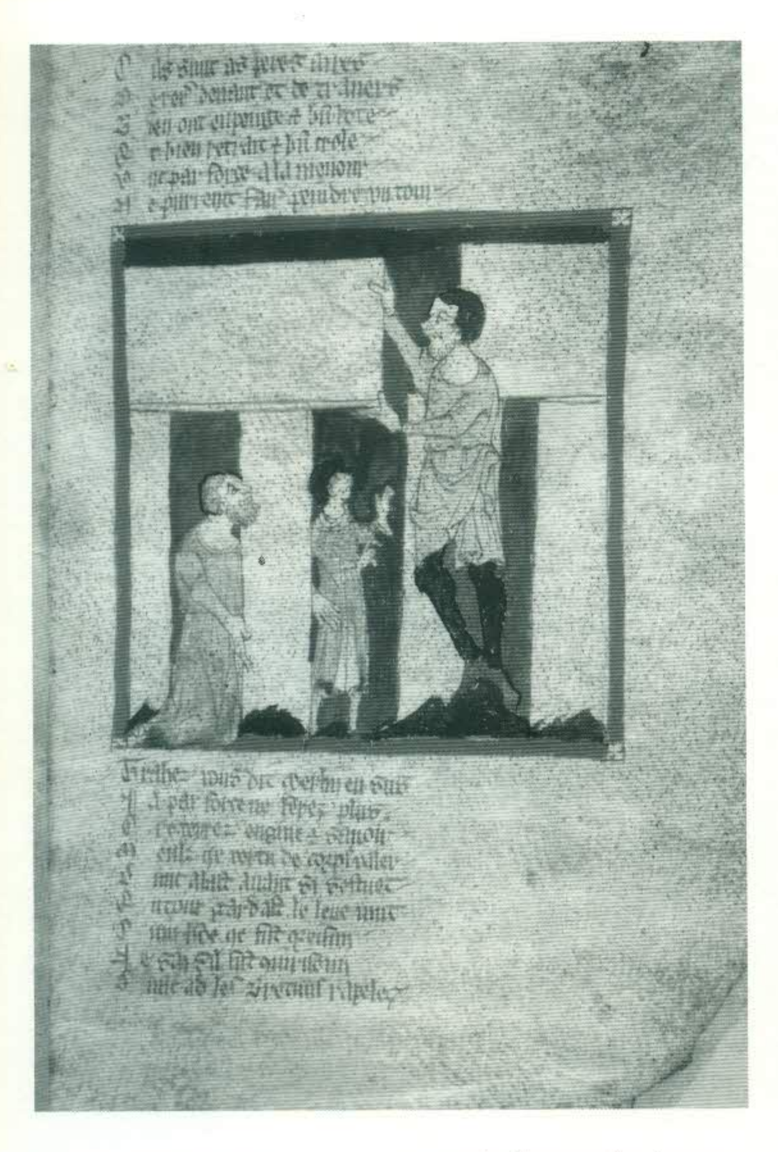
Geoffrey también relata la leyenda de que las piedras fueron llevadas allí por el mago Merlín desde Irlanda, con la ayuda de unos «artefactos», para conmemorar un entierro masivo de bretones. Podría haber algo de verdad en ello, ya que de los dos tipos de piedra del monumento —arenisca azulada y silícea—, la primera fue traída de las colinas de Preseli, en el sur de Gales. Las 80 piedras, que pesan cada una unas 4 toneladas, fueron trasladadas por medio de trineos y de ruedas hasta la costa galesa. Colocadas sobre unas balsas, fueron transportadas río arriba por el Severn y luego por otros ríos hacia el interior, hasta el punto desde el que fueron arrastradas hasta su emplazamiento. La misma ruta era utilizada por los mercaderes que viajaban a o desde Irlanda, quienes bien podrían atestiguar la procedencia irlandesa de las piedras.

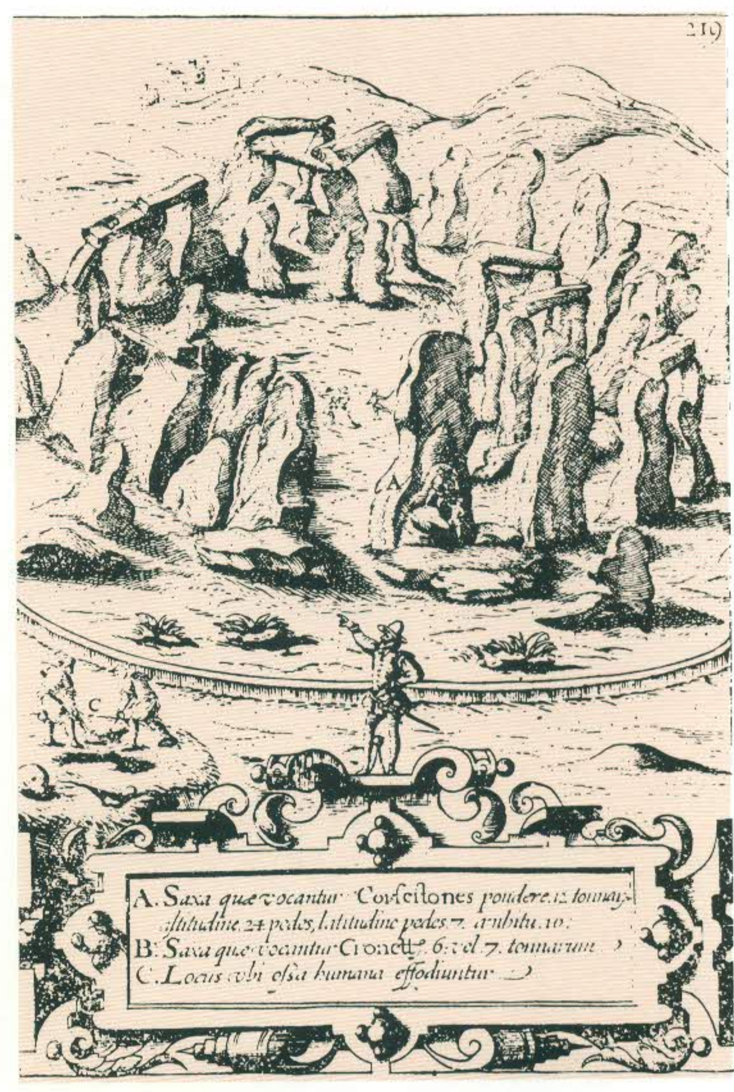
Actualmente se piensa que Stonehenge fue el núcleo de un vasto cementerio de túmulos funerarios en la zona. Hubo tres grandes fases en su proceso de desarrollo. Hacia 3100 a.C. se construyeron el foso y el terraplén, que encerraban



Los nubarrones y el arco iris constituyen un fondo espectacular para Stonehenge y su impresionante fuerza. Austero y solitario en su desértico marco de la llanura de Salisbury, este antiguo círculo de piedra, más antiguo que las pirámides de Egipto, no siempre estuvo tan aislado. Antaño se erigió en el centro de una próspera comunidad.







El mago Merlín transportó Stonehenge a Salisbury, según escribió en la Edad Media Geoffrey de Monmouth. Un manuscrito del siglo XIV (izquierda) *lo muestra colocando sin esfuerzo un macizo dintel de piedra, observado por dos impresionados admiradores.*

Otra extendida tradición popular afirmaba que los círculos de piedra eran gigantes petrificados. Esta creencia pudo haber inspirado este grabado (derecha) *de piedras cuasi humanizadas reproducido en la edición de 1660 de la obra de William Camden* Britannia.

una serie de pequeños huecos —conocidos como los hoyos de Aubrey—, cuya función se desconoce. Unos 500 años más tarde, el lugar fue abandonado hasta alrededor de 2100 a.C., cuando se erigieron las piedras de arenisca azul en dos círculos incompletos alrededor del punto central. Finalmente, unos 100 años más tarde, las areniscas fueron reordenadas y se trajeron piedras silíceas desde las colinas de Marlborough, a unos 30 kilómetos al norte.

Durante la última fase de construcción de Stonehenge, la llanura de Salisbury estaba probablemente poblada por hombres de la cultura de la edad del bronce, que exportaban herramientas de bronce y adornos de oro a Europa. Enterraban a sus muertos en túmulos redondos, y probablemente financiaron la construcción de Stonehenge.

Es posible que este pueblo antiguo hablase una lengua precursora de la lengua celta, pero no hay pruebas concretas que lo vinculen con los ulteriores sacerdotes conocidos por los autores romanos como druidas. Estos misteriosos personajes, que realizaban sacrificios de animales, y también se dice que humanos, sólo fueron relacionados con Stonehenge a mediados del siglo XVII, cuando John Aubrey, estudioso de la antigüedad, sugirió por primera vez que los círculos de piedra de Gran Bretaña eran templos druídicos. Esa idea dominó durante el romanticismo: Stonehenge fue representado en pinturas sobre un fondo de tempestuosos cielos, y los poemas evocaron escenas de sacrificios humanos: «Los druidas de tiempos pasados / tiñeron de púrpura tus círculos con sangre profana...»

Pese a que el monumento es anterior en unos dos mil años a los tiempos en que se sabe que vivieron los druidas, su supuesta conexión con las piedras persistió. Por ejemplo, en 1799 se sugirió que la llamada «Piedra de los Sacrificios» había sido «designada para matar o preparar a las víctimas», pero ahora se piensa que se trata de una piedra enhiesta que se cayó.

«Los bosques de los druidas han desaparecido



John Aubrey (1626-1697), escritor y estudioso de la antigüedad, fue el primero en vincular Stonehenge con los druidas.

—tanto mejor—. No así Stonehenge, ¿pero qué demonios es?», escribió lord Byron. La pregunta de Byron sigue estando vigente. Recientemente, Stonehenge ha sido descrito como un sofisticado observatorio astronómico. Es cierto que en su última fase de desarrollo fue dispuesto de tal forma que la salida del sol de mediados de verano y salida de la luna de mediados de invierno podían ser observadas desde dentro de la herradura de piedra silícea, pero su función astronómica era parte de un todo más amplio.

Stonehenge fue probablemente construido, como un espacio ritual, puede suponerse que tendente a la búsqueda de cierta vida espiritual que los hombres consideran necesaria y como símbolo del prestigio de la comunidad y de su jefe. Puede haber sido un templo, una tumba, un lugar de reunión para rituales o festivales. Lo cierto es que se trata del mayor círculo de piedras entre los 900 o más que hay en Gran Bretaña.

A mediados del siglo XVII, John Aubrey sugirió por primera vez que los círculos de piedra de Gran Bretaña eran templos druídicos. Aunque uno de sus contemporáneos lo describía como «un inútil, un ser errabundo, grotesco, y en ocasiones poco menos que demente», las ideas de Aubrey sedujeron más tarde a poetas y artistas. En esa época, los cuadros de Stonehenge, como éste de John Constable (arriba), *solían utilizar una atmósfera tormentosa para subrayar el efecto impactante de las piedras.*

LA TUMBA DE TUTANKAMÓN

«Por fin un maravilloso hallazgo en el valle; una tumba magnífica con su sellado intacto; recubierto parte hasta su llegada; felicitaciones.»

Cable enviado por Howard Carter a lord Carnarvon, 5 de noviembre de 1922.

Durante treinta y tres siglos, un oscuro pasaje excavado en el Valle de los Reyes, lugar de sepultura de los faraones egipcios, permaneció imperturbado por las voces y pisadas humanas. Pero el 26 de noviembre de 1922, el egiptólogo Howard Carter y su superior, lord Carnarvon, se encontraron allí, de pie en la oscuridad, frente a una puerta sellada. Tras ella esperaban descubrir la tumba del oscuro joven faraón Tutankamón, junto a todos sus tesoros y enseres. Su único temor era encontrar tan sólo una cámara vacía, legado de los antiguos ladrones egipcios que habían saqueado todas las demás tumbas del valle.

En uno de los que fueron los grandes momentos de la arqueología, con manos temblorosas Carter hizo un pequeño agujero en la parte superior izquierda de la puerta y pasó por él una barra de hierro para comprobar si había alguna obstrucción. Luego comprobó si había gases nocivos con una vela, ensanchó el orificio y miró al interior. En principio no pudo distinguir nada en la oscuridad. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz, se quedó «atónito». Para lord Carnarvon, el suspense era casi insoportable, y según Carter, Carnarvon «preguntó con ansiedad: "¿Puedes ver algo?"» Fue todo lo que Carter «pudo hacer para llegar a enunciar las palabras: "Sí, cosas maravillosas"».

Lo que Carter y Carnarvon vieron cuando pasearon la luz de sus linternas por el oscuro interior fueron cabezas esculpidas de animales, sofás dorados, ruedas de carro doradas, jarrones de alabastro, cofres taraceados, un trono de oro: todo ello apilado en desorden con asombrosa profusión. A la derecha, dos estatuas de tamaño natural montaban guardia a ambos lados de otra puerta sellada.

En busca del faraón perdido

El nombre de Tutankamón está ahora vinculado en la imaginación popular a deslumbrantes tesoros, sarcófagos con momias adornados con inscripciones de textos mágicos. Sin embargo, en sus tiempos fue un rey de relativa poca importancia, que accedió al trono de Egipto hacia 1361 a.C. Ahora su fama es tal que miles de personas acuden cada año al Valle de los Reyes para ver su tumba.

Howard Carter fue contratado en 1907 por un rico aristócrata británico llamado lord Carnarvon, un entusiasta egiptólogo aficionado, para que realizara excavaciones para él. Durante cinco años, Carter excavó una zona junto al Valle de los Reyes sin ningún resultado espectacular. En 1914, las autoridades egipcias

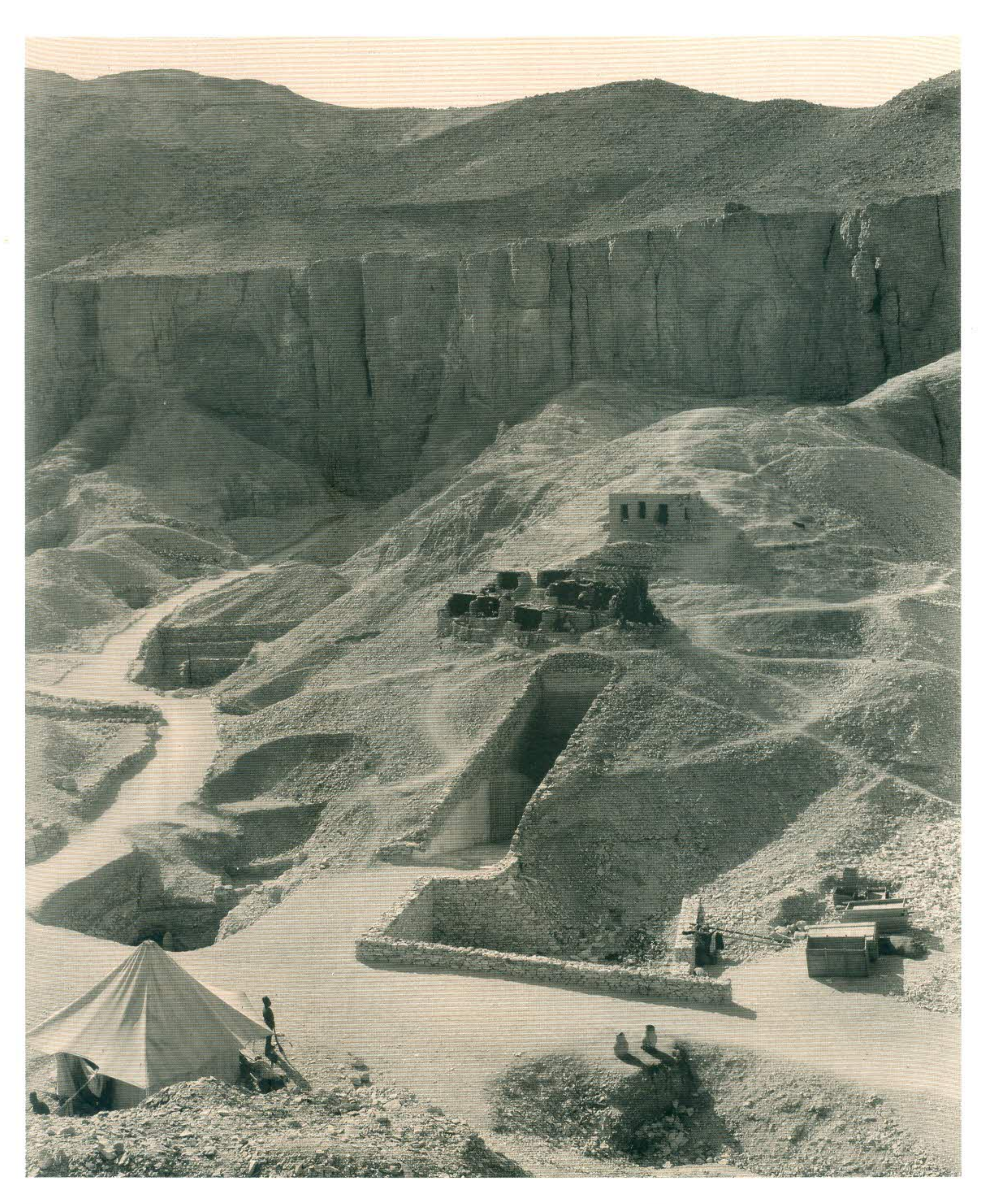




El Valle de los Reyes (arriba), *donde eran sepultados los faraones egipcios, se encuentra junto a Tebas, en la orilla oeste del Nilo. Allí fue excavada la tumba de Tutankamón en 1922 por Howard Carter.*

El rey niño Tutankamón (derecha) *nos observa desde la oscuridad, 33 siglos después de su muerte. Esta máscara de oro fue colocada sobre el rostro de la momia del rey, y según se cree guarda un fiel parecido con él.*







THE NEW YORK HERALD

EUROPEAN EDITION—PARIS SATURDAY, FEBRUARY 17, 1923.

FARMER SENATORS START FILIBUSTER

SENATE SITS AT NIGHT TO SETTLE DEBT BILL

HOUSE QUERIES EMBASSY LIQUOR

HOUSE AWAITS VIEW OF ADMINISTRATION ON INAUGURAL DATE

SARCOPHAGUS OF PHARAOH FOUND IN INNER CHAMBER

AMERICANS AMONG FEW WHO WITNESS OPERATION

Poem of Wife To Her Husband Read in Court

OLYMPIC LANDS MANY AMERICANS

El sorprendente descubrimiento de la tumba y de todos sus tesoros elevó instantáneamente a la fama a Howard Carter y a lord Carnarvon, fotografiados (arriba, izquierda) *junto con la hija de Carnarvon, lady Evelyn Herbert, aquí detrás de su padre.*

En febrero de 1923, la entrada de Carter en la cámara mortuoria sellada constituyó una noticia de primera plana en el mundo entero (arriba, derecha). *En esta fotografía* (izquierda), *Carter acaba de entrar en la cámara: a su espalda está el sepulcro de oro macizo. Su colega A. C. Mace está de pie entre los cascotes de yeso.*

le garantizaron la importante concesión de excavar en el valle, pero no fue sino tres años más tarde cuando las excavaciones pudieron iniciarse.

Tras varias temporadas cavando infructuosamente, Carnarvon estuvo a punto de decidir dar por terminada la operación. Pero Carter, que sabía que la mayoría de las tumbas de los faraones de la XVIII dinastía (hacia 1570-1320 a.C.) habían sido encontradas en el valle, estaba convencido de que la tumba de Tutankamón estaba allí, esperando ser revelada. Convenció a Carnarvon de que le dejase cavar durante una temporada más bajo las chozas de obreros egipcios de la antigüedad descubiertas cerca de la tumba de Ramsés VI.

El 4 de noviembre de 1922 se demostró que Carter tenía razón. Bajo la primera choza donde excavó, se descubrió un escalón tallado en el fondo del valle. La excitación iba creciendo conforme se descubrían más escalones, que conducían a la parte superior de una puerta, recubierta de yeso y sellada. Al día siguiente, Carter envió urgentemente un cable a Carnarvon, que se encontraba en Inglaterra, contándole la trascendental noticia.

Carnarvon llegó a Luxor el 23 de noviembre con su hija lady Evelyn Herbert. Fueron a las

La escalera que conduce a la tumba de Tutankamón (página anterior) *se encuentra a la izquierda de las cajas de embalaje* (primer plano, derecha), *en esta fotografía tomada poco después del descubrimiento. La entrada, abierta de par en par, a la tumba de Ramsés VI está directamente encima de la escalera.*

En el muro norte de la cámara mortuoria, Tutankamón (arriba) *está representado como Osiris, dios de los muertos. El rey está a punto de someterse a la ceremonia de la apertura de la boca, parte de su ritual fúnebre.*

Este trono chapado en oro (abajo) *fue hallado en la antecámara. El respaldo muestra al joven faraón sentado en una postura relajada con su reina Ankesenamun inclinándose hacia él.*





excavaciones al día siguiente. Toda la escalera estaba ya despejada, 16 escalones en total, y la puerta entera revelada. Mostraba sellos con un nombre real: Tutankamón. Sin embargo, su regocijo fue mínimo, pues un examen más detenido de algunos de los sellos y del yeso mostró que ya había sido forzada dos veces después de su sellado original. Existía la angustiante posibilidad de que la tumba hubiese sido saqueada.

Sólo había una forma de averiguarlo. La puerta fue derribada, quedando al descubierto un pasaje lleno de grava y piedra, un intento de disuadir a los ladrones. El pasadizo fue entonces despejado, lo que permitió a Carter, el 26 de noviembre, avistar todas esas «cosas maravillosas» tras la segunda puerta sellada.

Esa primera cámara fue abierta al día siguiente. Resultó ser la antecámara de la tumba. De unos 3,65 de ancho por unos 8 metros de largo, de paredes desnudas, estaba llena de los enseres funerarios del faraón, objetos que se creía que necesitaría en la otra vida. Afortunadamente, parecía como si los ladrones hubiesen revuelto las cosas, pero no hubiesen tenido tiempo de llevarse los numerosos tesoros, de los que uno solo, reconoció Carter, hubiese recompensado una temporada de excavaciones.

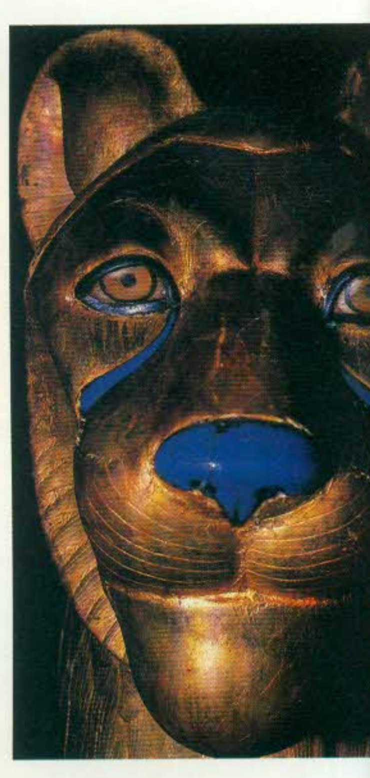
Los preciosos objetos de la antecámara y de la cámara aneja —un cuarto más pequeño que daba a la antecámara y orientado hacia el suroeste— tenían que ser minuciosamente registrados, fotografiados y protegidos antes de ser embarcados con destino a El Cairo para su conservación. Sólo entonces pudo Carter fijar su atención en la tercera puerta sellada y lo que se encontraba tras ella. Mientras tanto, la noticia del hallazgo se extendió como un reguero de pólvora y cautivó las imaginaciones del mundo entero.

La apertura de la cámara mortuoria

En febrero de 1923 la antecámara quedó despejada. Llegó el momento de la verdad: ¿encontrarían la momia del rey tras la puerta sellada? Lo desconcertante era que esa puerta también mostraba señales de intrusión. El 17 de febrero Carter empezó a rascar el yeso de la puerta, observado por un pequeño grupo de invitados. Al cabo de diez minutos, había hecho un agujero suficientemente grande como para introducir una lámpara. Lo qúe vio era extraordinario: a no más de un metro de la puerta había una sólida pared de oro que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Con ayuda de los demás, desmanteló rápidamente el resto de la entrada y vio que la pared, de oro reluciente, con incrusta-



Con los brazos extendidos, una estatua de oro de la diosa Serqet (izquierda) *monta guardia en un sepulcro de madera recubierto de oro que contiene las vísceras de Tutankamón. Otras tres diosas, Isis, Neftis y Neith, protegen los otros extremos del sepulcro.*



La cabeza de una criatura semejante a un león (arriba), *hecha en madera dorada con ojos de cristal, formaba parte de una cama hallada en la antecámara. Dos camas similares, con cabezas de vacas y de hipopótamos, también fueron halladas en la cámara. Las tres son de un tamaño y una forma no apropiados para su uso práctico, y eran parte del equipo funerario del faraón.*

ciones de lapislázuli, era un espléndido sepulcro rectangular. Era tan grande que apenas quedaba espacio para moverse entre él y los muros de la cámara, ligeramente más pequeña que la antecámara.

Recorriendo la cámara con dificultad, él y Carnarvon vieron que las paredes habían sido pintadas. Y descubrieron con asombro en el muro este la entrada a una cámara más, guardada y defendida por una estatua negra del dios con cabeza de chacal, Anubis.

Ese habitáculo, que Carter bautizó «el tesoro», estaba lleno de otros hermosos objetos: barcos en miniatura, estatuillas, una cabeza de vaca dorada que representaba a la diosa Hathor, una maqueta de granero, jarrones, cofres que contenían brazaletes, colgantes y pendientes de oro, amatista, turquesa, cornalina y otros materiales preciosos.

Sepulcros dorados y sarcófagos sucesivos

La siguiente fase crucial era la apertura del sepulcro de oro, aunque pasarían varios años (debido principalmente a las prolongadas negociaciones con el Gobierno egipcio para ampliar la concesión) antes de que los trabajos pudieran proseguir. Cuando pudieron hacerlo, encontraron un segundo sepulcro dorado dentro del primero.

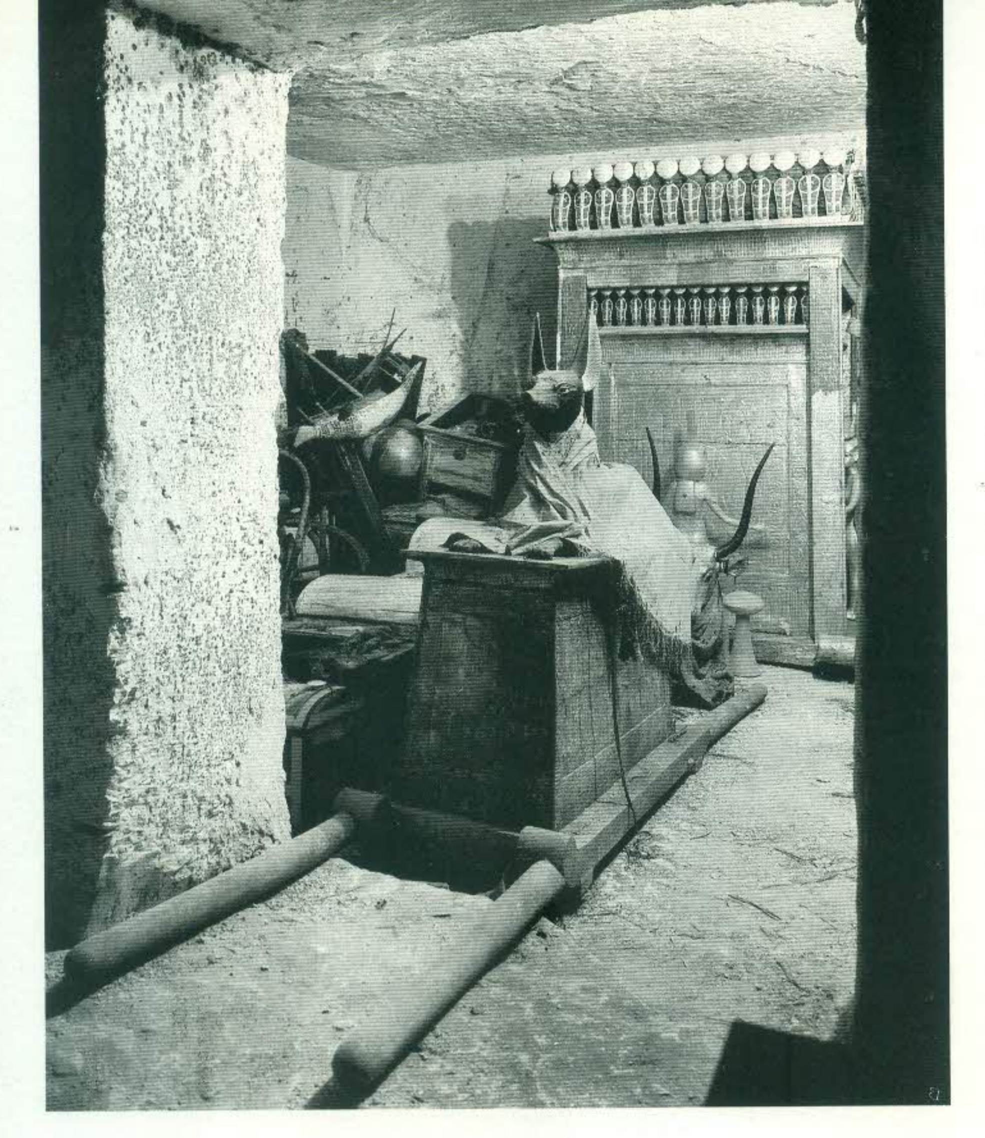
Y el suspense continuó al hallarse dos sepulcros más, ambos relucientes de oro, encajados dentro de los otros. Finalmente, con una «excitación contenida», Carter abrió el último sepulcro y vio un magnífico sarcófago de cuarcita amarilla, de forma rectangular, con una tapa de granito rosa.

Los cuatro sepulcros tuvieron que ser cuidadosamente desmantelados —operación larga y trabajosa— para que Carter pudiese concentrarse en el sarcófago. La tapa de granito fue finalmente levantada con una grúa. Al principio sólo vieron dentro sudarios de lino. Pero cuando éstos fueron retirados, se oyó un grito sofocado cuando la efigie dorada del niño-rey —la tapa del ataúd con forma humana— clavó en ellos su mirada fija.

Tampoco terminó aquí el al parecer interminable drama. Ya que encajados dentro de este ataúd había dos más, y el segundo, para su asombro, era de oro macizo.

Finalmente, a finales de octubre de 1926, la última tapa del ataúd fue levantada y la momia del rey quedó al descubierto por primera vez después de treinta y tres siglos. Ahí, contrastando con la oscura masa pegajosa de ungüentos que le habían untado sobre el cuerpo (y que habían destruido gran parte de él), el triste,





pero sereno rostro de Tutankamón, los miraba a través de una máscara de oro batido. De una belleza consumada, la máscara había preservado de la corrosión la cara auténtica del faraón, que, según Carter, mostró unos rasgos «refinados y cultos» cuando finalmente la máscara fue separada de ella. Para Howard Carter, cuyo trabajo en la tumba prosiguió hasta los años 30, y lord Carnarvon, que murió de pulmonía en 1923, el descubrimiento de la tumba constituyó el hallazgo de toda una vida.

Actualmente, la mayoría de los tesoros de Tutankamón pueden admirarse en el Museo de El Cairo. La propia tumba fue vaciada, excepto del sarcófago que contiene uno de los ataúdes de oro en que el cuerpo del rey descansa en paz. La tumba puede parecer austera y desnuda, pero su sacralidad no ha sido mermada. Todavía puede transmitir, a todo aquél que, interesado en el conocimiento de un pasado remoto, se vuelva sobre sus interrogantes, el sentimiento mágico que Carter y sus colegas experimentaron al descubrir el primer ataúd. Según Carter, al dejar la tumba «contemplamos la bóveda azul del cielo, donde el sol es amo y señor, pero nuestros pensamientos íntimos permanecían arrobados por el esplendor de aquel desaparecido faraón...»

El dios con cabeza de chacal Anubis (arriba) *custodia la entrada al «tesoro» que da a la cámara mortuoria. Allí Carter encontró cierto número de sepulcros de madera que contenían estatuillas rituales. Tres de ellas* (izquierda), *que representan a Tutankamón, están talladas en madera, cubiertas de escayola y sobredoradas. La primera muestra al rey avanzando y ostentando el cayado y el mayal, símbolos del cargo real. Las estatuillas que están dentro del nicho representan al rey lanzando el arpón desde una barca hecha de papiro.*



Howard Carter retira el polvo del segundo sarcófago encofrado. Dentro de este sarcófago se encontraba un tercero, hecho de oro macizo, que contenía la momia del rey.

DELFOS

> *«Conozco el número de los granos de arena, y la medida del mar; entiendo a los idiotas y oigo a aquel que no habla.»*
>
> El Oráculo de Delfos en respuesta a las preguntas del rey Creso.

Hace más de dos mil quinientos años, peregrinos de toda Grecia y de más allá de sus fronteras acudían a Delfos. Llegaban para consultar al oráculo más famoso del mundo antiguo. Algunos viajaban a pie por el camino que conducía desde Atenas al suroeste. Otros iban en barco y desembarcaban en el puerto conocido ahora como Itea, en la costa norte del golfo de Corinto. Desde allí, un trayecto de unas tres horas los conducía a través de una ancha llanura hasta avistar plenamente el monte Parnaso.

Al acercarse, iban divisando un panorama más nítido de la Vía Sacra que trepaba a la montaña, serpenteando hasta el santuario de Apolo, coronado por su magnífico templo. Otros edificios se ofrecían a la vista: el teatro de mármol blanco; el estadio de 7.000 plazas que dominaba la ciudad; el gimnasio, con sus pistas abiertas y cubiertas; y el elegante círculo de columnas dóricas que formaban el exterior del *tholos*, o rotonda, del santuario de Atenea Pronaia.

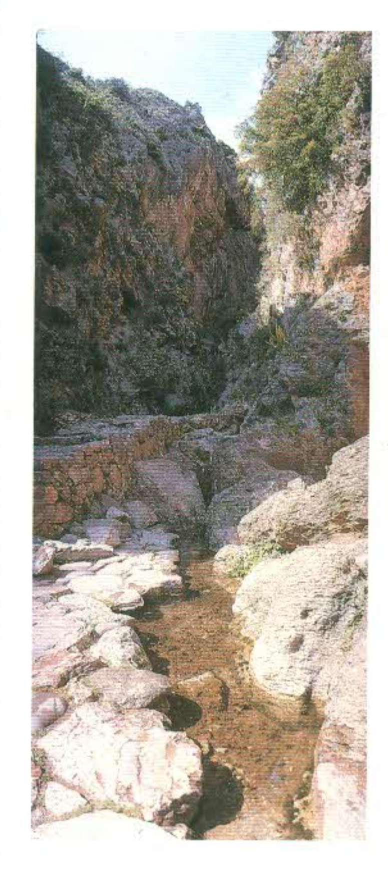
Poco se conserva ahora de los edificios de Delfos. Pero su espectacular emplazamiento —rocosos peñascos y grietas, rápidos torrentes, impresionantes escarpas— aún sigue imponiendo respeto. Bajo el santuario hay una abrupta pendiente hasta el barranco de Pleistos, que se ensancha en una amplia extensión de olivos hasta las azules aguas del golfo. Dominándolo se elevan grandes riscos conocidos como los Phaedriades, los «brillantes», pues reflejaban la luz y brillaban en el crepúsculo. Una sima divide esos riscos, en cuyo fondo fluye el torrente de Castalia, cuyas aguas eran utilizadas para purificaciones rituales.

La llegada de Apolo

El agreste escenario montañoso de Delfos, a más de 600 metros sobre el nivel del mar, se prestaba naturalmente al culto de Gea, la diosa de la tierra, a quien estuvo originalmente consagrado el lugar. Los griegos consideraban que Delfos era el centro del mundo. Según la leyenda, Zeus, el padre de los dioses, soltó dos águilas desde los dos extremos opuestos de la tierra. El punto en que se cruzaron —Delfos— fue considerado su centro, y fue señalado por una piedra conocida como el *onfalos*, «el ombligo».

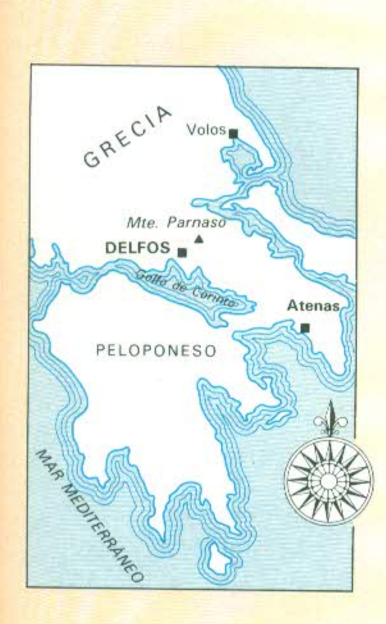
Otra leyenda relata que una monstruosa serpiente defendía el lugar, conocido entonces como Pytho, y el oráculo de Gea. Pero Apolo, hijo de Zeus y dios de la luz, llegó a Pytho y mató a la serpiente o «pitón». Entonces asentó allí su propio oráculo, con una sacerdotisa, conocida como la Pitonisa, que actuaba como «médium»,

Las ruinas de Delfos, sede del oráculo más famoso del mundo antiguo, se hallan entre escarpados montes en la Grecia central. Justo al este del santuario principal está el tholos *(derecha), edificio circular de principios del siglo IV, cuya función aún se desconoce.*



Las aguas de la Fuente de Castalia se utilizaban para la purificación ritual de los solicitantes antes de consultar el oráculo.

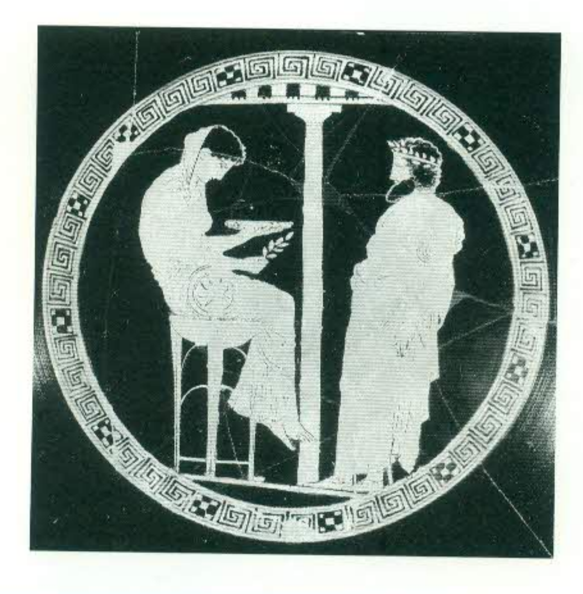
Más tarde, los poetas romanos consideraron el manantial como la fuente de la inspiración poética. Ovidio (43 a.C.-18 d.C.), por ejemplo, escribió en sus Amores: *«Ojalá el dorado Apolo me abrevara con tazas desbordantes del agua de Castalia.»*





El rey Egeo de Atenas consulta al oráculo (derecha) *en la decoración estilizada de esta vasija del siglo V. La Pitonisa, sentada en su trípode, tiene en la mano una rama de laurel y un cuenco, probablemente lleno de agua sagrada.*

El dios Apolo y su hermana Artemisa (abajo), *uno a cada lado del* onfalos, *una piedra en Delfos que según los griegos marcaba el centro del mundo.*





a través de la cual el dios respondía a los solicitantes.

En el apogeo de su popularidad, el santuario necesitó hasta tres pitonisas para hacer frente a las preguntas de los solicitantes. Según el historiador Diodoro Sículo, las Pitonisas fueron primero jóvenes vírgenes. Pero cuando una de ellas fue raptada y violada por un granuja de Tesalia, se decidió que serían castas matronas de al menos 50 años.

Las leyendas cuentan que la Pitonisa se sentaba en un cuenco de tres patas o trípode situado sobre una profunda hendedura en la tierra. Desde esa hendedura se exhalaban vapores tóxicos que inducían a la Pitonisa a emitir una serie de sonidos frenéticos e incoherentes. Otros relatos sugieren que caía en estado de trance masticando hojas de laurel.

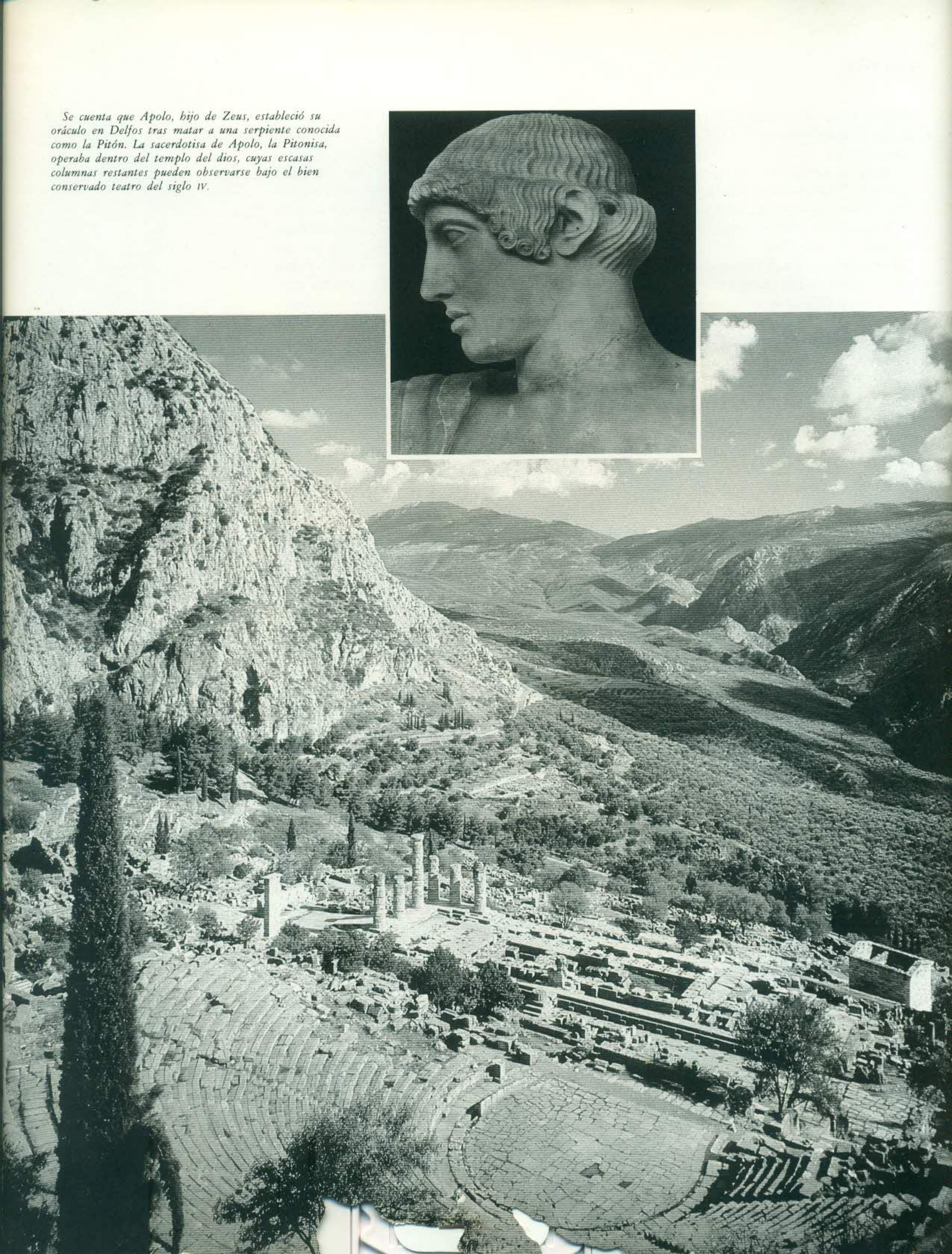
La Pitonisa era consultada sobre todo tipo de temas: asuntos religiosos, dinero, matrimonios, y en especial empresas colonialistas. Los consultantes eran instados a purificarse previamente en las aguas de la fuente de Castalia. Luego practicaban un ritual en el que una cabra era salpicada con agua fría: si temblaba con todo el cuerpo, era buena señal de que debía ser sacrificada y de que el dios podía ser interrogado. El consultante pagaba debidamente su tarifa y esperaba su turno. Se escribían las preguntas sobre unas tablillas que se presentaban a la Pitonisa, quien entraba entonces en trance y barbullaba una respuesta. Ésta, a su vez, era interpretada por un sacerdote, que la escribía en verso y se la entregaba al consultante.

El ambiguo oráculo

Las respuestas dictadas por el oráculo debieron ser consideradas tan pertinentemente acertadas o útiles a lo largo de los siglos que el historiador griego Estrabón declaró que tenía la reputación de ser el más fiable del mundo. Pero también el oráculo era notorio por la ambigüedad de sus declaraciones.

Cuentan que Creso, rey de Lidia (560-546 a.C.), en Asia Menor, decidió comprobar la autenticidad del oráculo de Delfos y otros oráculos preguntándoles simultáneamente, por medio de unos emisarios, lo que él, Creso, estaba haciendo en el momento de la pregunta. Sólo el oráculo de Delfos contestó correctamente: Creso estaba hirviendo una tortuga y un cordero en una olla de cobre. El rey quedó tan impresionado que prodigó a Delfos valiosos obsequios.

Sin embargo, el oráculo compensó mal esa prodigalidad cuando Creso le preguntó qué sucedería si atacaba a los persas. La críptica respuesta fue que, si lo hacía, destruiría un gran



Se cuenta que Apolo, hijo de Zeus, estableció su oráculo en Delfos tras matar a una serpiente conocida como la Pitón. La sacerdotisa de Apolo, la Pitonisa, operaba dentro del templo del dios, cuyas escasas columnas restantes pueden observarse bajo el bien conservado teatro del siglo IV.

imperio. El oráculo estaba en lo cierto. Pero fue el propio gran imperio de Creso el que quedó destruido.

Con igual ambigüedad el oráculo advirtió al espartano Phalantos, que conducía una expedición colonizadora a Italia, que tomaría la ciudad de Tarento tan pronto como sintiera caer la lluvia de un cielo claro.

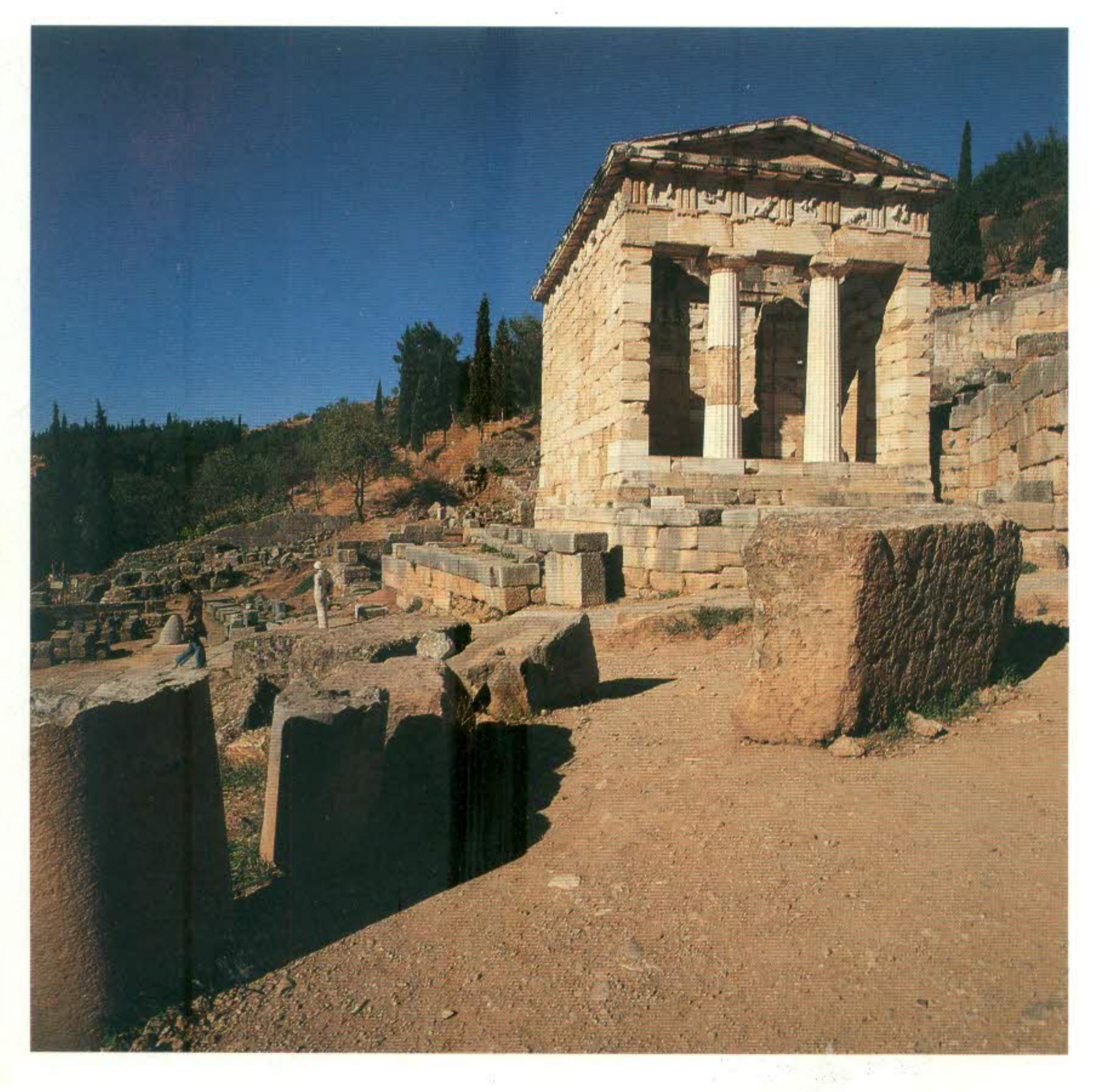
Tan imposible como esto pudiese parecer, el oráculo quedó justificado cuando Phalantos sintió en su cuello las lágrimas (la «lluvia») de su mujer, Aithra (cuyo nombre significa «cielo claro»); fue entonces cuando se dirigió a tomar la ciudad.

El oráculo también advirtió al emperador romano Nerón que desconfiara del año 73. Resultó no tratarse de su propia edad, sino de una referencia velada a su sucesor, Galba, que tenía entonces setenta y tres años. Más directo fue al declarar que el filósofo griego Sócrates era el hombre más sabio de Grecia, y cuando le dijo a Alejandro Magno: «Hijo mío, nadie puede detenerte.»

Los orígenes históricos de Delfos se remontan a tres mil años atrás. Pero no fue sino hasta los siglos VIII a VI a.C. cuando empezó a prosperar y florecer. Hoy día, el esplendor del santuario de Apolo, inscrito en una zona rectangular de unos 180 por 130 metros, tiene que ser reconstruido mentalmente a partir de las ruinas de sus edificios, monumentos y estatuas. Bordeando la Vía Sacra que se eleva tortuosamente hasta el templo de Apolo, había numerosos edificios en forma de templos conocidos como los «tesoros». Éstos eran erigidos por los gobiernos de las ciudades para albergar los valiosos obsequios ofrendados al dios en agradecimiento por su oráculo, y también para demostrar su opulencia y prestigio.

El Tesoro de los Sifinios, con sus dos cariátides —columnas con forma humana femenina— sustentando el pórtico, fue construido con el

La cabeza de bronce del famoso auriga de Delfos es parte de una estatua de tamaño natural que se encuentra en el museo del lugar. Exhumada en 1896, la figura se encontraba originalmente en un carro arrastrado por briosos caballos. El conjunto fue probablemente dedicado por el príncipe siciliano Polyzelos a la conmemoración de su victoria en 475 a.C. en los Juegos Píticos, inagurados en Delfos en 590 a.C.



Pequeños edificios en forma de templos, conocidos como «tesoros», eran construidos por los gobernantes de la ciudad para albergar los obsequios ofrendados a Apolo en reconocimiento a su oráculo. El Tesoro de los Atenienses (izquierda), *restaurado a principios de este siglo, fue erigido poco después de la batalla de Maratón en 490 a.C., en la que los atenienses derrotaron a los persas.*





dinero obtenido con las minas de oro de Sifnos. El Tesoro de los Atenienses —el único restaurado— era un edificio de mármol de orden dórico. Sus muros exteriores estaban cubiertos de inscripciones, entre ellas dos himnos a Apolo, con la notación musical completa en sistema antiguo.

Entre otras vistas, los visitantes podían contemplar los *halos* circulares, o era de trilla, donde tenían periódicamente lugar representaciones teatrales de Apolo matando a la Pitón; la elegante columnata erigida por Atenas, y el sorprendente monumento de tres serpientes de bronce entrelazadas, erectas y sustentando un trípode, construido por los griegos tras su victoria sobre los persas en Platea en el 479 a.C. Dominando el santuario se encontraba el templo de Apolo, dos veces reconstruido, en 546 y 373 a.C., tras ser destruido respectivamente por un incendio y un terremoto.

Aunque la Pitonisa operaba desde dentro del templo, es difícil determinar exactamente dónde. Tampoco ha sido descubierta jamás la grieta que exhalaba vapor.

Declive y caída

La importancia y el prestigio de Delfos sobrevivieron al poco patriótico aviso del oráculo a los griegos de no resistir a la invasión de los persas a principios del siglo V a.C. Los griegos colmaron incluso el lugar de estatuas, monumentos y trofeos en celebración de su victoria. Pero en el transcurso de los siguientes siglos, la reputación de imparcialidad del oráculo declinó junto con su lealtad a los estados poderosos, incluidos Atenas y Esparta.

En el siglo II a.C., los romanos conquistaron Delfos, y su influencia y poder declinaron todavía más. El emperador Nerón (54-68 d.C.) saqueó más de 500 estatuas del lugar. Cuando el emperador Juliano (360-366 d.C.) envió un consultante a Delfos, éste sólo era una sombra de lo que había sido.

La respuesta que según cuentan le dio el oráculo a Juliano evoca una patética imagen de su triste período de decadencia:

«Dile al rey esto: el templo glorioso ha caído en ruinas; Apolo ya no tiene techo sobre su cabeza; las hojas de los laureles están silenciosas, las fuentes y arroyos proféticos están muertos.»

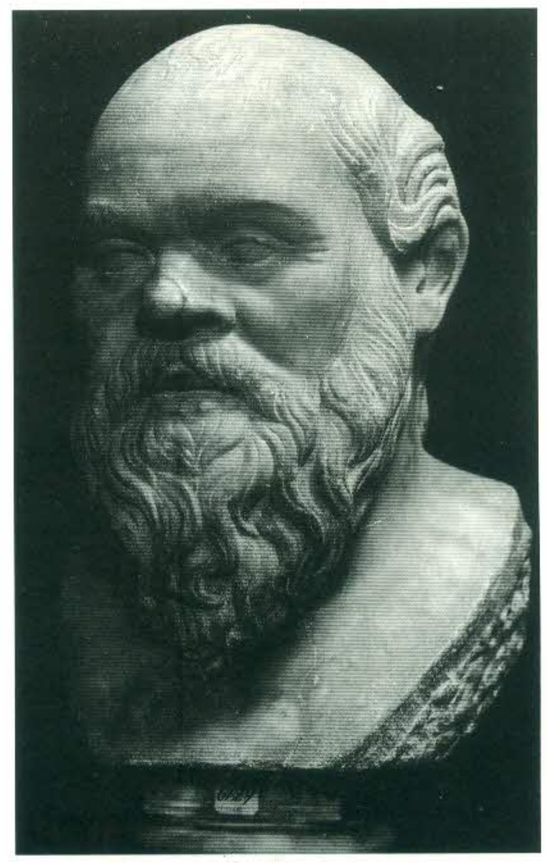
Apagado ya su espíritu, el oráculo fue oficialmente clausurado hacia 385 por el emperador cristiano Teodosio. El culto a Apolo, que había sabido instaurarse por sobre el prestado a la diosa de la Tierra, pasaba ahora a ser un auténtico patrimonio de iniciados.



El oráculo de Delfos era famoso por la ambigüedad de sus pronunciamientos. Al rey Creso de Lidia, por ejemplo, le dijo que si atacaba a los persas, destruiría un gran imperio. Creso les atacó, pero el que destruyó fue su propio imperio.

Pero el oráculo también podía ser muy directo. Alejandro Magno (356-323 a.C.) (arriba), *uno de los más brillantes generales de todos los tiempos, le oyó decir: «Hijo mío, nadie puede detenerte.»*

El oráculo también le informó al filósofo griego Sócrates (469-399 a.C.) (abajo) *que era el hombre más sabio de Grecia. Dicen que Sócrates interpretó que significaba que su sabiduría consistía en ser consciente, al contrario que otros, de su ignorancia.*



Unos arqueólogos franceses se agrupan en torno a la estatua recién excavada de un joven o kouros (página anterior) *en 1894. La excavación escrupulosa de Delfos se había iniciado el año antes bajo la dirección de Théophile Homolle, jefe de la Escuela Francesa de Arqueología de Atenas. Los lugareños griegos que vivían en ese antiguo paraje hubieron de ser trasladados a otras viviendas para poder empezar a excavar.*



GOTLAND

«Los gotlandeses tienen tanto oro que no lo pueden pesar. Sus cerdos comen en artesas de plata. Sus mujeres hilan con ruecas de oro.»

Hans Strelow, *Crónicas de los gotlandeses,* 1633.

La mayor isla del Báltico, Gotland, es a veces llamada «isla de las rosas», ya que su clima es tan templado que las rosas pueden florecer en diciembre. También Gotland ha sido sugerido como emplazamiento de la legendaria Atlántida, tal vez porque fue fabulosamente rica en el pasado, y sigue siendo un lugar idílico. Pocos lugares de tan pequeño tamaño —unos 130 kilómetros de largo por la mitad de ancho— poseen una gama tan amplia de paisajes: densos bosques y ondulados campos, escarpados peñascos y arenosas playas. Y en pocos lugares puede encontrarse un despliegue igual de vestigios históricos.

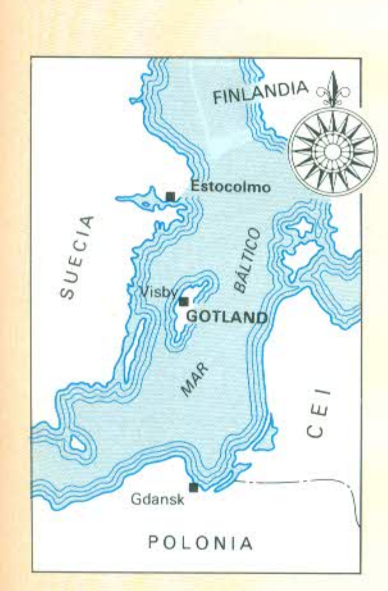
En la isla hay unos 400 montículos de piedras o *cairns* de la edad del bronce, y 350 sepulturas en forma de barco; 70 fuertes de la edad del hierro, y 100 o más iglesias románicas y del gótico temprano, algunas de ellas las más bellas del norte de Europa. También se enorgullece de poseer el laberinto de piedra más conocido de Escandinavia, Trojeborg, así como «piedras pintadas» únicas: piedras votivas del primer milenio de nuestra era.

Según el historiador del siglo II Jordanes, Gotland fue morada de los godos, los primeros de los bárbaros que dividieron a Europa en distintos reinos tras la caída del Imperio romano. La leyenda relata que la primera persona que pisó Gotland fue un hombre llamado Tjelvar. En aquellos tiempos la isla estaba controlada por espíritus malignos que la hacían sumergirse durante el día y aparecer durante la noche. Pero Tjelvar encendió un fuego que rompió el maleficio, y desde entonces la isla permaneció por encima de las aguas.

Comerciantes y barcos

Tras la leyenda está el hecho de que en la edad de piedra, hace unos siete mil años, ciertamente vivían hombres donde desembarcó Tjelvar, al noroeste, alrededor de Gothem. Exportaban hachas de piedra por el Báltico, al sur de Suecia y a Dinamarca, iniciando así un tema que predominaría en la historia de Gotland: el comercio.

Dada su posición en el Báltico, Gotland dominaba las rutas hacia el sur, el este y el oeste. Desde la edad del hierro (que empezó hacia el 500 a.C.), pasando por la era de los vikingos



La silueta de un barco de piedra en Klintehamn, en la costa occidental de Gotland, es una de las muchas sepulturas en forma de barco de esta isla báltica. Desde su origen en la edad del bronce y épocas ulteriores, son conmovedores monumentos conmemorativos de una antigua fe: simbólicos barcos de las almas transportando a los muertos en su viaje a ultratumba.



Visby, capital de Gotland, sigue teniendo un aspecto muy parecido al que tenía en la Edad Media, en tiempos en que era un centro comercial en Europa, cuya única rival era Londres. Sus macizas murallas, construidas a mediados del siglo XIII *y reforzadas por más de 30 torres, siguen encerrando los altos almacenes que antaño resguardaban pieles de Rusia, vinos del Rin, paño inglés y oro de Bizancio.*

(800-1050 d.C.) hasta tiempos del medievo, el comercio fue el sustento vital de la isla.

Pero si el comercio ha sido uno de los *leitmotiv* de la historia de Gotland, otro lo han sido los barcos. Éstos formaban parte de la vida diaria, y también de la muerte. De todos los monumentos antiguos de la isla, los más evocadores son sus tumbas en forma de barco de la edad del bronce (hacia 1500-500 a.C.). Éstos eran monumentos conmemorativos simbólicos, consistentes en piedras verticales que se erigían siguiendo el contorno de elegantes barcos de altas proas y sinuosas líneas.

En el arte de la edad del bronce, los barcos, los carros y el disco solar eran motivos frecuentes. El barco terminó representando el viaje del alma al mundo de los muertos.

La isla está llena de esos barcos-tumba, situados las más de las veces en tranquilos calveros. Algunos son inmensos, como el de Gnisvard, al sur de Visby, que mide 43 metros de largo por 7 de ancho.

También adornan los barcos las singulares piedras pintadas de Gotland. Estas estelas conmemorativas, que llegan a medir hasta 3 metros de alto, datan del siglo V de nuestra era, a finales de la de los vikingos. Las más antiguas ostentan símbolos abstractos, pintados originalmente con colores vivos. Las más recientes presentan escenas mitológicas, algunas identificables a través de la literatura vikinga.

El simbolismo de la vida de ultratumba está también subyacente en el famoso laberinto de piedra de Gotland, Trojeborg (El castillo de Troy), cerca de Visby. Es difícil atribuir una fecha a los laberintos de piedra de Escandinavia. Pueden ser del medievo o posteriores, pero la utilización ritual del laberinto es muy antigua. El laberinto, representado a veces en las tumbas megalíticas, puede simbolizar el camino de los muertos al más allá; y los laberintos en sí pueden haber servido para algún tipo de ritual fúnebre: al entrar simbólicamente en el mundo de los muertos, se protegían de los peligros del viaje que les esperaba.

Ya sea coronando un montículo, pintadas o marcando un barco-tumba o un laberinto, las piedras de Gotland remiten elocuentemente al pasado. Su rico y sutil simbolismo habla de un orden cósmico diferente, un mundo en el que el dios del cielo era el dios supremo, y los barcos transportaban a los muertos a su última morada.

Esta elegante piedra pintada (al lado), *hallada en la iglesia de Sanda, en Gotland, es una piedra conmemorativa que data de alrededor del 500 d.C. Pintada originalmente con brillantes colores, sus símbolos pueden representar el cosmos, dominado por un gran disco que gira. Ésta ha sido interpretada como una imagen del paso del tiempo y, por tanto, del destino.*

En medio hay un árbol, tal vez el Árbol del Mundo, Yggdrasil, que se encontraba en el centro del cosmos escandinavo. El monstruo de abajo puede ser la Serpiente del Mundo, Midgard, que se enroscaba alrededor del mundo. Debajo se encuentra un barco, que representa probablemente el inframundo, al que conducen inexorablemente el tiempo y el destino.

La piedra pintada (derecha) *de tiempos de los vikingos procedente de Larbro St. Hammers muestra, arriba, una muerte en la batalla, y, abajo, un barco que simboliza el viaje del muerto al inframundo. El paño inferior representa probablemente un ahorcamiento ritual relacionado con el culto al dios de la guerra, Odín. Un águila, su emblema, aparece encima de la víctima, así como el* valknut, *los tres triángulos entrelazados, símbolo de su poder para unir y desunir.*



MONTÍCULO DE LA SERPIENTE

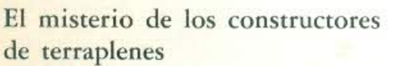
«Probablemente, el más extraordinario terraplén descubierto hasta la fecha en el Oeste es la Gran Serpiente...»

Ephraim Squier y Edwin Davis, que inspeccionaron el montículo en 1846.

En el condado de Adams, Ohio, un espolón de tierra, de unos 46 metros de altura, se eleva a pico sobre un recodo del pequeño río llamado Brush Creek. Vistas desde abajo, las laderas cubiertas de árboles no parecen nada excepcional. Pero la planicie que corona la colina ofrece una de las vistas más extrañas de toda América del Norte. Allí, elevándose a un metro del suelo, una gigantesca serpiente de tierra, cubierto su lomo por hierba esmeralda, ondea en la cima de la colina.

El Montículo de la Serpiente, conservado ahora por la Ohio Historical Society, es uno de los terraplenes antiguos más espectaculares de América del Norte. Desde la torre de observación situada junto a su cola, su cuerpo ondulante parece surgir como una protuberancia de la tierra, formando siete profundos meandros que serpentean desde la cola fuertemente enroscada, enderezándose en la zona del cuello. Su boca está abierta de par en par como si estuviese a punto de engullir algo semejante a un huevo: un montículo oval separado, de 30 metros de largo. La forma de la serpiente está tan claramente marcada que parece como si un gigantesco molde serpentino acabase de ser levantado.

En realidad, el montículo fue realizado hace cientos de años, depositándose cubos de tierra en el interior de un contorno señalado por piedras o por una mezcla de cenizas y arcilla. De una anchura de 6 metros y una longitud de 300, la Gran Serpiente es uno de los miles de terraplenes, de múltiples formas y tamaños, construidos por los ancestros prehistóricos de los indios norteamericanos. Desde los Grandes Lagos hasta el golfo de México, pero especialmente en los valles del río Mississippi y del Ohio, esos montículos solían ser las cubiertas de tumbas redondeadas o cónicas, o plataformas de templos de madera. Pero algunos, conocidos como «montículos de efigies», y situados principalmente en Wisconsin, tenían forma de animales: pájaros, osos, alces, búfalos y serpientes.



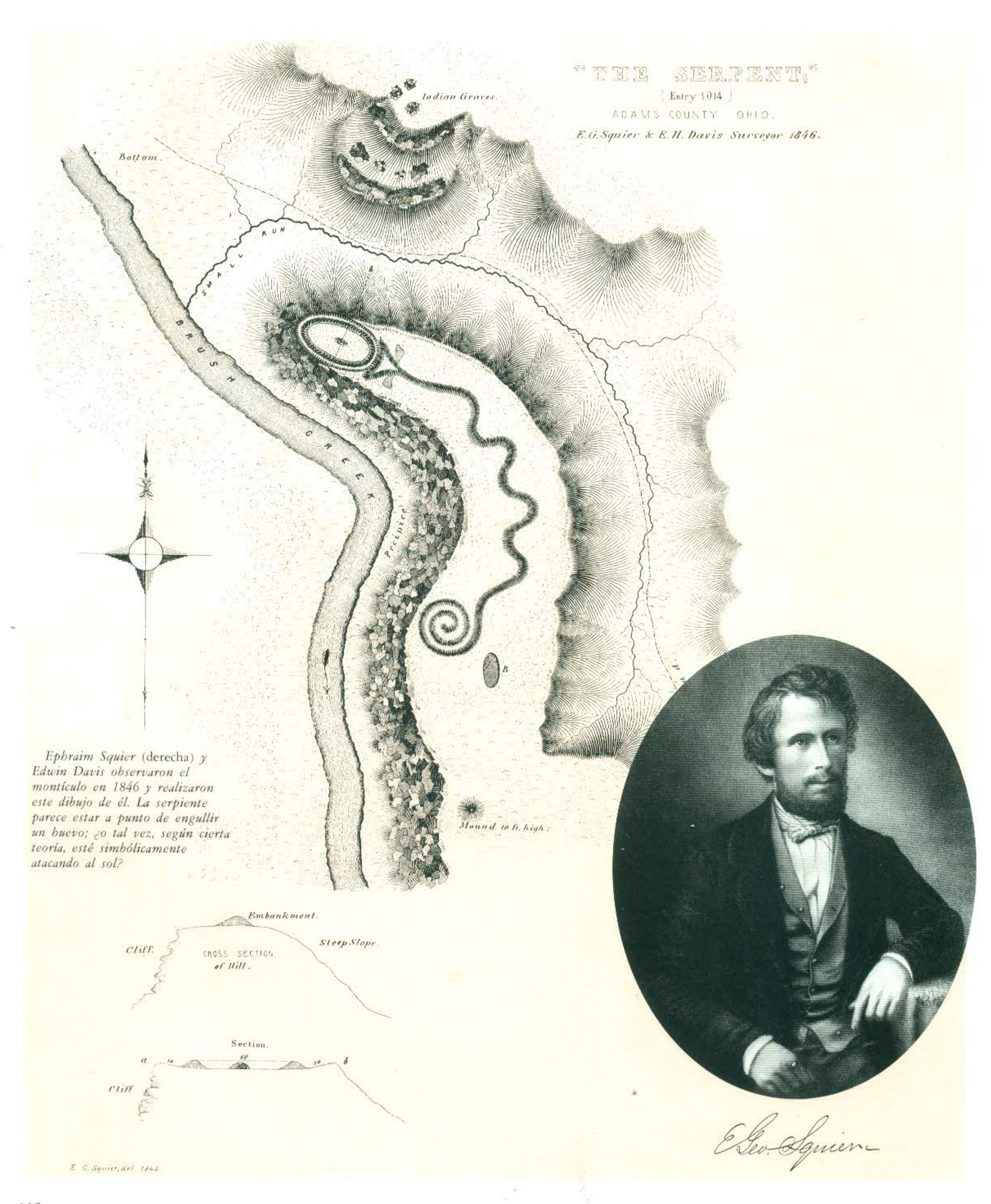
El misterio de los constructores de terraplenes

El Montículo de la Serpiente fue inspeccionado por primera vez en 1846 por el periodista Ephraim Squier y el físico Edwin Davis. Ambos tomaron medida exacta del lugar, pero fueron



Una enorme serpiente, de más de 300 metros de largo, confiere a una herbosa colina que domina Brush Creek, en Ohio, un especial carácter de misterio y magia primitiva. El Montículo de la Serpiente fue uno de los muchos montículos de tierra construidos por los ancestros de los indios americanos.





Ephraim Squier (derecha) *y Edwin Davis observaron el montículo en 1846 y realizaron este dibujo de él. La serpiente parece estar a punto de engullir un huevo; ¿o tal vez, según cierta teoría, esté simbólicamente atacando al sol?*

incapaces de decir quién lo había construido, ni cuándo.

De hecho, estos enigmáticos montículos habían intrigado a los colonos blancos desde la primera vez que los presenciaron, en el siglo XVIII. La opinión tópica decía que eran demasiado sofisticados para haber sido obra de los indios contemporáneos, considerados entonces como simples «salvajes». Esa presunción era reforzada por la sofisticación y la belleza de los enseres mortuorios encontrados en algunos de los túmulos funerarios: perlas de agua dulce, puntas de lanza de obsidiana, espejos de mica, piedras esculpidas, pipas talladas y recipientes de concha para beber.

Surgieron cierto número de teorías fantasiosas para explicar los terraplenes. Algunas, por ejemplo, sugerían que los egipcios o los vikingos, o incluso las tribus perdidas de Israel, pudieron emigrar al Nuevo Mundo en cierto momento del pasado. No fue sino gradualmente, y hacia finales del siglo XIX, cuando se aceptó que esos antiguos terraplenes fueron creados por los indios americanos.

Muchos estudiosos creen ahora que la Gran Serpiente fue obra del pueblo prehistórico de los adena, que prosperó en el valle del río Ohio y zonas adyacentes desde el año 1000 hasta el año 100 a.C. Los adena eran cazadores y recolectores, vivían en pequeñas comunidades o en sencillos caseríos, y fueron los primeros cultivadores del maíz en el norte de América. Otros piensan que el Montículo de la Serpiente muestra un nivel de ejecución más compatible con el pueblo hopewell, constructores de terraplenes cuya cultura, más elaborada, sustituyó a la de los adena después del año 100 a.C. Pero el motivo por el que los adena, o los hopewell, construyeron esa serpiente, sigue siendo un misterio.

La serpiente simbólica

Para los indios norteamericanos, la serpiente era un poderoso símbolo: la serpiente de cascabel, por ejemplo, era venerada por los cherokees, y los mohicanos y los delaware la consideraban un guardián del espíritu enviado por la divinidad.

Tal vez la clave del significado del Montículo de la Serpiente resida en las tradiciones de los indios. Recientemente, William F. Romain ha declarado que sus constructores estaban describiendo simbólicamente un eclipse solar, en el que el sol (el montículo oval) es atacado o devorado por una serpiente. La imagen del sol engullido por un monstruo aparece en gran número de leyendas. Los iroqueses, por ejemplo, creían que los eclipses de luna y de sol eran causados por «dragones de fuego» que los devoraban. Según la tradición cherokee, el sol afligía a su pueblo con enfermedades, por lo que enviaron una enorme serpiente llamada Uktena para devorarlo.

Sea cual fuere su significado, la Gran Serpiente de Ohio es una obra de una belleza consumada. Para los miles de personas que la visitan cada año, su elegante cuerpo ondulante, que une la serenidad al dinamismo de su cola enroscada, constituye un recuerdo inolvidable.

Pipa adena, con una efigie de piedra, que data del año 1000 a.C. Las pipas talladas como ésta eran utilizadas para fumar tabaco, y son de las esculturas en piedra más antiguas halladas al este de América del Norte. Se piensa que el Montículo de la Serpiente fue creado, bien por el pueblo adena (aprox. 1000-100 a.C.), bien por el pueblo hopewell (aprox. 100 a.C.-400 d.C.).



PETRA

«Cuanto más tiempo permanecíamos, y cuantos más templos visitábamos en lo alto de las montañas, mayor era mi sentimiento de que sus habitantes, entre otras peculiaridades, debieron poseer alas.»

Harriet Martineau, tras su visita a Petra en 1847.

Damasco
SIRIA
MAR MEDITERRÁNEO
Río Jordán
Tel-Aviv
Jerusalén
ISRAEL
JORDANIA
PETRA
Aqaba
Golfo de Aqaba
ARABIA SAUDÍ

Durante su viaje desde Siria a Egipto, a finales de agosto de 1812, el joven explorador suizo Johann Burckhardt se encontró con tribus árabes locales justo al sur del mar Muerto, cuyos hombres le mencionaron unas «antigüedades» en un valle aislado cerca de allí conocido como uadi Musa —El Valle de Moisés—. Ello despertó la curiosidad de Burckhardt y éste se dirigió al valle.

Lo que encontró fue una revelación. En medio del desierto había una antigua ciudad tallada en unas espectaculares escarpas de piedra arenisca, coloreada en distintos tonos de rosa y rojo. Las oscuras entradas a cientos y cientos de tumbas, templos y casas, algunas pequeñas y sencillas, otras con magníficas fachadas con columnatas, habían sido excavadas por doquier directamente en las paredes naturales de la montaña.

Burckhardt había descubierto Petra (que significa «piedra» o «roca»), la ciudad de los nabateos, una tribu árabe que había poblado el lugar desde el siglo IV a.C., hasta la caída de la ciudad unos setecientos años más tarde. Aunque el lugar era conocido por los europeos a través de antiguos escritores, los detalles de su localización se habían perdido desde que los cruzados lo ocuparon brevemente en el siglo XII.

Cuando la noticia del descubrimiento de Burckhardt se difundió por el mundo occidental, Petra se convirtió en una escala exótica y romántica para los europeos intrépidos que viajaban a Cercano Oriente. En 1818, dos comandantes navales, los capitanes Irby y Mangles, quedaron asombrados por el lugar, del que pensaron que tenía «más bien aspecto de un escenario teatral fantástico que de una obra arquitectónica en piedra».

Entre otros viajeros ulteriores se encuentran el aristócrata Léon de Laborde; el estudioso de la Biblia americano Edward Robinson; el artista David Roberts, y el escritor Edward Lear, cuyo cocinero, Giorgio, describió Petra como «un mundo en el que todo está hecho de chocolate, jamón, curry y salmón». Según palabras de Dean John Burgon, de la época victoriana, es ésta una «ciudad rosa y roja casi tan antigua como el tiempo mismo».

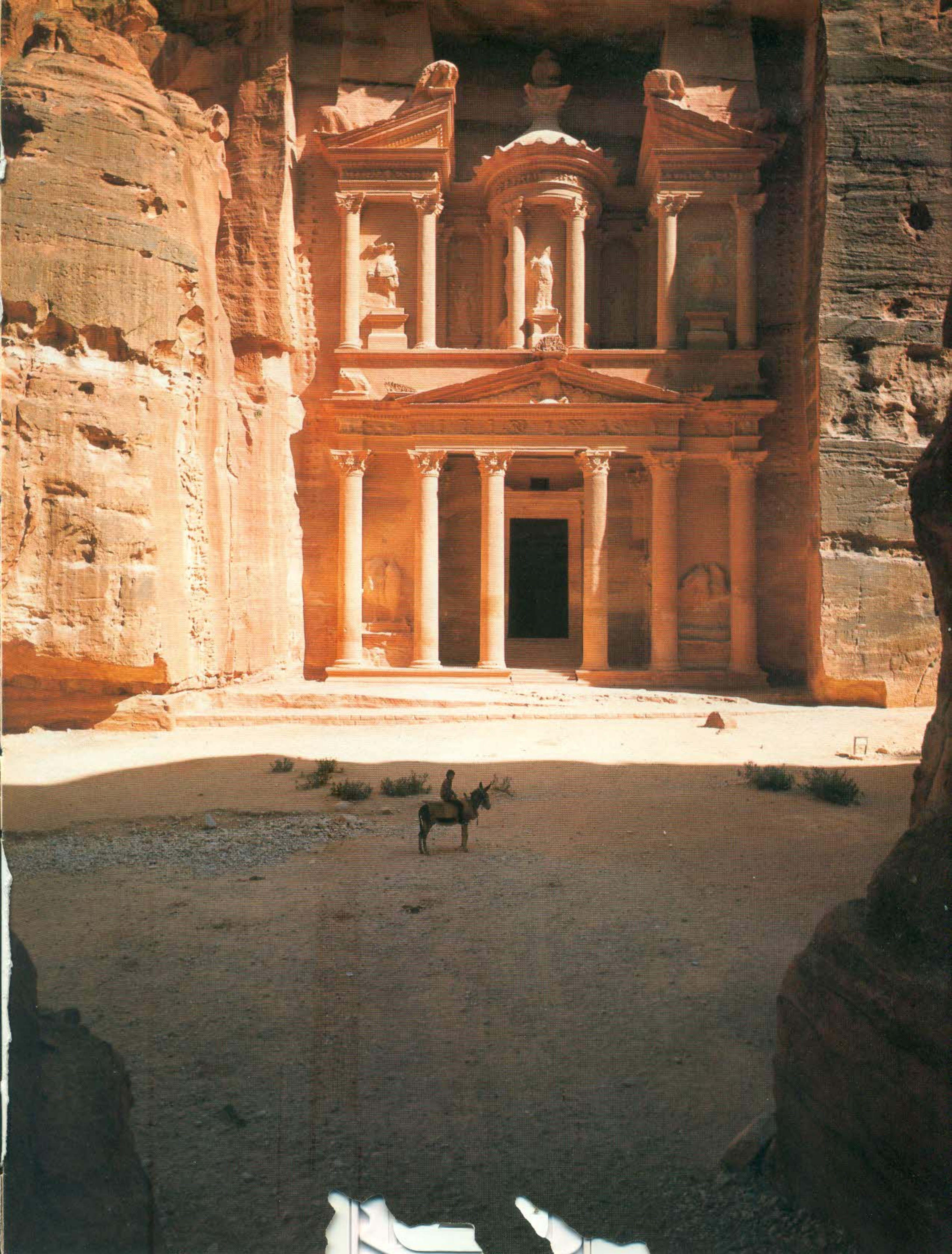
Un infiel disfrazado

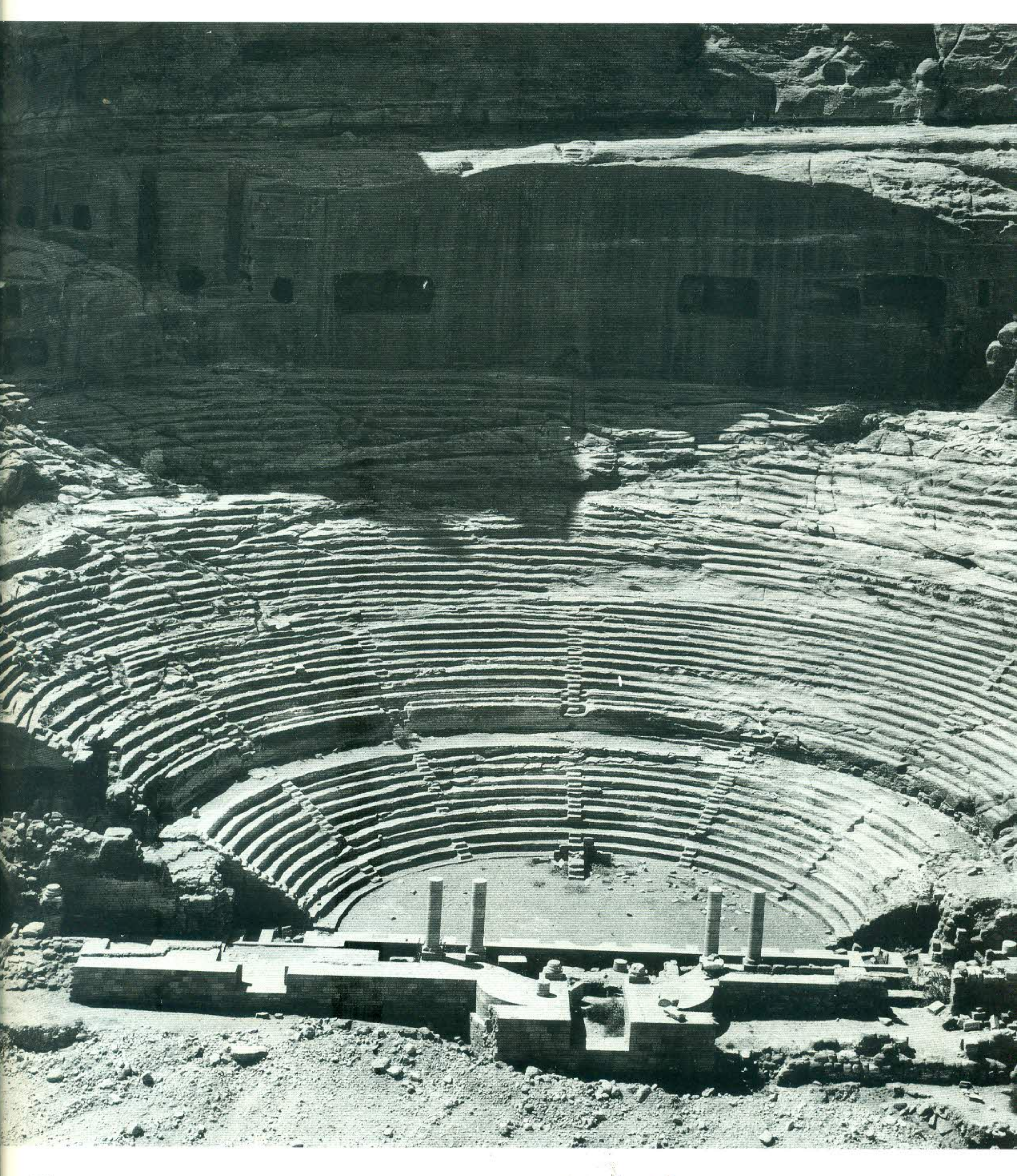
Burckhardt, disfrazado de árabe para protegerse de las tribus hostiles a los «infieles» europeos, hizo su descubrimiento durante un viaje desde la ciudad siria de Alepo a El Cairo. Cuando oyó hablar de las ruinas del uadi Musa, contrató a un guía por el precio de dos herraduras viejas para que lo condujese allí. Burckhardt

El explorador Johann Ludwig Burckhardt (1784-1817) redescubrió la ciudad de Petra por casualidad durante un viaje de Siria a El Cairo. Disfrazado de árabe, fue el primer europeo en penetrar en la ciudad después de siete siglos.



La deslumbrante fachada tallada en la roca de Jazna al Farun, «El Tesoro del Faraón», se encuentra en el extremo de la estrecha garganta que da acceso a Petra. El Jazna se llama así porque los beduinos locales creían que la urna que corona el pabellón del segundo piso contenía un tesoro. La urna, hecha de roca maciza, era regularmente blanco de los disparos de los beduinos, que esperaban liberar así el oro que pensaban que contenía.

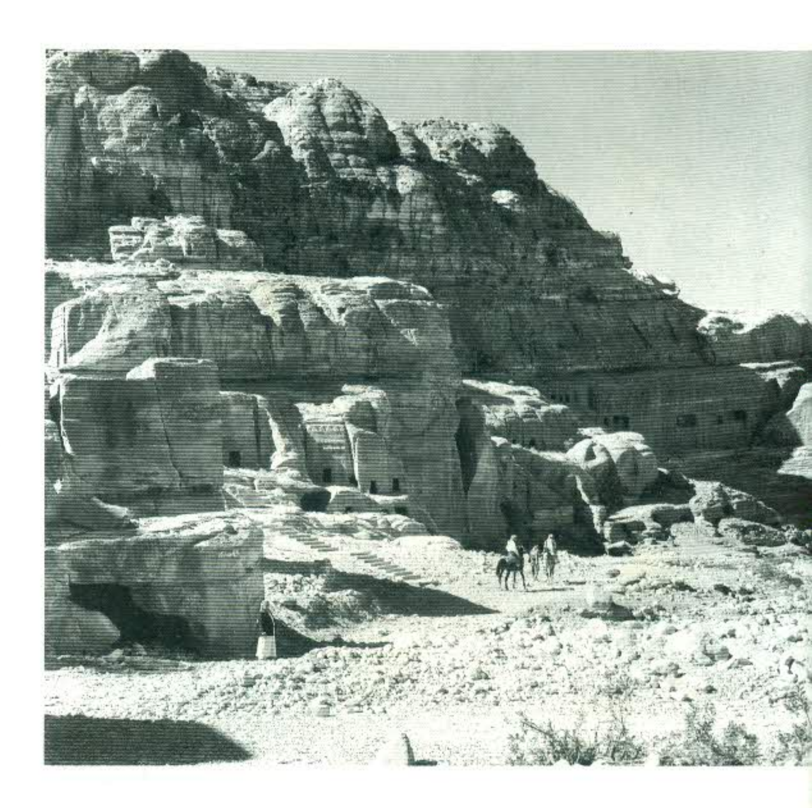






El magnífico teatro de Petra, excavado en el flanco de la colina, se extiende justo debajo del Jazna, hacia el centro de la ciudad. Construido por los nabateos, el teatro fue renovado por los romanos cuando Petra cayó bajo su jurisdicción en 106 d.C. Unos 4.000 espectadores podían sentarse en sus gradas de piedra.

El acceso al teatro (derecha) *está bordeado por una serie de tumbas, talladas en la roca a diferentes alturas. Sus fachadas relativamente simples pueden indicar que se encuentran entre las más antiguas tumbas de Petra.*



necesitaba una excusa plausible para su excursión, ya que la simple curiosidad por las ruinas hubiese convencido a los beduinos locales de que era «un mago en busca de tesoros». Le dijo pues a su guía que había hecho el voto de sacrificar una cabra sobre la tumba de Aarón, que estaba situada cerca del valle.

Llevando una cabra y un pellejo con agua, el explorador y su guía se encaminaron hacia el uadi Musa, hasta que llegaron a un punto, en el que su avance parecía bloqueado por un sólido muro de roca. Entonces advirtieron una gran grieta, la entrada a un gran barranco tortuoso, conocido localmente como el *Siq*.

Al entrar en el *Siq*, las paredes del barranco se elevaron sobre sus cabezas y el cielo se convirtió en una estrecha y dentada cinta de luz. Después de caminar 25 minutos en la semipenumbra, Burckhardt alcanzó un punto en el que los lados del *Siq* enmarcaron, como una gigantesca cerradura irregular, la brillante fachada rojo rosado de un edificio de casi 30 metros de alto, que había sido evidentemente esculpido en la cara del farallón.

En ese punto, ahora famoso, el *Siq* se abre, y la magnífica fachada en forma de templo de Jazna al Farun, «El Tesoro del Faraón» puede apreciarse en todo su esplendor. La luz del sol proyecta las sombras de las nítidas líneas de las imponentes columnas corintias, los frisos y las volutas que parecen recién esculpidos en la roca.

La entrada a la ciudad rosa y roja

Burckhardt estaba en el umbral de la antigua ciudad. Continuando a lo largo de lo que ahora se llama el *Siq* exterior, vio oscuras aperturas recortadas a diferentes alturas de la roca hacia lo que supuso ser tumbas. El valle se iba ensanchando y él llegó a un teatro semicircular, tallado en el flanco de la colina, emergiendo luego a una ancha zona abierta del valle, rodeada de rocas, y dominada al oeste por la gran roca de Umm el Biyara. Allí encontró «pilas de piedras talladas, cimientos de edificios, fragmentos de columnas y vestigios de calles pavimentadas».

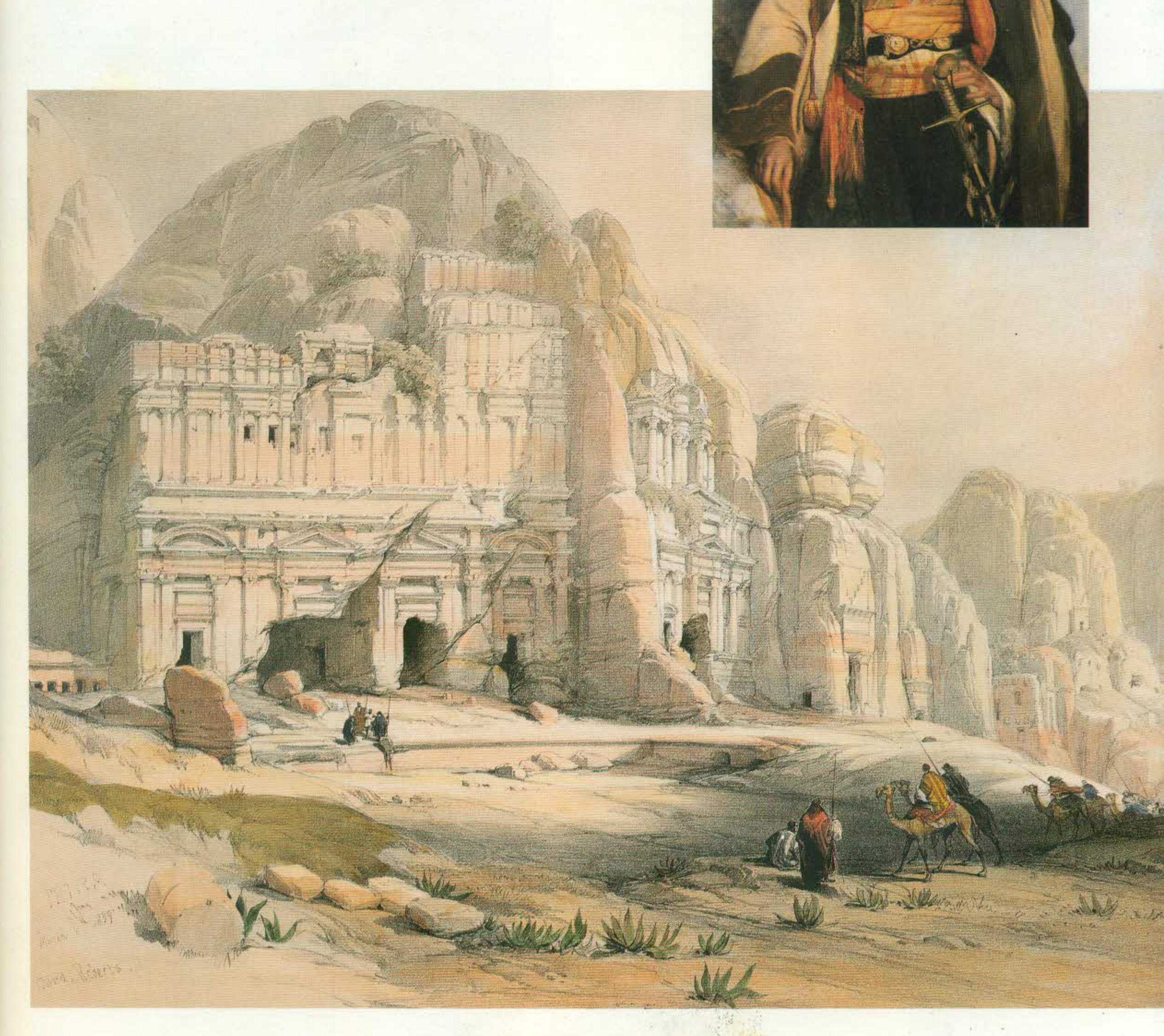
Los peñascos que rodean la zona central de la ciudad están partidos por grietas y salpicados de cientos de cámaras vacías de tumbas, templos y casas nabateas. Algunas de las fachadas son simples y austeras. Otras están magníficamente labradas con imponentes pórticos, columnas y frontones esculpidos en las rocas en un estilo arquitectónico híbrido, que muestra claramente influencias tanto helenísticas como romanas.

Los nabateos y el crecimiento de Petra

Petra debió su prosperidad a su situación en el cruce de dos importantes rutas comerciales: una unía el golfo Pérsico con el Mediterráneo, y la otra, Siria con el mar Rojo. Los mercaderes llegaban con sus caravanas de camellos para descansar, comprar comida y agua y vender sus mercancías. Los nabateos se enriquecieron con

David Roberts, artista del siglo XIX (derecha), *llegó a Petra disfrazado de musulmán en marzo de 1839, junto con sus guías y 21 camellos. Roberts y sus acompañantes tuvieron que sobornar a los árabes del lugar para que les dejasen montar sus tiendas allí.*

La visita a Petra era parte del viaje de Roberts a través de Egipto y Tierra Santa, de las que pintó varias vistas románticas, pero muy fieles. Su cuadro (abajo) *muestra el conjunto de tumbas al este de la zona central de la ciudad, conocidas ahora como las Tumbas Reales. La fachada del extremo izquierdo es la de la Tumba del Palacio, llamada así porque decíase que parecía un palacio romano. Los estudiosos no están seguros de cuándo, ni para quién, fue construida la tumba.*



los impuestos que exigían de los caravaneros y con los servicios que les prestaban. Finalmente ellos también se iniciaron en el comercio y Petra floreció. No fue sino hasta el siglo III d.C. cuando se abrieron nuevas rutas comerciales que beneficiaban a la ciudad de Palmira, al noroeste de Damasco, cuando Petra empezó a perder su influencia y cayó en un declive irreversible.

Los símbolos más poderosos de la riqueza de Petra son las grandiosas fachadas de sus tumbas recortadas en la roca. Entre ellas, algunas de las más impresionantes son las cuatro Tumbas Reales agrupadas en los farallones al este de la zona central de la ciudad. La primera es la gran Tumba de Urn, cuyo frente esculpido tiene cuatro columnas deterioradas por el tiempo, que flanquean la entrada a una enorme cámara que se extiende 17 metros en el interior de la roca. Frente a la tumba hay un amplio patio bordeado a ambos lados por una elegante columnata de cinco columnas.

Inmediatamente al norte se encuentra la exquisita Tumba de la Seda, llamada así por los colores: diferentes tonos de rojo, rosa, blanco y gris, que vetean su fachada de piedra arenisca. Más allá, la Tumba Corintia ha quedado tan desgastada por los elementos que sus columnas, antaño nítidamente labradas, al igual que las del Jazna, parecen estar retornando a su estado natural. Finalmente está la Tumba del Palacio, cuya ancha fachada con pilastras se elevaba sobre tres pisos, y se decía que semejaba un palacio romano. Los expertos no saben con certidumbre para quién pudo ser construida esta tumba.

Elegante ciudad de coloridos templos

Petra era algo más que una ciudad de tumbas monumentales. Las estrechas calles del centro de la ciudad estuvieron antaño bordeadas de cientos de pequeñas tiendas y casas de techo plano. Aunque hace mucho que quedaron convertidas en polvo, los arqueólogos han podido localizar algunos de los edificios municipales más importantes (aunque se sigue debatiendo sobre su fecha de construcción y sus funciones).

Las gentes de Petra deben haber paseado a la sombra de las columnas porticadas de la Calle de la Gran Columnata, que corría paralelamente al cauce del uadi Musa y conducía al *temenos* o recinto sagrado. Si sentían sed, tenían el Ninfeo, una gran fuente ornamentada para beber, dedicada a las ninfas de las aguas. El agua era extraída de los arroyos de las afueras de la ciudad mediante canales y acueductos espléndidamente construidos.

Los ciudadanos de Petra rendían culto en templos que debieron ser magníficos de todo punto, habida cuenta el modo en que han llegado a nosotros superando los avatares del tiempo y la historia.

Al templo que se encuentra inmediatamente al norte de la Calle de la Columnata, probablemente dedicado a la diosa Atargatis, se accedía mediante un puente que atravesaba el uadi y luego por unas terrazas que se elevaban hasta el pórtico pavimentado y el interior con suelo de mármol. Dicho interior estaba enlucido y pintado en colores vivos con delfines, guirnaldas de flores y otros motivos, y en un período posterior, con colores planos. El edificio religioso



La extraordinaria Tumba de la Seda se encuentra justo al sur del Palacio y de la Tumba Corintia, un poco apartada de la vía principal. Su nombre proviene de los exquisitos colores que vetean la fachada de piedra arenisca, y que han sido comparados a los de la seda mojada.



más importante, que dominaba el *temenos* con su imponente pórtico de arcos, era el gran Kasr el Bint, del que quedan pocos vestigios. Una amplia escalinata de mármol conduce hasta las cuatro gigantescas columnas color arena del pórtico. Éste estaba decorado con yeso pintado e iluminado por la luz del sol que se filtraba por dos altas ventanas laterales.

El templo más grande es conocido como el Deir, el «Monasterio». Aislado y encumbrado en las alturas, al noroeste de la zona central del valle, este edificio colosal adquiere un aspecto de serenidad por su situación: su fachada, de unos 40 metros de alto, también está tallada en la roca.

Burckhardt no llegó hasta el Deir, ni tampoco vio la mayoría de las demás fachadas talladas en la roca. Su guía empezó a sospechar de su curiosidad, urgiéndole a que terminara sus investigaciones y se apresurara a sacrificar la cabra. La incursión del explorador retrocediendo dos mil años en la historia había terminado. Dejó el valle, con la acertada intuición de que «las ruinas del uadi Musa son las de la antigua Petra...»

La ciudad de Petra sigue siendo un espectáculo tan extraordinario como cuando Burckhardt la redescubrió hace doscientos años.

Para algunos, las incontables cámaras vacías excavadas en la roca no evocan más que una fantástica ciudad de los muertos.

Pero hay que recordar que, en el apogeo de su pasada prosperidad, la calle central y las rocas circundantes debieron repercutir el eco de miles de personas dedicándose a sus quehaceres cotidianos.



La mayor tumba de Petra es el Deir o «Monasterio» (derecha), *que se eleva en las alturas al noroeste del centro de la ciudad. Superficialmente, el Deir se parece al Jazna; pero sus vastas dimensiones —40 metros de alto— y su situación aislada le dan un aspecto de mayor grandeza.*

La viajera Harriet Martineau (arriba) *llegó a Petra en 1847 y visitó el Deir. También vio la ciudad atestada de árabes del lugar, que se habían reunido allí para contemplar los efectos de una violenta tormenta: «Una tras otra, las hileras de cuevas despedían destellos amarillos; y bajo la luz de la luna se elevaban pequeñas columnas de humo blanco..., había visto Petra poblada una vez más.»*



DEBATE
ediciones
del Prado

